

Pasión italiana

Lynne Graham

Editados por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

PASIÓN ITALIANA, Nº 1329 - julio 2012
Título original: The Italian's Wife
Publicada originalmente por Mills & Boon, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2002

I.S.B.N.: 978-84-687-0686-3
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo 1

Cuando Marco Lombardi oyó por fin que se abría la puerta del apartamento, sonrió levemente y se puso de pie. Christabel se iba a llevar una sorpresa.

Oyó una serie de carcajadas y un susurro urgente que procedía del recibidor, lo que le hizo fruncir el ceño. Evidentemente, su prometida había acudido con una amiga. Aquel era el problema con las sorpresas. Por su propia naturaleza, se podían volver contra uno. Debería haberla avisado de que podría volver a Londres un día antes.

Tras dejar a un lado la fantasía de llevarse a Christabel directamente a la cama para compartir una apasionada velada, Marco atravesó el espacioso salón para anunciar su presencia y entablar una cortés conversación con las recién llegadas.

Sin embargo, el recibidor estaba vacío. Había un par de zapatos turquesas y unas mules de raso negro sobre la moqueta. Marco volvió a fruncir el ceño, ya que sospechaba que su prometida volvía a estar ebria. Mientras se preguntaba si iría a interrumpir un intercambio de intimidades entre amigas, Marco se dirigió al dormitorio. Se había acercado con la intención de llamar a la puerta, pero no fue necesario. Estaba abierta de par en par y lo que vio le pareció tan escandaloso, tan increíble, que la mano se le quedó helada al ir a realizar el gesto.

Medio desnuda, Christabel estaba besando a... otra mujer, también medio desnuda. Marco, paralizado en el umbral, las miró atónito, como si sus oscuros ojos se negaran a creer lo que estaban contemplando. Empezó a decirse que estaban bebidas, que estaban tonteando... Tal vez se habían dado cuenta de que él estaba en el apartamento y estaban gastándole una broma de pésimo gusto. Sin embargo, las dos mujeres estaban abrazadas y el sedoso cabello de Christabel se mezclaba con los oscuros mechones de la otra mujer. Cada vez que se tocaban, lo hacían con la inconfundible ansia de los amantes. Durante un instante, Marco se sintió físicamente enfermo.

Christabel, su mujer, su amante, su futura esposa…

En aquel momento, Christabel se echó hacia atrás, mientras emitía una profunda y sensual risa, con su hermoso rostro ruborizado por la excitación. Fue entonces cuando las dos mujeres se dieron cuenta de que alguien las estaba contemplando desde la puerta. Marco reconoció a la otra mujer. Se trataba de una tal Tammy. Era una de las amigas de Christabel, otra modelo y también la compañera de otro hombre…

Durante una décima de segundo nadie se movió ni habló. Christabel y Tammy lo miraron, boquiabiertas. Entonces la morena lanzó un ahogado grito de horror y salió huyendo en dirección al cuarto de baño. Tras dar un portazo, echó el pestillo.

–Cielos… qué susto me has dado… –susurró Christabel, subiéndose el vestido para cubrirse los hombros desnudos. Tenía el rostro pálido y frío como el mármol y sus maravillosos ojos verdes brillaban con una febril ansiedad–. Por favor, no debes sacar una conclusión equivocada de lo que has visto, Marco…

–¿Una conclusión equivocada? –le espetó él, lleno de furia. La incredulidad inicial había dejado paso a la rabia.

–Solo estábamos jugueteando. No seas tan conservador sobre…

Christabel se fue acercando a él poco a poco, con las manos en tono suplicante. Marco no podía apartar los ojos de ella. Christabel Kent, la top-model famosa en el mundo entero, la mujer a la que adoraban las cámaras, la que llevaba un anillo de compromiso que Marco le había dado… Su belleza nórdica y unas interminables piernas la habían convertido en una leyenda dentro del mundo de la moda.

–De acuerdo, seré sincera contigo –añadió, en un tono desesperado–. Te estaba echando de menos terriblemente y, de vez en cuando, me gusta variar…

–¿Variar? Lo haces sonar como si no fuera nada más que…

–¡Y no lo es! ¡Es solo sexo! –lo interrumpió su prometida, mientras le agarraba las poderosas manos que él, para contener su rabia, había convertido en puños a ambos lados de su cuerpo–. No es nada de lo que tú debas preocuparte, ni siquiera nada en lo que debas pensar porque, si no te gusta, te juro que no volverá a ocurrir.

Marco dio un paso atrás para soltarse de ella. Solo era capaz de ver una imagen: Christabel, medio desnuda, abrazada y excitada

por otra mujer. ¿Solo sexo? Se sentía traicionado y sobre todo algo a lo que no estaba acostumbrado: se sentía como un estúpido.

–Lo entiendo... Te sientes sorprendido y furioso y lo siento –prosiguió Christabel, cada vez más desesperada al ver que Marco no respondía–. ¡Lo siento mucho! Te compensaré...

–¿Con qué? ¿Sugiriéndome que me una a vosotras?

Christabel lo miró. De repente, sus ojos verdes adquirieron una expresión de alivio.

–¿Te gustaría eso, cariño? –le preguntó, con voz seductora.

La furia y el desprecio recorrieron el cuerpo de Marco al oír aquella sugerencia. Si Christabel no hubiera sido una mujer, la habría golpeado contra la pared.

–Tienes el tiempo justo para recoger tus cosas y marcharte de aquí –le espetó–. Yo me ocuparé de cancelar los preparativos de la boda.

–¡No puedes estar hablando en serio! –replicó Christabel, horrorizada–. ¡Estamos hechos el uno para el otro!

Marco se dio la vuelta y salió del dormitorio. Mientras tanto, Christabel no le perdía paso y le suplicaba constantemente que se calmara y se pensara lo que estaba haciendo. Ya en el recibidor, se interpuso entre la puerta y Marco para evitar que este se marchara.

–¡Si se lo cuentas a la gente, arruinarás mi carrera!

Marco se limitó a agarrarla y a apartarla de su camino.

–*Dio mio*... No se lo diré a nadie.

–Entonces, ¿por qué no puedes perdonarme? Tammy no significa nada para mí. No es como si ella fuera otro hombre o que yo estuviera enamorada de ella. Te quiero a ti, Marco...

¿Que lo quería? ¿Lo habría querido alguna vez o acaso era la enorme riqueza de Marco lo que más la había atraído? Él recordó que Christabel tenía gustos muy caros, que superaban incluso lo que su poder adquisitivo le permitía. A la semana de que Marco la hubiera pedido en matrimonio, le había presentado una numerosa serie de facturas que debía y le había dicho que era un desastre con el dinero. Marco se había sentido impresionado por su sinceridad y, poseído por un sentimiento de protección, le había cancelado las deudas sin pararse a pensar en lo que estaba haciendo.

Marco se concentró de nuevo en el presente y se soltó de Christabel. Entonces, sin mirar atrás, salió del apartamento y se

dirigió al ascensor. Entonces, levantó una mano y vio cómo esta le temblaba. De repente, la furia volvió a apoderarse de él y, tras apretar de nuevo los puños, golpeó con gran agresividad la pared. El dolor se abrió paso a través de todo su cuerpo. Sintió por fin el dolor que tanto se había negado a creer. Había amado a Christabel, la había amado con todo su corazón y había querido casarse con ella.

Ella le había asegurado que aquello solo había sido sexo. ¿Acaso no había sido él suficiente para satisfacerla? Evidentemente no.

Cuando llegó a la planta baja, sus guardaespaldas se pusieron de pie para recibirlo, completamente sorprendidos de que hubiera vuelto a bajar. Sin embargo, Marco no les prestó atención y salió al exterior. Allí, aspiró el aire helado de la noche antes de cruzar la calle para acercarse a su limusina. ¿Habría estado Christabel pensando en otras mujeres cuando los dos estaban en la cama? ¿Habría fingido el placer? ¿Habría sido fingido el ardiente deseo que había mostrado cuando hacían el amor? ¿Habría sido todo ello parte de un astuto plan para cazar a un marido rico? ¿Cómo podría haber sabido tan poco sobre una mujer con la que había estado casi dos años?

–Le sangra la mano, jefe. ¿Se encuentra bien?

Marco se miró la mano. Estaba muy contusionada y los nudillos le sangraban. Entonces, su mirada se encontró con la de Ezio. El hombre, que era el jefe de su equipo de seguridad desde que Marco era estudiante, lo conocía demasiado bien.

–Sí...

No obstante, no sabía cuándo volvería a sentirse normal. Él, Marco Lombardi, multimillonario, miembro de una de las familias más antiguas y más orgullosas de Italia y la fuerza impulsora detrás de Lombardi Industries, una de las empresas más grandes y de más éxito del mundo. Por primera vez en sus veintinueve años de existencia se sentía humillado y rebajado como hombre.

¿Cómo iba a explicarle aquel fiasco a su madre? Alice Lombardi estaba, literalmente, contando los días para la boda de su hijo y estaba ansiosa por tener a su primer nieto entre sus brazos. Era una mujer enferma, tullida por la artritis y debilitada por una serie de enfermedades. Cada semana que sobrevivía era casi como un regalo de Dios. Ya no había boda, ni la posibilidad de tener un niño que

llenara su vida, ni una alegre nuera que alegrara su aburrida existencia…

Marco no había reconocido nunca antes la realidad de su situación, pero se dio cuenta de que necesitaba una esposa.

«Tammy no significa nada para mí… no es como si ella fuera un hombre…». Las insidiosas palabras de Christabel hicieron que Marco apretara de nuevo los puños. No, no podía perdonarla, ni por el bien de su ardiente libido, ni por el de una madre a la que adoraba. Christabel, la mujer que había amado más allá de lo que creía posible, había resultado ser una completa decepción. Había creído que conocía a su prometida completamente, pero no había sido así. De hecho, no podría haber elegido peor si se hubiera decidido a casarse con una completa desconocida. Visto lo visto, le daría lo mismo si se pusiera a pedirle que se casara con él a la primera mujer con la que se encontrara…

Tras soltar una amarga carcajada ante aquella idea tan alocada, Marco Lombardi se sirvió una buena copa de coñac del bar que había a su disposición en la limusina.

Holly estaba hambrienta, aterida de frío y muy asustada. Eran casi la una de la mañana. Todavía le quedaban por delante la mayor parte de las largas horas de la noche. ¿Cuánto tiempo había estado caminando? Le dolían la espalda y las piernas y la visión se le estaba empezando a hacer borrosa por el cansancio, pero ¿dónde podría encontrar un lugar seguro en el que pasar la noche?

Había estado sentada en la estación de trenes durante la mayor parte del día, cambiando de asiento con frecuencia para no atraer la atención de ningún empleado, hasta que los gritos de dos gamberros la habían obligado a refugiarse en el cuarto de baño. Mientras había estado refrescándose un poco, le habían robado la chaqueta, en la que estaba su monedero. La había dejado confiadamente sobre el carrito de Timmie.

No podía denunciarlo ante un policía, sobre todo cuando le podrían hacer preguntas incómodas o pedirle una dirección. No había nada que hacer. Podía dar por desaparecido su monedero, que contenía las últimas libras que le quedaban. Era otro revés más, como los otros muchos que había sufrido desde su llegada a

Londres, siete meses atrás.

Se detuvo para comprobar que su hijo de siete meses estaba bien tapado frente al frío aire de la noche. Entonces, tembló violentamente y tocó las dos bolsas de plástico que contenían todo lo que poseía en el mundo. Se consideraba una perdedora y una fracasada. Ni siquiera había conseguido colocar a su Timmie bajo el más humilde de los tejados y cuidarlo como su pequeño se merecía. Estaba caminando sin rumbo, sin hogar y sin dinero, casi como una mendiga...

Solo veinticuatro horas antes, había tratado de armarse de valor para enfrentarse a sus problemas. Había ido a los servicios sociales para denunciar que su casero había tratado de irrumpir en su habitación dos veces durante la noche y que se sentía aterrada.

–Nunca antes hemos tenido quejas sobre él –le había respondido la empleada, fríamente–. Si no regresa al alojamiento que le hemos buscado, se considerará que ha renunciado a tener un techo deliberadamente. Le aconsejo que se lo piense muy bien antes de cometer ese error, dado que tiene un hijo del que preocuparse. La informaré a la trabajadora social que lleva su caso de que está teniendo problemas...

–No, por favor, no haga eso –le había suplicado Holly, aterrorizada de lo que podría suponer aquella entrevista en lo que se refería a su hijo. Tal vez le quitarían al niño o lo darían en adopción. La última asistente social con la que había hablado había terminado por perder la paciencia cuando Holly se había negado a darle el nombre del padre del pequeño. Sin embargo, Jeff le había dicho que si se atrevía a decirle a alguien que él era el padre de Timmie, se arrepentiría de haber nacido.

Aquello era algo de lo que la propia Holly se arrepentía. Había destrozado la vida de sus padres quedándose embarazada fuera del matrimonio. Cuando les había contado que esperaba un hijo, su padre había llorado, una visión que Holly nunca olvidaría mientras viviera.

Al recordar aquellos momentos, los ojos se le llenaron de lágrimas. Estaba tan sumida en sus pensamientos que ni siquiera se dio cuenta de que estaba acercándose a un cruce de caminos. Tampoco se percató del resplandor de los faros de un coche que se le acercaba por la derecha...

Cuando el carrito de su hijo bajó repentinamente el bordillo hasta el asfalto, se sorprendió y trató de controlar la sillita. Entonces, el chirrido de los neumáticos al frenar la alertó del peligro en el que Timmie y ella estaban. En décimas de segundo, Holly tiró del carrito para apartar a su hijo, poniendo en peligro su propia vida para salvar al niño. Desgraciadamente, el mismo esfuerzo le hizo perder el equilibrio y caer de espaldas. Sintió una explosión de dolor en la base del cráneo y luego una oscuridad absoluta fue apoderándose de ella.

En aquel momento, Marco Lombardi saltó de la limusina.

–¿La hemos golpeado? –le preguntó a Ezio, que había salido del vehículo tras él.

–No –respondió el hombre, colocando el carrito en un lugar más seguro–. No la hemos golpeado... el chófer la vio antes y ya había aminorado bastante la marcha. Sin embargo, esa mujer empezó a cruzar sin mirar y se cayó...

–Llama a una ambulancia, una privada de la fundación. Será más rápido –le ordenó Marco.

Entonces, se agachó al lado de la mujer y le tomó el pulso. Cuando descubrió que seguía viva, respiró aliviado, a pesar de que la piel de la mujer se mostraba demasiado fría–. No está muerta –añadió, para que Ezio, que había vuelto a la limusina, pudiera escucharlo. A continuación, se quitó su americana y la cubrió suavemente con ella. Fue en aquel momento cuando vio el rostro de la mujer por primera vez–. *Dio mio*... ¡Pero si es casi una niña!

Marco tuvo que admitir que se trataba de una niña muy hermosa. Tenía una delicada estructura ósea y unos rizos color bronce que le rodeaban el rostro. Con su vibrante color solo conseguía acentuar su extremada palidez.

–¿Qué está haciendo con un niño en la calle a estas horas de la noche?¿Viste lo que hizo por ese bebé? Estaba dispuesta a sacrificar su vida para salvarlo a él.

–Probablemente sea su madre, jefe –sugirió Ezio, mientras colgaba el teléfono tras hacer la llamada de teléfono–. Es deprimente, pero hoy en día hay cada vez más niñas que se quedan embarazadas.

Marco miró a la joven. Efectivamente, podría tener unos diecisiete o dieciocho años, pero parecía tan inocente, tan virgen...

Además, no llevaba ninguna alianza. En aquel momento, Ezio se inclinó para retirar la americana que Marco había colocado sobre la joven.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó él.

–He sacado su abrigo del coche, jefe. Le dará más calor. No hay razón alguna para que usted también enferme de neumonía.

–Yo estoy bien. Ojalá pudiéramos meterla en la limusina… –dijo Marco. En aquel momento, el niño empezó a llorar–. Giovanni, tú eres un hombre de familia, reconforta a ese bebé un poco… –añadió, refiriéndose a uno de sus guardaespaldas. Entonces, volvió a colocar la americana sobre el abrigo para suministrar a la joven un poco más de calor–. Está helada…

–¿Timmie? –susurró Holly, de repente. Sentía la cabeza a punto de estallar, pero había reaccionado heroicamente al escuchar los sollozos de su hijo–. ¿Dónde está mi hijo?

Marco se inclinó sobre ella y la miró a los ojos, tan azules como el cielo de la Toscana.

–Su hijo está bien. Quédese quieta. Ya viene de camino una ambulancia…

–No puedo ir al hospital… ¡Tengo que cuidar de Timmie! –exclamó Holly, al tiempo que sentía que el hombre que le había hablado con un acento tan musical le impedía incorporarse del suelo.

Ella lo miró, mientras el desconocido se dirigía a otra persona a la que la joven no podía ver.

–¿Has llamado ya a la policía?

–No, por favor, a la policía no… –suplicó Holly–. ¿Es usted el tipo que estaba en el coche? –añadió. El hombre asintió a modo de respuesta–. No necesitamos ni una ambulancia ni la policía. Me encuentro bien. Me tropecé y me caí. Solo perdí la consciencia durante un segundo… eso es todo…

–¿Tiene familia… un novio al que pueda llamar en su nombre? –le preguntó él.

–No.

–Tiene que haber alguien. Un amigo, un pariente… ¿no?

–No tengo a nadie –insistió ella, con un ligero temblor en la voz.

Marco la estudió. No era de Londres. Tenía un pronunciado acento que no podía localizar. Sin embargo, decidió que aquello

podía esperar. Lo primero era lo primero.

–¿Cuántos años tiene?

–Veinte. No quiero que venga la policía… ¿me oye?

De nuevo, trató de incorporarse, a pesar del fuerte mareo que la envolvía. Si la llevaban a un hospital, la policía pediría a las autoridades que se hicieran cargo de Timmie y le asignarían unos padres adoptivos. Cuando lo consiguió, sintió que se tambaleaba y que un fuerte brazo le rodeaba la espalda.

–Deben darle atención médica. Le prometo que no la separarán de su hijo.

–¿Cómo puede prometerme eso?

Al fin llegó la ambulancia, entre un estruendo de sirenas y de luces. El equipo médico se bajó inmediatamente y obligaron a Marco a apartarse.

–¡Timmie! –exclamó Holly, cuando se la llevaban en una camilla.

–Yo la seguiré al hospital con él –le aseguró Marco.

–No lo conozco de nada…

–Pero nosotros sí que lo conocemos a él –le aseguró uno de los enfermeros–. No se preocupe. Su hijo estará completamente seguro con este caballero.

Agotada por el esfuerzo, Holly se limitó a asentir.

Mientras la ambulancia se alejaba, Ezio le dio a su jefe su americana.

–Tenemos el nombre y la dirección de un testigo. Deberíamos declarar ante la policía solo para estar seguros… –sugirió Ezio.

Marco se sentía completamente sorprendido por el ofrecimiento que le había hecho a aquella muchacha para aplacar la ansiedad que sentía sobre su hijo. Entonces, se acercó a la sillita y contempló al pequeño. En un nido formado por colchas y mantitas y bajo un gorro de lana con una borla en lo alto, se adivinaban los enormes y asustados ojos azules del pequeño.

–Encárgate tú de esa declaración. Yo llevaré a Timmie al hospital.

–Yo podría ocuparme del niño y de la declaración –le aseguró Ezio–. No ha dormido más de una hora desde que salió de Nueva York.

Marco recordó que, en realidad, aquella noche no había

planeado dormir en absoluto, aunque por razones muy diferentes. Se dio cuenta de que aquel inesperado incidente le había hecho olvidar el resultado de su inesperada visita a Christabel. Decidió olvidarse de aquel desgraciado incidente y se inclinó para sacar al pequeño de la sillita. El niño se puso rígido como una roca.

–Prefiero cumplir mi promesa.

Tras meterse en la limusina, vio como el resto de las posesiones del niño se introducían en el coche, lo que incluía dos desgastadas bolsas de plástico. Una se volcó y de ella salió un biberón. Al verlo, el niño empezó a patalear con alegría. Entonces, lanzó un gritito y extendió una mano en dirección al mismo.

–Tienes hambre... De acuerdo.

Marco rebuscó entre las bolsas y encontró un paquete de galletas, pero nada líquido. Sin embargo, al niño no pareció importarle y rápidamente empezó a mordisquear el bizcocho con sus dientecillos.

Marco estuvo muy ocupado hasta que llegaron al hospital. Descubrió que juguetear con los hijos de sus amigos con una madre muy cerca no tenía nada que ver con ocuparse de un bebé por sí solo. Con la ayuda de un vaso de agua y una botella de agua mineral aplacó la sed de Timmie, aunque los dos se mojaron de pies a cabeza en el intento.

Cuando Marco salió de la limusina a la entrada del hospital, no presentaba un aspecto tan espléndido como de costumbre. Iba manchado de pies a cabeza con migas de galleta y partes de la tela de su traje estaban empapadas de agua. Además, la falta de sueño le estaba haciendo sentir los primeros efectos de las consecuencias del cambio horario.

Ezio trató de sustituir a su jefe en el cuidado del niño, pero a Timmie no pareció gustarle, por lo que se agarró frenéticamente al cabello de Marco.

–Si no le sonríes, no le caerás simpático –dijo Marco, con voz cansada, mientras se colocaba al pequeño sobre el hombro–. Es muy nervioso.

La recepcionista lo saludó casi como si fuera un miembro de la familia real y lo acompañó al cómodo despacho de su amigo para que esperara allí. Inmediatamente, llegó una enfermera para hacerse cargo del pequeño.

–Necesita comer… y otras cosas –le advirtió Marco, mientras el pequeño se aferraba a él con todas sus fuerzas. El miedo que parecía adivinarse en el llanto del niño resultaba enternecedor.

Pasó una hora antes de que John Coulter, el director médico del hospital, acudiera al despacho para informarlo del estado de la enferma.

–Creo que esta noche has salvado una vida, Marco –le dijo su amigo–. Esa joven tiene los primeros síntomas de hipotermia. Lo mejor que le pudo pasar esta noche fue caerse delante de tu coche. Ese niño y ella podrían haber muerto antes de que amaneciera…

–Noté que no llevaba abrigo, pero supuse que hubiera llegado a su casa antes de que el frío pudiera haber hecho estragos en ella.

–En realidad, estaba pensando en pasar la noche vagando por las calles… No tiene casa. ¿No lo sabías? –le preguntó John. Marco, frunció el ceño, muy sorprendido–. Tendré que llamar a la trabajadora social que haya de guardia, aunque siento muchos remordimientos por hacerlo. Esa muchacha está aterrorizada de que le quiten al niño, aunque no creo que eso sea muy probable. Sin embargo, no pude convencerla de lo contrario.

–¿Cómo están?

–El niño está perfectamente, pero la madre es otro asunto. Es solo piel y huesos. Necesita comer bien y que se la cuide. No muestra señal alguna de abusar de las drogas o del alcohol, lo que dice mucho en su favor. Por el acento, debe de ser de Somerset…

–¿De Somerset?

–Sí, creo que sí, aunque podría estar equivocado. Lo que importa es que Holly es una joven de pueblo y que no tiene ni idea de cómo sobrevivir en una ciudad como Londres. Me imagino que por eso está en ese estado…

–¿Holly? ¿Es así como se llama? ¿Podría ir a verla?

–Este hospital es tuyo…

–No, pertenece a la fundación Lombardi, no a mí personalmente –lo interrumpió Marco, muy secamente.

Holly estaba tumbada en su cómoda cama, observando atentamente la elegante habitación a la que la habían llevado. Le parecía un sueño, pero no lo era. El pequeño Timmie estaba a pocos

metros de ella, en una cuna que le había llevado una enfermera. La amable mujer también le había dado de cenar y le había cambiado de ropa. El niño estaba profundamente dormido, caliente, seguro y bien alimentado. Al pensar aquellas palabras, los ojos de Holly se llenaron de lágrimas, avergonzada de su propia incapacidad como madre. Su hijo se merecía estar caliente y bien alimentado en todo momento.

En aquel momento, se dio cuenta de que la solución a su situación había estado llamando a la puerta durante muchas semanas, pero ella se había negado a enfrentarse a la verdad. Timmie tenía que ser lo primero. Había sido muy egoísta. ¿Qué madre tendría a su hijo en la calle a altas horas de la madrugada? Tenía veinte años y, aunque había dejado de estudiar antes de tiempo, no era tonta. Finalmente estaba aceptando lo inevitable.

–Si entregas al niño en adopción –le había dicho su madre–, podrás volver a casa con nosotros. No consentiré que hagas sufrir más a tu padre, Holly. Hiciste lo que no debías y ahora estás pagando las consecuencias. Si decides quedarte con el niño, solo te esperan penalidades...

A lo largo de aquellos meses, Holly había comprendido la verdad que había en aquellas palabras, a pesar de que en un principio le habían parecido completamente despiadadas. Había sido lo suficientemente estúpida como para creer que Jeff haría un hogar para ellos en Londres, que querría a su hijo tanto como ella y que se casaría como le había prometido. Sin embargo, nada de eso había ocurrido.

Timmie viviría mucho mejor si alguien lo adoptaba. Le rompería el corazón, pero era una crueldad quedárselo cuando no podría suministrarle lo que el pequeño se merecía. No le quedaba elección. No podía ganar lo suficiente para hacer que le cuidaran al niño ni para una casa en condiciones. Ni siquiera con el dinero que le daba el Estado le había ido mucho mejor después de que una enfermedad la obligara a dejar su último trabajo. Todo lo que había poseído alguna vez se había transformado en dinero o se lo habían robado. Había llegado el momento de hacer lo más adecuado para Timmie. Así, su hijo tendría dos padres que lo cuidarían y una casa decente. ¿Cómo iba a ponerse en el camino de su hijo cuando ella tenía tan poco que ofrecerle?

En aquel momento, entró de nuevo la enfermera con una amplia sonrisa en los labios.

–El señor Lombardi va a venir a visitarte. ¡Qué suerte tienes!

–¿Quién?

–Marco Lombardi. El hombre que estuvo a punto de atropellarte con su limusina.

–¿Una limusina? ¿Lombardi? ¿No es ese también el nombre de este hospital? –preguntó Holly, algo confusa. No sabía si era una limusina, pero recordó que aquel hombre viajaba con un montón de gente.

–Este hospital forma parte de la Fundación Lombardi. Es una organización benéfica creada por el señor Lombardi. Solo aceptamos a pacientes locales cuando se trata de una emergencia –le explicó la enfermera–. Nuestros enfermos vienen de todos los lugares del mundo para operarse de dolencias que no pueden tratar en sus países de origen. Es la fundación la que cubre los gastos. El señor Lombardi es un filántropo muy famoso. ¿De verdad que no has oído hablar de él?

–No. Tampoco me di cuenta de que fuera una limusina.

–Tal vez tampoco te hayas dado cuenta de los ojos tan hermosos que tiene –prosiguió la enfermera, en tono de broma–. Eso por no mencionar el resto. Marco Lombardi está de muerte y está tan bueno como para comérselo.

Desde el otro lado de la puerta, Marco se detuvo al escuchar aquella retahíla de cumplidos y levantó una ceja con exasperación. Entonces, tras llamar ligeramente a la puerta, entró.

Al ver que entraba, Holly se ruborizó, como si hubiera sido a ella a quien hubieran sorprendido hablando en aquellos términos. Rápidamente, la enfermera salió corriendo de la habitación con la cabeza gacha. Sin embargo, al contemplar al hombre que se acercaba lentamente a los pies de su cama, estuvo completamente de acuerdo con las palabras que tanto la habían avergonzado. No había visto en toda su vida a un hombre más atractivo. Por mucho que se esforzara, no podía dejar de mirarlo.

Las palabras de la enfermera no habían sido una exageración. Alto, fuerte, con un rostro de orgullosos pómulos, estrecha boca y pronunciada mandíbula, aquel hombre era la pura esencia de la masculinidad. Al mirarlo a los ojos, que eran de un marrón oscuro,

casi dorados, no pudo evitar pensar que estaba prácticamente desnuda bajo aquel camisón de hospital.

Aquellos hermosos ojos aparecían flanqueados por unas espesas pestañas. En aquel momento, su mirada parecía estar fija en la boca de Holly. Cuando sus miradas volvieron a cruzarse tras un segundo, ella recibió de nuevo el impacto de aquella intensa mirada y, sin poder evitarlo, se preguntó cómo se sentiría una mujer al sentir aquellos labios tan masculinos sobre los suyos...

–¿Cómo se encuentra? –le preguntó él.

–Bien –susurró Holly, aterrorizada de que él se diera cuenta del efecto que estaba teniendo sobre ella–, pero tengo una ligera conmoción cerebral.

–Lo sé –respondió Marco Lombardi, mientras se acercaba a la cuna del pequeño Timmie. A pesar de que trató de hacerlo con todas sus fuerzas, Holly no pudo apartar la atención de él. Medía más de un metro ochenta, con un físico espectacular–. Timmie parece estar perfectamente.

–Sí... es una cuna muy bonita y muy cómoda –musitó Holly.

–No debería haber estado en la calle a esas horas con Timmie –dijo él, levantando la mirada para fijarla de nuevo sobre ella.

–Yo... lo sé.

Marco sintió que la joven se estaba sonrojando tanto como si fuera una colegiala. Aquella falta de artificio le resultó muy emotiva. Aquellos enormes ojos azules eran como ventanas que revelaban la tensión que sentía.

Tenía un cabello sorprendente. En aquellos momentos le caía en hermosos rizos casi hasta la cintura y brillaba bajo la escasa luz como si fuera bronce. Era tan delgada que casi se fundía con la cama. Notó cómo los redondeados pechos se apretaban contra el camisón del hospital, la prominencia de sus pezones, visibles incluso bajo la barrera del algodón. Eran unos bonitos pechos...

Al tener aquellos pensamientos, su cuerpo lo sorprendió con una repentina erección. Ni el cansancio ni las emociones de la noche habían logrado suprimir sus instintos más básicos.

–Voy a ocuparme de Timmie... de verdad –prometió Holly, desesperada porque aquel hombre tuviera mejor concepto de ella–. En cuanto salga de aquí.

–Necesita descansar durante unos días –respondió Marco–.

Mañana, vendrá a verla una mujer. Nadie va a organizar nada en contra de su voluntad, pero creo que estará de acuerdo conmigo en que necesita ayuda de un profesional en estos momentos.

Holly sintió que los músculos del vientre se le contraían con una fuerte sensación de alarma, que no pasó desapercibida para Marco.

–Los dos estaréis bien –le aseguró él, mientras se dirigía de nuevo hacia la puerta.

Durante un momento, recordó aquel pensamiento tan alocado que había tenido unos minutos antes de que Holly se cayera delante de su limusina. Ella era, efectivamente, la primera mujer con la que se había encontrado después de abandonar a Christabel.

Menos mal que no estaba lo suficientemente loco como para casarse con una completa desconocida. Después de todo, por muy joven que Holly Sansom fuera, era ya una madre soltera. A pesar de ser un hombre que se enorgullecía de su abierta mentalidad, su educación italiana, tan tradicional, le había imbuido ciertos valores de los que no podía desprenderse fácilmente.

Capítulo 2

Pálida como la muerte, Holly se dejó caer sobre la almohada. Había estado contemplando a Marco Lombardi como una quinceañera y se había puesto en evidencia delante de él, algo que no había hecho por ningún hombre, ni siquiera por Jeff.

Afortunadamente, un hombre como Marco Lombardi estaba tan por encima de ella en todos los aspectos que no habría notado lo estúpido de su comportamiento. Además, tenía mucho más de lo que preocuparse que de la impresión que le había causado a un hombre al que, probablemente, no volvería a ver.

Desde la cama, miró a su hijo, con los ojos llenos de lágrimas. Adoraba a Timmie y no podía imaginarse la vida sin él. Sin embargo, al día siguiente iría a verla la mujer de la que le había hablado Marco Lombardi. Él le había jurado que no se organizaría nada sin su consentimiento. ¿De verdad creía que era tan estúpida? Había tenido a su hijo en la calle en medio de la noche. No tenía casa a la que ir y el médico le había confirmado que tenía los primeros síntomas de hipotermia. Aquellos hechos eran como piedras contra su propio tejado. La declararían incapaz para cuidar a su hijo y se lo arrebatarían.

Media hora antes, se había estado diciendo que lo mejor era entregar a Timmie en adopción, pero no podía afrontar el futuro sin poder sentir a su hijo entre los brazos. ¿Acaso no podía darse una última oportunidad? ¿Era aquello tan egoísta? Contempló a su hijo mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas. El niño era todo lo que tenía.

Decidió que iría a un albergue para los que no tienen casa, a uno de esos lugares en los que dan consejos sin hacer demasiadas preguntas. Por mucho que le costara, encontraría un lugar en el que vivir, pero si volvía a pasar otra noche al raso, reconocería su derrota y aceptaría que la adopción era la única solución. Aquella fue la promesa que se hizo por el bien de su hijo.

Para ello, tendría que marcharse del hospital antes de que

llegara aquella mujer. Sin embargo, todavía faltaban algunas horas y Timmie necesitaba dormir. Ella misma todavía se sentía demasiado débil para andar, por lo que decidió ser sensata y quedarse en la cama todo el tiempo que le fuera posible.

A las ocho de la mañana siguiente, Marco iba de camino a una reunión de negocios y recordó el miedo que había visto reflejado en el rostro de Holly Sansom.

En una de las repentinas decisiones que desconcertaban a sus empleados, Marco agarró el teléfono para comunicarse con su chófer y le dijo que se dirigiera al hospital en vez de al edificio de Lombardi Industries. Sabía que había hecho todo lo que debía, pero decidió que debía haber guardado silencio sobre la visita de la asistente social.

La limusina se detuvo frente a la entrada del hospital. Mientras el chófer salía del coche para abrirle la puerta, lo que solo era una artimaña para conseguir que su equipo de seguridad se preparara para su salida, Marco vio el reflejo de un cabello cobrizo entre los coches del aparcamiento. Rápidamente, abrió la puerta por sí mismo y salió corriendo en la misma dirección.

–¡Holly!

Al oír aquel grito justo cuando creía que estaba completamente a salvo, Holly sintió una fuerte opresión en el pecho. La sangre se le heló en las venas de puro miedo y, automáticamente, se aferró a su hijo.

–¿Dónde diablos te crees que ibas?

Marco era la última persona que ella habría esperado encontrar. Por primera vez, al estar frente a frente con él, comprendió lo alto que era. Tenía los hombros anchos, como un jugador de rugby, y un físico que ni su elegante traje oscuro lograba ocultar.

–Yo... Voy a encontrar un albergue para las personas sin hogar.

–¡Y un cuerno! –le espetó él–. ¿Dónde está su sillita?

–Yo... no pude encontrarla...

Holly estaba temblando. Su propio conflicto interior sobre lo acertado de su decisión se veía intensificado por la desaprobación que emanaba de Marco Lombardi.

–Dame a Timmie...

Estaba tan aturdida y tan avergonzada que, instintivamente, obedeció lo que aquella voz tan autoritaria le había ordenado. Sin embargo, un segundo después, no pudo creerse que hubiera sido capaz de aquello y se enfrentó a Marco Lombardi.

–¡Devuélvamelo!

–No hasta que accedas a volver al hospital y esperes a ver a la asistente social, que solo quiere ayudarte –le recordó Marco, reconociendo perfectamente la causa de tanto temor.

–¡No puedo hacerlo!

En aquel momento, Marco vio a Ezio. Estaba a pocos metros de ellos, observándolo completamente atónito.

–Debes mostrarte sensata –afirmó Marco.

En aquel momento, notó que el pequeño se ponía completamente rígido y que lanzaba un grito al notar la angustia de su madre. Timmie estaba a punto de explotar. En cualquier momento, una histeria colectiva iba a estallar entre madre e hijo.

–¡Por favor, devuélvamelo! –gritó la joven.

Un hombre, que acaba de abrir la puerta de su coche, los observaba como si se estuviera pensando si debía intervenir. Marco decidió tratar de calmar a la muchacha.

–Mi coche está muy cerca. Hablaremos de esto tranquilamente en privado.

Holly estaba completamente desconcertada, pero siguió a Marco. Cuando el chófer les abrió la puerta de la brillante limusina plateada, Marco entró rápidamente para evitar una escena en público. Holly lo siguió y sintió cómo la puerta se cerraba a sus espaldas. Marco Lombardi tenía a su hijo en brazos mientras hablaba por teléfono en su idioma materno.

Fue entonces, cuando, asombrada, se dio cuenta de que su hijo estaba sonriendo. ¡Él, que nunca sonreía a nadie más que a ella! Aquello la confundió aún más. Se sentía enferma, mareada y asustada.

–Por favor, devuélvamelo...

–Mira, no tengo tiempo para esto en estos momentos. Tengo una reunión muy importante –le dijo Marco, mientras hacía algunos ajustes en el asiento que había enfrente del suyo. Para sorpresa de Holly, apareció un asiento infantil completo.

–Señor Lombardi, yo...

–Puedes quedarte en mi casa durante unos días hasta que te sientas más fuerte –la interrumpió Marco–. No estás en condiciones de tomar decisión alguna en estos momentos. Te daré tiempo para que pienses en tu situación.

–¿Su casa? –preguntó Holly, atónita por lo que acababa de escuchar.

En aquellos momentos, Marco estaba colocando a Timmie en el asiento. Después de ajustarle todos los cinturones, se volvió a recostar en su asiento con un aire de satisfacción por su propia eficacia.

–¿En su casa? –repitió ella, incapaz de pensar en nada. Había dormido muy poco, esperando la oportunidad de poder escapar del hospital.

–¿Por qué no? –preguntó Marco, aunque algo en su interior le decía que no era propio de él reaccionar de un modo tan impulsivo.

Daba millones para causas humanitarias. ¿Por qué había tenido que implicarse personalmente en aquel asunto? A pesar de sus dudas, decidió que su intervención era más que necesaria. Sin ayuda, había una posibilidad real de que Holly Sansom terminara vendiendo su cuerpo por el precio de la siguiente comida. Tenía la palabra «víctima» escrita sobre la frente...

–¿Que... por qué no? –repitió Holly–. Porque la gente no hace cosas como esa por personas que no conocen.

–Tú decides.

Holly se tensó. Sabía que Marco Lombardi le estaba ofreciendo un cable de salvación. Un tejado, una cama, no tener que preocuparse por lo que iba a comer en los próximos días. Era un hombre extraordinario. Era tan amable...

–De acuerdo.

–Lo prepararé todo.

Marco volvió a tomar el teléfono y habló con Ezio. Hubo un momento de la conversación en el que el hombre se volvió para mirarlo con el ceño fruncido, gesto al que Marco no prestó atención alguna.

A Holly le encantaba aquel acento tan dulce, a pesar de que no tenía ni idea de qué estaba diciendo. Al sorprenderse de nuevo con aquellos pensamientos, ella se sonrojó vivamente.

–En cuando me haya dejado en mi reunión, mi chófer te llevará

a mi casa. Si tienes algún problema, habla con Ezio. Él sabe inglés, pero la mayoría de los empleados de mi casa no lo hacen.

Holly asintió y trató de imaginarse el mundo en el que una persona tendría empleados en la casa. Al observar de nuevo a Marco, sintió que el aliento se le helaba en la garganta. Tenía unos ojos tan hermosos...

Minutos después, él se bajó delante del edificio de Lombardi Industries. Entonces, Ezio se aclaró la garganta.

–A la señorita Kent no le gustará que haya otra mujer en la casa, jefe –le dijo.

–La boda se ha cancelado, Ezio –replicó Marco, con voz gélida.

Con eso, entró en el edificio, dejando al guardaespaldas completamente atónito. Entonces, el hombre volvió a meterse en la limusina y el vehículo arrancó rápidamente.

Asombrada, Holly miró a su alrededor. Solo la ligera molestia que tenía en la parte posterior de la cabeza logró convencerla de que no estaba soñando. De verdad estaba sentada en la lujosa limusina de Marco Lombardi y, al menos durante algunos días, no tendría que preocuparse de nada.

En aquel momento, se dio cuenta de que aquel hombre debía haberse apiadado de ella. Holly solo era un caso más, una obra benéfica para un hombre como Marco Lombardi. Decidió que trabajaría en su casa y trataría de devolverle su generosidad del único modo que sabía.

¿Cómo había llegado hasta aquella situación? Había ocurrido poco a poco. Todo había empezado el día en que se empezó a relacionar con Jeff Danby. Aquel había sido su peor error.

Holly había crecido en una granja en Exmoor, que su padre tenía en alquiler. Sus padres se habían casado tarde y su madre había entrado ya en la cuarentena cuando Holly nació. El hecho de que la madre no hubiera vuelto a concebir había sido una gran desilusión para sus padres, dado que aquello significaba que no habría un hijo que ayudara al padre cuando este fuera demasiado viejo para realizar algunas de las tareas más duras.

Había tenido una infancia feliz, pero como era hija única, la habían mimado un poco. Sus padres la habían animado a estudiar en la universidad, pero Holly había preferido encontrar un trabajo para poder tener su propio dinero y poder pasar más tiempo con sus

amigas, que vivían en una ciudad cercana.

Durante los dos primeros años, lo único que la había preocupado había sido tener dinero para poder comprarse la ropa de moda y encontrar un novio. Sin embargo, aunque los chicos se le habían insinuado abiertamente, todos lo habían hecho con la única pretensión de satisfacer un deseo sexual. Por mucho que le gustara mostrarse liberal delante de sus amigas, el hecho de haberse criado en una casa en la que aquella clase de comportamiento no era aceptable le había impedido hacer nada que disgustara a sus padres.

Entonces, en el día en que cumplió dieciocho años, Jeff había aparecido en su vida. Jeff, con su deportivo de segunda mano, una descarada sonrisa y una impresionante aura de sofisticación. Era uno de los socorristas en la piscina y siete años mayor que ella. Holly se había sentido muy emocionada cuando le pidió una cita y se sintió completamente enamorada de él al final de la primera semana, aunque no tanto como para meterse en la cama con él. El lado sexual de una relación nunca la había atraído mucho. Siempre había preferido el romanticismo, el agarrarse de la mano... Le bastaba con escucharle hablar sobre sus planes de convertirse en instructor en un gimnasio de moda en Londres y admiraba el hecho de que tuviera una meta y una ambición.

–Es demasiado moderno –le había dicho su madre, cuando finalmente le conoció.

–Es un arrogante – había suspirado su padre–. Y es mucho mayor que tú. Estarías mejor con un muchacho de tu edad.

Jeff la había dejado tirada en un par de ocasiones y se había ido con otras chicas. Cada vez que había regresado a ella, Holly no había podido evitar perdonarlo. Entonces, Jeff consiguió por fin el trabajo con el que tanto había soñado. Holly, tratando de ocultar que aquella noticia le había roto el corazón, se fue con él y sus amigos a celebrar la última noche juntos.

El alcohol había desfilado delante de ella. Jeff la había animado a beber y ella, por no ser menos, había obedecido. Jeff había dicho que ella era su chica, que mandaría a buscarla cuando tuviera un apartamento... Al oírle hablar de aquel modo, ver que Jeff la incluía en sus planes, Holly se había sentido llena de felicidad.

–Te quiero mucho, Holly –le había dicho–. Tú eres la chica con la que quiero casarme, así que puedes venir conmigo a mi casa esta

noche...

Y lo había hecho. Holly había apretado los dientes en la oscuridad, había llorado ante tanta brusquedad, avergonzada y dolorida de la experiencia. Había querido agradarle, había querido demostrarle que no era la niñata que todavía seguía atada a los dictados paternos sino que era una mujer adulta, capaz de amar a un hombre y de ser amada.

Tal y como había prometido, Jeff la había llamado por teléfono mientras la vida en Londres le había resultado extraña. Ella le había enviado largas y cariñosas cartas, pero antes de que se diera cuenta estaba embarazada de cuatro meses sin ni siquiera darse cuenta de que había concebido un hijo. Durante la última llamada por teléfono, ella le había suplicado que viniera a verla para poder darle la noticia cara a cara. Sin embargo, él se había quejado de lo mucho que costaba el viaje y no había vuelto a llamarla. Semanas después, cuando ella se subía por las paredes por su silencio, le habían devuelto la última carta con una nota del cartero en la que se la informaba de que aquel hombre ya no residía en aquella dirección. No había vuelto a ver a Jeff hasta que por fin había logrado encontrarlo, meses después, en Londres.

Una brisa de aire fresco sacó a Holly de sus pensamientos. Entonces, se dio cuenta de que la puerta estaba abierta. Al salir, vio una enorme casa delante de ella.

–Señorita Sansom... Me llamo Ezio Farretti.

–Encantada de conocerlo –susurró Holly, tímidamente.

Ezio habló con una criada que esperaba a la puerta en su idioma materno y luego le hizo un gesto a ella para que pasara. Holly se sentía extraña, fuera de lugar. Muy intimidada por lo que la rodeaba, contempló la imponente escalera y los cuadros tan hermosos que adornaban las paredes.

–Por aquí, señorita Sansom.

–¿Cuál es su idioma materno? –preguntó ella, para llenar el silencio.

–Italiano.

Ezio la acompañó hasta una lujosa sala. Opulentos sofás y una enorme chimenea le hicieron pensar que aquello hubiera sido lo que ella hubiera considerado el salón de la casa. En la chimenea, ardía el fuego. Holly no había visto un fuego desde que se había

marchado de su casa y, sin poder evitarlo, pensó en la cocina de la granja, en la que se sentaba con sus padres en las frías noches de invierno.

Ezio le extendió un cuaderno de notas y un bolígrafo.

–¿Quiere escribir lo que necesita para su hijo y para usted?

–¿Lo que necesito?

–Sí, lo que requiera.

–No tengo dinero –susurró, enrojeciéndose de nuevo.

–Eso no es problema alguno.

El silencio que Ezio le dedicó le obligó a escribir algo. Decidió poner pañales y comida y zumos para su hijo. Sabía que la suerte le había sonreído, pero no iba a aprovecharse más de lo debido. Seguramente tendría la oportunidad de lavarse la ropa.

–Debería anotar más cosas –le dijo Ezio, con voz ronca, cuando ella le entregó el cuaderno.

Holly negó con la cabeza. Hasta poner las necesidades más básicas le había dolido. No quería que Marco Lombardi gastara en ellos más dinero de lo necesario.

Subió con Ezio la imponente escalera. Los muebles que había en el descansillo parecían dignos de los de un palacio. Cuando el hombre le mostró su habitación, le pareció fabulosa. Tenía un cuarto de baño anexo y una pequeña habitación con una cunita para un bebé y juguetes casi nuevos.

De repente, se le ocurrió que, tal vez, Marco Lombardi era un hombre casado y con hijos. A pesar de que sintió un gran vacío en el vientre, se lo preguntó a Ezio enseguida.

–El jefe está... soltero –dijo Ezio, tras un momento de duda–, pero a menudo recibe visitas de parientes con niños pequeños. Los Lombardi son una familia muy grande.

Después de que Ezio se marchara, Holly se contempló en un espejo. Tenía los pantalones muy sucios, sobre todo por la parte trasera, probablemente de cuando se cayó. Tras agarrar un par de juguetes de la cuna, se llevó a Timmie al cuarto de baño y lo colocó encima de una toalla. Entonces, se desnudó y, tras tirar la ropa en la bañera, se metió en la ducha. Mantuvo la puerta ligeramente abierta para vigilar a su pequeño, pero a pesar de todo sentir el agua corriéndole por la piel fue una gloria. Se enjabonó el cabello y se lo acondicionó por primera vez en muchos meses. Después, se

lavó la ropa, pero se sorprendió al ver que no había radiadores. En aquel momento, alguien llamó a la puerta de la habitación.

Tras envolverse en una toalla, Holly abrió ligeramente la puerta. Era Ezio, con una enorme bolsa del algodón en la mano.

–¿Dónde están los radiadores? –le preguntó.

–No hay. La calefacción va por el suelo.

–Oh...

–Esta bolsa contiene ropa que se han olvidado otros invitados. Podría haber algo que le sirviera a usted o a Timmie.

–No puedo ponerme las cosas de otra persona. Se pondría furiosa...

–Estamos hablando de personas muy ricas. No echan de menos nunca lo que olvidan. Simplemente se compran más cosas –le dijo el hombre, amablemente–. Dejaré la bolsa al otro lado de la puerta.

–Gracias, Ezio –susurró Holly.

–De nada. Sin embargo –añadió, tras aclararse la garganta–, si no le importa que le dé un consejo, no preste demasiada atención al jefe. En estos momentos, no es él mismo y supongo que no quiere que lo hagan sufrir, señorita...

¿Que no era él mismo? ¿Que Holly no quería que lo hicieran sufrir? ¿Qué significaba aquello? De repente, el rostro de Holly se tiñó de escarlata. Dios santo... ¿Se habría dado cuenta Ezio sobre cómo Holly se sonrojaba y se comportaba como una colegiala cuando estaba cerca de Marco Lombardi? ¿Qué otra cosa había podido querer hacer sino advertirla para que no se hiciera ilusiones?

Capítulo 3

Que Holly está haciendo qué? –bufó Marco, con incredulidad.

–Ya casi ha terminado de fregar el suelo de la cocina, jefe –repitió Ezio, de mala gana–. Ha estado limpiando el polvo, fregando y sacándole brillo a las cosas todo el día, pero aparte de tratar de impedírselo no ha habido nada que pueda hacer. Tiene mucho aguante, pero está a punto de desfallecer...

–El suelo de la cocina –rugió Marco, mientras bajaba por la puerta que llevaba al sótano y en la que se situaba la zona de servicios de la casa.

Su estado de ánimo no mejoró cuando se equivocó de puerta y se encontró en la sala de calderas. Hacía mucho tiempo desde la última vez que había visitado la cocina...

Cuando finalmente la localizó, lo primero que vio fue a Timmie, subido en una trona y completamente dormido. La cabeza del pequeño, cubierta de oscuros rizos, descansaba sobre la bandeja de la trona. Tenía una tacita en la mano y parecía un marinero borracho en miniatura. Tenías las piernecitas cubiertas por... unas medias. ¿Y qué eran todos aquellos encajes que tenía alrededor del cuello? «*Dio mio*»*,* pensó. Timmie llevaba puesto un vestido de niña, realizado en lana y con el cuello de encaje. Este descubrimiento dejó profundamente afectado a Marco.

Giró para entrar en la cocina propiamente dicha, que tenía más de doce metros de profundidad. Entonces fijó su asombrada mirada en el trasero femenino que se contoneaba de un lado a otro. Holly estaba de rodillas sobre el suelo, con un cubo al lado, y estaba restregando las losetas del suelo como si se tratara de una doncella victoriana. Sin embargo, la visión de aquella parte tan femenina hizo que se detuviera unos segundos. Cada línea de la tela se le ceñía deliciosamente a las curvas...

Sin previo aviso, Marco sintió un ataque de poderoso deseos, a

pesar de que todos sus músculos se tensaron para oponer resistencia. Cuatro semanas sin sexo lo habían convertido en un animal, listo para abalanzarse sobre cualquier mujer. Apretó los puños con fuerza para concentrarse y así conseguir que su miembro viril volviera a proporciones más adecuadas.

–¡Levántate del suelo! –gritó entonces, lleno de ira.

Holly se dio la vuelta sobre las rodillas, completamente asustada. Al hacerlo, golpeó sin querer el cubo e hizo que este se volcara ruidosamente contra el suelo.

–¡Mira lo que me has hecho hacer! –exclamó ella, completamente desolada.

–¿Cómo te atreves a venir aquí y empezar a fregar los suelos de mi casa?

Muy lentamente, Holly se puso de pie. Llevaba puesto un vestido demasiado grande para ella, con un amplio escote que le dejaba un hombro al descubierto. Sin embargo, el verde destacaba de un modo increíble sobre su delicada y clara piel.

–Lo siento, creí que...

En aquel momento, Marco notó que la joven se tambaleaba y que su rostro se ponía, literalmente, de color blanco. Por encima del agua que se había derramado, se acercó a ella y la tomó en brazos antes de que se desmayara delante de él.

–¿Cómo has podido ser tan tonta? ¿Acaso crees que te he invitado a mi casa para que ejerzas de esclava para mí?

–Solo quería ser útil –susurró Holly, mientras aspiraba el ligero aroma que emanaba la chaqueta de Marco, que tenía tan cerca de la nariz.

Tenerla entre sus brazos no era lo más adecuado para que la creciente excitación de Marco remitiera. Se sentía furioso consigo mismo, con ella. No estaba acostumbrado a sufrir aquella falta de control cuando estaba con una mujer. Se sentía muy tentado a decirle que, si quería resultar útil, tenía un completo catálogo de distracciones que no tenían nada que ver con las obligaciones domésticas. Rápidamente, apartó de sí aquellos pensamientos y se dirigió con ella hacia la puerta de la cocina.

Allí descubrió a Ezio, que contemplaba absorto al pequeño Timmie.

–Sube a Timmie a su cuarto y quítale ese estúpido vestido –le

dijo a Ezio.

–Solo se lo puse para que estuviera abrigado mientras se le secaban sus propias ropas –protestó Holly–. No sabe que es un vestido.

–¡Podrías estar dañando su identidad sexual de por vida!

–¿Eso crees? –le preguntó ella, mientras Marco la llevaba hacia un ascensor del que Holly no había tenido noticias hasta entonces.

Una vez dentro, la dejó en el suelo y apretó el botón sin esperar a Ezio. La puerta se cerró rápidamente.

–El suelo está ahora hecho un asco –se lamentó Holly–. No puedo dejarlo así.

–Cállate –susurró Marco, mientras trataba de respirar lenta y profundamente, con los ojos cerrados.

Había tenido un día terrible, prohibiendo que le pasaran llamadas de Christabel, haciendo que su secretaria se encargara de cancelar los preparativos de la boda y tratando de evitar las miradas de especulación que veía en los ojos de sus empleados. Marco Lombardi y Christabel, una pareja de ensueño, habían roto. Toda su vida había estado pendiente de guardar su intimidad y, en aquellos momentos, cuando las circunstancias lo habían puesto en una situación muy humillante para él, en lo único que podía pensar era en el sexo con aquella jovencita, casi una desconocida.

Holly guardó silencio y sintió que el ambiente se iba cargando por momentos. Cuando Marco abrió los ojos y la miró, ella sintió que el reducido espacio del ascensor se llenaba de una extraña excitación que la hacía vibrar a pesar del agotamiento que sentía. No sabía por qué hasta entonces nunca había sido tan consciente del magnetismo de una poderosa masculinidad.

Por fin tuvo que admitir que se sentía muy atraída por Marco Lombardi, tanto que casi no podía pensar con coherencia. Aquello la aturdió mucho, dado que ni siquiera Jeff la había hecho reaccionar de aquel modo con solo mirarla. Jeff nunca le había hecho ansiar sus caricias...

–Siento haberte hablado de ese modo –murmuró Marco, secamente, mientras se echaba a un lado para que ella pudiera salir del ascensor. Ella asintió ligeramente para aceptar sus disculpas–. Ahora, vete a descansar. Haré que te envíen algo para cenar.

–No tengo hambre –susurró Holly, con voz temblorosa, ya sin

poder mirarlo.

Entonces, escuchó cómo Marco se alejaba de ella. Se despreciaba por lo que había sentido unos minutos antes. Un hombre como Marco Lombardi no le prestaría ninguna atención. Afortunadamente. Era completamente inútil en la cama. «Frígida como un cadáver». Al recordar aquella penosa descripción de cómo Jeff había definido su actitud en la cama, rememoró también que no había disfrutado en absoluto de aquella única sesión de intimidad física. Lo único bueno que había salido de todo aquello había sido la concepción de Timmie. Sin embargo, Jeff le había dejado bien claro que él lo había disfrutado todavía menos. ¿Cómo había podido creerlo cuando, borracho, él le había dicho que era la mujer con la que quería casarse? Aquello solo había sido una frase pensada para meterla entre las sábanas.

–¿Por qué no has abortado, estúpida? –le había espetado Jeff, justo antes de darle un puñetazo en la cara. La había tirado contra el suelo en su furia.

Aquello había ocurrido casi cinco meses atrás, pero Holly recordaba lo mucho que la había asustado aquella violencia.

–Si crees que me estoy ganando el dinero para gastarlo en ti y en tu bastardo, estás muy equivocada. Si tratas de adjudicármelo, haré que te arrepientas de haber nacido…

Lo que Holly más sentía era que no hubiera visto antes que, bajo el superficial encanto de Jeff, se escondía un hombre que utilizaba y se aprovechaba de las mujeres. Se había acostado con otras chicas cuando había decidido cortar su relación con ella por dos veces. Le había mentido al respecto, aunque, en el fondo de su corazón, Holly siempre había sospechado la verdad. Sin embargo, se había negado a aceptar el hecho de que un hombre que la trataba de aquella manera no podía tener sentimiento alguno hacia ella. Por eso, en el momento en que había logrado acostarse con ella, había empezado a perder interés.

Aquel había sido su castigo por comportarse como una tonta, por soñar con un vestido blanco y con la *Marcha Nupcial*. Lo que no podía soportar era la actitud de sus padres. Sabía que la estarían echando terriblemente de menos, pero no podía volver a su casa

mientras no llevara una alianza en el dedo. Las comunidades de las sociedades rurales no eran muy liberales. Una hija soltera, madre de un hijo sin padre, solo podía mortificar y avergonzar a sus progenitores.

Justo en el momento en que Holly se dejaba caer encima de la cama, Ezio entró en la habitación con el pequeño Timmie en brazos.

–He sacado las ropas del niño de la secadora, pero me temo que tendrás que ser tú quien lo cambie.

–Gracias –susurró ella con un hilo de voz, mientras se ponía de nuevo de pie para ocuparse de su hijo.

–El jefe tiene muy poca paciencia en estos momentos. Traté de advertirte –le dijo Ezio, desde la puerta.

Holly se dio cuenta de que no había sabido escuchar. Con su orgullo había ofendido a Marco Lombardi, la única persona que había sido amable con ella tras meses de indiferencia. Un hombre rico, atractivo como él no podía tener otros motivos para ayudarla que la caridad. Se sintió avergonzada de la realidad de lo que ella había deseado, avergonzada de lo que sentía cuando estaba con él...

A la mañana siguiente, la despertó el insistente sonido del teléfono. Era Marco.

–Voy a llevarte de compras y no quiero escuchar ningún argumento en contra. Verte vestida como una mendiga en mi casa me avergüenza.

–Pero...

–He contratado una niñera para que se ocupe de Timmie. Pudiste dormir hasta ahora porque ella ya se está ocupando del pequeño. Están los dos en el jardín. En cuanto tú hayas desayunado, quiero que bajes enseguida.

Marco colgó el teléfono sin darle opción a hablar. Mientras Holly estaba colgando el auricular, completamente asombrada, alguien llamó a la puerta. Era el mayordomo, que le llevaba el desayuno que Marco le había prometido. ¿Y había contratado una niñera para que se ocupara de Timmie? ¿Se había vuelto loco? Además, no podía permitirle que le comprara ropa. Aquello estaba completamente descartado.

Sin embargo, el hambre la hizo sucumbir a la primera tentación,

la del desayuno que le habían subido sobre una bandeja, que el mayordomo le había colocado encima de la cama. Mientras comía, se tocó el lugar de la base del cráneo donde se había golpeado. Todavía le dolía un poco, pero después de una noche de sosegado descanso se sentía mucho mejor. En cuanto hubo desayunado, se dio una rápida ducha y se puso sus pantalones vaqueros y su camisa, ya limpios. Además, añadió a su atuendo un jersey de hombre que había encontrado entre las ropas que Ezio le había llevado.

Tras peinarse vigorosamente, bajó corriendo las escaleras. Encontró a Marco, paseando impacientemente por el vestíbulo. Solo con verlo, sintió que el aliento se le helaba en la garganta. Iba vestido con un elegante traje gris perla, que destacaba aún más su apostura y su piel bronceada. Su cabello negro brillaba bajo la luz que entraba por las ventanas y Holly sintió un irrefrenable deseo de tocarlo.

–No puedo dejar que me lleves de compras –le dijo, en cambio, con un hilo de voz.

Una curiosa expresión tensó los rasgos de Marco. Su fuerte mandíbula se tensó.

–Hoy necesito una distracción. Y tú eres esa distracción. Me estarás haciendo un favor.

Tan desconcertada se quedó Holly por aquellas palabras que estaba ya casi dentro de la limusina antes de que recordara que aún no había visto a su hijo.

–Solo dos minutos, Marco –dijo, pronunciando su nombre por primera vez, lo que la hizo sonrojarse ligeramente.

La niñera era una joven muy agradable que hasta llevaba uniforme. Parecía el tipo de niñera que se contrataría para cuidar de un príncipe. De hecho, el pequeño Timmie, subido en un imponente carrito, podría haber aspirado a serlo de no haber sido por sus raídas ropitas.

–¿Satisfecha? –le preguntó Marco, mientras Holly entraba de nuevo en la limusina.

–Timmie parece estar muy contento...

–Deberías dejar de llamarlo Timmie y hacerlo por su nombre completo, Timothy –le dijo él, mientras Ezio se sentaba al lado del chófer.

–¿Por qué?

–Debes darle un nombre que le sirva también cuando sea adulto, no uno que lo haga parecer un caniche.

Holly se sonrojó, pero no dijo nada. . Sentía la sensación de verse llevaba por una fuerte personalidad en un viaje que no lograba entender.

–¿Es… es que algo va mal… que te hace necesitar una distracción? –musitó ella, minutos después.

–Todo va perfectamente –replicó Marco, de perfil, dejando que ella admirara sus largas y espesas pestañas–. Todo va como debería ir –añadió, en un tono de voz tan duro que hizo que Holly se quedara helada hasta la médula.

–Entonces, ¿hoy no tienes que trabajar? –dijo ella, tratando de hacer todo lo posible para reparar el aparente daño que había causado.

–No.

–¿Y el que me lleves de compras es solo un capricho… algo que suelen hacer las personas ricas cuando se aburren?

–Se podría pensar eso –respondió Marco–, pero también se podría decir que quiero mimarte un poco porque tú no pides nada y no estoy acostumbrado a eso en una mujer.

–Y yo no estoy acostumbrada a que los hombres me compren cosas –afirmó Holly, con una repentina seguridad en sí misma–. Jeff solía pedirme dinero prestado constantemente. Siempre se le acababa. Y yo siempre me he pagado mis cosas… bueno, hasta hace poco.

–Jeff… ¿Es ese tipo el padre de Timothy? Parece una alhaja –dijo él, con desprecio–. ¿Dónde está?

–No lo sé… ni quiero saberlo –susurró Holly, a pesar de que un temblor la sacudió de la cabeza a los pies–. La última vez que lo vi, me pegó…

–¿Cómo has dicho? –preguntó Marco. Tras volverse para mirarla, la agarró del hombro.

–Menuda bocazas soy –musitó Holly. Siempre había tenido la intención de que aquello fuera un secreto.

–¿Has dicho que te pegó? –insistió Marco.

–Fue culpa mía…

–¿Por qué dices eso?

–Yo vine a Londres con Timmie para encontrar a Jeff. Me llevó tiempo, porque había cambiado de trabajo y se había mudado de su última dirección conocida –explicó Holly–. Yo fui una estúpida. Después de todo, él siempre supo cómo ponerse en contacto conmigo, pero yo no quería aceptar que habíamos terminado...

–Tenías un hijo suyo. Claro que no querías aceptarlo. ¿Sabía él que estabas embarazada cuando te abandonó?

–Cuando me abandonó –repitió ella.

Aquella palabra hacía que sonara mucho peor lo que Jeff había hecho. En realidad, solo había dejado de llamarla. Sabía que seguir a Jeff a Londres había sido la segunda peor equivocación que había cometido en su vida. Con un niño, le había resultado imposible mantenerse en una ciudad tan cara, pero no tenía ningún otro sitio al que ir ni familiares con los que ponerse en contacto.

–No, no lo sabía –añadió ella–. De hecho, yo misma tardé bastante en darme cuenta de la situación.

–¿Qué ocurrió cuando por fin lo encontraste?

–Estaba viviendo en un apartamento muy elegante en Notting Hill. Yo llevaba a Timmie conmigo, dado que no tenía ningún otro sitio donde dejarlo. Jeff abrió la puerta...

–¿Y? –preguntó Marco, impaciente.

–Me dijo que tenía una visita y me metió rápidamente en la cocina. Cuando le dije que era el padre de mi hijo se puso hecho una furia. Entonces, apareció su novia... aquello fue peor aún que él me pegara porque sintió pena por mí. Aquel era su piso y decidió echar a Jeff a la calle hasta que se serenara. Ella era muy sofisticada, mucho más mayor que yo, y no se sentía nada avergonzada por la situación. Incluso me preparó una taza de té mientras me decía que ir persiguiendo a Jeff con un niño había sido una estupidez. Me dijo también que Jeff había perdido la cabeza porque yo lo había acorralado cuando ella estaba en casa y que él solo había tratado de librarse de mí para que ella no descubriera que era el padre de mi hijo.

–Encantadora...

–Tenía razón –susurró Holly, mientras se secaba las lágrimas con la manga–. Yo solo estaba demasiado asustada de afrontar el hecho de que estaba completamente sola, así que me aferré al estúpido sueño de que todo cambiaría cuando él viera a... Timothy.

–No te has perdido nada –dijo Marco, mientras le levantaba el rostro para secarle las lágrimas con su propio pañuelo–. Tu hijo y tú tenéis suerte de haber podido escapar de un hombre que utiliza con tanta rapidez los puños en un momento de crisis.

Holly sintió la cálida mirada de Marco sobre ella. Al levantar los ojos, sintió que Jeff desaparecía tan rápidamente de sus pensamientos como si no hubiera existido nunca. Marco estaba tan cerca de ella que casi no podía ni respirar. Bajó de nuevo los ojos y los centró sobre la sensual boca de su protector y, sin poder evitarlo, sacó ligeramente la lengua para humedecerse los resecos labios. Nunca en toda su vida se había sentido tan desesperada, tan ansiosa por sentir los labios de un hombre sobre los suyos. El deseo era casi insoportable.

–No serán mis puños lo que tengas que temer de mí –murmuró Marco, de repente–. Yo soy mucho más imaginativo, aunque probablemente también más peligroso...

«Por favor, por favor, bésame. No me importa», pensó Holly, sin poder evitarlo. Entonces, el mágico momento se rompió cuando él se volvió para contestar el teléfono. Ni siquiera lo había oído sonar, tan fuerte había sido el contacto que se había producido entre ellos.

Marco la llevó primero a un exclusivo salón de peluquería para que le arreglaran el cabello.

–¿Cortárselo? –dijo, incrédulo, repitiendo las mismas palabras de la estilista–. ¿Tanto?

Sin pensárselo dos veces, agarró a la joven de la mano y tiró de ella rápidamente para sacarla del salón.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó Holly, avergonzada, al notar que todo el mundo se volvía a mirarlos.

–No te pienso dejar en manos de una lunática a la que le encanta utilizar las tijeras...

En aquel momento, una voz femenina rompió el silencio que parecía rodearlos.

–¡Marco!

Una impresionante morena, con ojos felinos y unos labios de vampiresa se acercó a ellos. Sin embargo, a pesar de su elegante porte, se notaba una cierto pánico en su actitud.

–Esa estúpida recepcionista no te ha reconocido, ¿verdad? Que tú salgas de mi salón con el ceño fruncido es muy malo para mi

negocio.

–¡La mejor de tus estilistas quiere cortarle esa gloriosa melena! –exclamó él, señalando a Holly.

–Evidentemente, se trata de una mujer sin imaginación. Yo me ocuparé personalmente de ella. En realidad, solo necesita que se le dé un poco de forma. ¿Quién es? ¿Una de tus primas de Italia? –añadió la mujer, como si Holly fuera muda.

–Casi no habla inglés –afirmó Marco, ante la incredulidad de Holly, que casi no podía dar crédito a lo que estaba escuchando.

–Supongo que tendrá nombre. Yo me llamo Sly –dijo la mujer, extendiendo una mano, con una manicura perfecta, a la asombrada Holly.

–Se llama Fiammetta –dijo Marco, sin inmutarse–. Es muy tímida. Me gustaría que también la maquillaras...

–¿Qué edad tiene?

–La suficiente para poder parecer una mujer –respondió Marco, con voz profunda.

–En ese caso, supongo que estarás pensando hacer algo con respecto a la ropa que lleva puesta –replicó la dueña del salón, entre risas.

Quince minutos más tarde, Holly estaba sentada delante de un espejo mientras Sly le cortaba el cabello con exagerado cuidado.

–Lo que Marco quiere, Marco lo consigue...

Dado que Holly no conocía ni una sola palabra de italiano con la que contestar y no se atrevía a imitar el acento, apretó los labios y guardó silencio. Cuando pudiera estar con Marco a solas, le iba a echar una buena reprimenda por lo que le estaba haciendo. ¿Por qué había tenido que privarla de la habilidad de hablar?

–Ojalá yo hablara italiano –suspiró Sly–. Me apuesto algo a que tú conoces todos los detalles de la historia. Daría mi brazo derecho por conocer los sucios entresijos de la caída de Christabel. Los rumores resultan tan intrigantes...

¿Quién era Christabel? ¿Sería alguna ex novia de Marco? Decidió apretar los dientes y aguantar estoicamente la sesión de peluquería y maquillaje. No pudo verse hasta el último momento. Entonces, se limitó a contemplarse con incredulidad. La transformación era increíble.

–Soy la mujer en mi profesión, aunque esté mal que lo diga yo

misma –comentó Sly, al notar el asombro de la joven.

Le había aplicado una sombra grisácea en los párpados, lo que le daba una dramática profundidad y hacía que el color de los ojos resaltara aún más. Sly había conseguido que los pómulos le destacaran como si fuera la modelo de una revista y su boca, maquillada de rosa, parecía tan jugosa como un melocotón.

Marco estaba esperando en recepción, hablando en italiano a través de su teléfono móvil. Al verla, bajó el teléfono y una suave sonrisa se reflejó en su hermosa boca.

–*Bella Fiammetta*...

En aquel mismo momento, Holly supo que se había enamorado desesperadamente de él. Se sentía luminosa, con una bombilla en medio de la oscuridad. Y era él quien le daba la corriente necesaria para brillar, él el hombre que, por primera vez en dos años, había conseguido que se sintiera orgullosa de sí misma.

Tras colocarla una mano en la espalda, la acompañó de nuevo a la limusina.

–¿Por qué le dijiste a Sly esa mentira de que yo era italiana? –le preguntó Holly, tratando de encontrar la furia que había experimentado al conocer a la estilista. Sin embargo, no pudo hallarla.

–Es la chismosa mayor de toda la ciudad. Podría haber hecho que le contaras tu vida entera en solo cinco minutos.

–¡No podía ni hablar! ¡No sé ni una sola palabra de italiano!

–Lo sé. Ha sido una jugada muy inteligente por mi parte, ¿verdad? –bromeó Marco–. He conseguido casi el mismo efecto que si os hubiera amordazado a las dos. Sly estaba temblando de pura frustración.

Holly lo golpeó, a modo de broma, sobre las costillas. Entonces, apartó rápidamente la mano, temerosa de haberse mostrado demasiado familiar con Marco. Sin embargo, él le dedicó una sonrisa que hizo que el corazón de Holly le diera un golpe en el pecho.

La siguiente parada fue una boutique tan sofisticada, tan grande y con tanto estilo que, cuanto más entraban, más trataba Holly de esconderse tras Marco, avergonzada de su humilde atuendo.

–¿Qué papel te gustaría representar aquí? ¿El de la hija de un millonario excéntrico? ¿Un miembro de una casa real europea que

viaja de incógnito?

–Creo que prefiero ser yo misma, aunque me gustaría que tú te ocuparas de hablar con la dependienta –susurró Holly, al ver que una esbelta mujer se dirigía hacia ellos.

–Lo único que preocupa a todas estas personas es el color de mi dinero –musitó Marco, no sin cierto aire de amargura–. Cuanto más rico eres, más se humillan ante ti estas personas.

–Yo no sé mucho sobre eso, pero espero que no vayas a ser grosero –musitó Holly, muy preocupada.

Inesperadamente, Marco se echó a reír.

La envió sola con la dependienta a la sección de lencería. No prestó atención a los abundantes consejos de la dependienta, que trataba de venderle cien artículos de cada prenda, por no hablar de cosas que Holly ni siquiera había sabido que existían. Al final, se decidió simplemente por varios juegos de sujetador y braguita. Decidió que no necesitaba camisón, dado que había encontrado uno en la bolsa que Ezio le había dado y que le servía muy bien. No era ninguna manirrota. Su conciencia le advirtió que no estaba bien que dejara que Marco se gastara su dinero en ella. Sin embargo, lo estaba haciendo sonreír y bromear. Solo por eso, podría dejar que le comprara cien sacos de abono si era aquello lo que quería.

–Esta es la parte que me gusta más –anunció Marco, cuando Holly volvió a reunirse con él. Estaba sentado sobre un taburete, al lado de un minibar, en una espaciosa sala que contenía una pequeña pasarela–. ¿Te apetece un poco de champán?

–¿Qué es lo que ocurre ahora? –quiso saber Holly, mientras se subía con dificultad a otro taburete y aceptaba la copa que él le ofrecía.

–Las modelos muestran las creaciones. Nosotros elegimos lo que nos gusta y entonces tú te lo pruebas.

–Veo que ya has hecho esto antes –dijo ella. Descubrió que no le gustaba la idea de que hubiera hecho aquello mismo con otras mujeres.

–Pero nunca sin que me lo pidan o me engañen para que lo haga –confesó Marco, tristemente.

–Si es eso lo que sentías, simplemente deberías haber dicho que no –afirmó Holly, asombrada de que ciertas mujeres pudieran llegar a tales extremos solo por avaricia–. Es decir, esto no ha sido idea

mía y no parece estar divirtiéndote mucho más que a mí, así que ¿por qué no lo dejamos ya? Por favor...

–Yo no quiero dejarlo –replicó él, agarrándole un rizo y enredándoselo en el dedo–. Quiero ver que estás hermosa...

–No puedo ser lo que no soy... –susurró ella, muy confusa.

–Tú puedes ser lo que quieras ser, *cara*...

Holly lo miró a los ojos y sintió que el corazón empezaba a latirle a toda velocidad. La cautela que las últimas y duras lecciones que la vida le había enseñado le obligó a tener los pies en el suelo. Sabía que los cuentos de hadas no existían en la vida real. Sin embargo, cuando separó ligeramente los labios para tomar oxígeno, notó que Marco se acercaba a ella y que le acariciaba suavemente la boca con la punta de la lengua. Solo duró un segundo, pero sintió una corriente eléctrica que se abrió paso a través de ella e hizo que su cuerpo respondiera de un modo instantáneo, apasionado. Aquella sensación le había producido tanto placer que se echó a temblar, y se habría caído al suelo si él no la hubiera rodeado con un brazo para evitarlo.

–Relájate...

Holly estaba atónita. Tal vez aquello solo había sido un ligero coqueteo para él, pero le había provocado sensaciones que ella nunca había conocido. Quiso mostrar una actitud tan despreocupada como él, pero le resultó imposible. ¿Qué quería de ella? No sería lo evidente, ¿verdad? ¿No sería que quería una amante de bajo presupuesto? ¿Qué tenían ellos en común?

–Lo siento, no he podido resistirme –admitió Marco, en voz baja.

–Me apuesto algo a que puedes resistirte a mis encantos perfectamente –le espetó ella–. ¡No juegues conmigo!

–Entonces, deja de darme luz verde –replicó él, dejando a Holly tan desconcertada que la joven se sintió aliviada cuando una mujer se acercó al estrado.

Las cortinas se abrieron y salió la primera modelo. Desde el primer momento, Holly se quedó atónita. Nunca antes había visto un desfile de modelos y la desconcertaba que todo aquello se hubiera preparado exclusivamente para ellos dos. Las descripciones que la mujer iba haciendo de los trajes no significaban nada para ella, pero todos los diseños le parecieron maravillosos. Sin embargo, no se podía imaginar vestida con prendas de aquel calibre.

–¿Te ha gustado? –le preguntó Marco, cuando las cortinas se cerraron por fin.

–Sí... gracias.

–¿Irás ahora a probarte la selección que he hecho para ti?

–¿Por qué? Yo nunca me voy a poner esas prendas en toda mi vida –protestó Holly–. Soy mucho más humilde que todo eso y me alegro de serlo. ¿Dónde diablos me iba yo a poner todos esos trajes y vestidos largos?

Sin prestar atención a lo que había dicho, Marco la ayudó a descender del taburete y la envió en dirección hacia la mujer que había estado describiendo los modelos y que la esperaba con los brazos abiertos. La llevaron a un vestidor, donde Holly se convirtió en el centro de atención de una horda de dependientas. Ya la esperaban una selección de bolsos y zapatos. La hicieron vestirse con prenda tras prenda para luego ver cómo desfilaba por la pasarela.

Al principio, se mostró muy tímida y se limitó a quedarse inmóvil mientras Marco le decía que se moviera. Entonces, alguien puso un poco de música y Holly encontró el espíritu propio de la ocasión. Empezó a posar, a imitar a las modelos. Cada vez que él reía, exageraba más sus movimientos. Holly también se estaba divirtiendo, pero su mayor placer provenía de ver cómo Marco disfrutaba.

–Ponte el vestido verde –le dijo Marco, cuando hubieron terminado.

De acuerdo. Le permitiría que le comprara solo un vestido. En realidad, le había parecido que no era un hombre muy práctico. Con un par de faldas y de blusas y unos pantalones en una tienda cualquiera habría sido más que suficiente. Solo Dios sabía cuánto dinero costaba aquel vestido. Este le dejaba los hombros al descubierto, para luego recogérsele en un corpiño de terciopelo y terminar con una falda que le llegaba hasta las rodillas. En realidad, el vestido le encantaba. Al verse en el espejo, le pareció que era una joven de la alta sociedad, sin una sola preocupación en el mundo...

Holly salió del vestidor para reunirse con Marco, sin poder evitar la considerable altura de los zapatos que llevaba puestos.

–Estás preciosa, *cara*... –susurró él. Entonces, tomó de una silla una prenda que parecía de piel y se la colocó alrededor de los

hombros–. Y ahora pareces una reina...

Había espejos por todas partes. Cuando Holly se miró, vio un hermoso y suave abrigo de piel sintética en color crema, que le llegaba hasta media pierna, y que proporcionaba un bellísimo contraste con el color de su cabello.

–¿Te ganas la vida haciendo que se cumplan los sueños de los demás? –le preguntó a Marco, a través del espejo. Al verse junto a él, se echó a temblar y recordó que los sueños nunca duran–. Deberías hacerlo.

–Todavía no ha terminado el día.

En realidad, ya era bien entrada la tarde. Holly no se había dado cuenta de lo tarde que era hasta que salieron de la tienda y vio que ya había anochecido completamente.

–¿Está abierta esta tienda siempre hasta estas horas?

–No. Hoy ha estado abierta solo por nosotros. Ahora, iremos a cenar.

Ezio se incorporó al verlos llegar. Estaba apoyado sobre el capó de la limusina. Al mirar a Holly, su rostro se tensó y se dio la vuelta.

–¿Por qué me ha mirado Ezio de ese modo? –susurró ella, muy afectada.

–Ezio no debería mirarte de modo alguno –replicó Marco, con dureza.

La llevó a un restaurante que parecía ser de los más exclusivos de la ciudad. El maître se acercó rápidamente para saludar a Marco, por lo que Holly dedujo que era un cliente habitual. Mientras avanzaban entre las mesas, la suave conversación desapareció secamente, dejando una sensación incómoda. Todas las cabezas parecían estar pendientes de ellos.

–¿Por qué me da la sensación de que todos nos están mirando?

–Te estás mirando a ti –respondió Marco.

–¿A mí? –replicó Holly, atónita.

–Están especulando con tu identidad. Estás muy hermosa con ese vestido...

Al oír aquellas palabras de apreciación, Holly sintió que el corazón le latía aún con más fuerza y sonrió. No creía que nadie tuviera el más mínimo interés por ella, pero aceptó el cumplido.

Cuando se hubieron sentado, se puso a estudiar el menú que el

maître le había entregado. A pesar de que todo parecía estar en inglés, no entendía ninguno de los términos que allí se mostraban.

Cuando llegó el camarero, Holly se sentía al borde del pánico. Todavía estaba buscando frenéticamente un plato que pudiera reconocer.

–Yo te recomendaría el sorbete –murmuró Marco.

–Oh, sí... creo que me gustaría –dijo Holly, aliviada.

Marco estaba charlando animadamente con ella cuando le colocaron enfrente algo que parecía un pudin en una copa muy alta. Trató de no parecer sorprendida y no le prestó atención. Sin embargo, no conseguía saber cuál de los cubiertos debía utilizar. Mientras tanto, Marco se estaba tomando tranquilamente una sopa.

–En realidad, no tengo mucha hambre –dijo, cuando el sorbete empezó a perder su consistencia, a pesar de que se sentía verdaderamente hambrienta.

Cuando llegó la hora de elegir el siguiente plato, decidió mostrarse más segura de sí misma.

–Tomaré una ensalada –afirmó, aunque enseguida lamentó haberlo hecho. Aquello parecía ser un plato especial y se produjo un gran revuelo para decidir el tipo de ensalada que quería tomar. Holly se moría por decir que simplemente le bastaba con un poco de lechuga.

Supo que había utilizado los cubiertos equivocados para tomarse la ensalada porque, cuando los agarró, el camarero se inclinó sobre ella para retirárselos. Sin embargo, decidió pretender que no se había dado cuenta. Al menos, pudo comer algo.

Cuando llegó al postre, se sintió mucho más tranquila. No había duda alguna de que *chocolat* querría decir chocolate. A los pocos minutos, el camarero le llevó lo que había pedido. Era algo parecido a una tela de araña, que cubría una especie de concha que contenía algo que no era capaz de tomar, y un montón de hojas y bayas que adornaban el plato. Estas últimas sabían a veneno puro y le quitaron las ganas de probar el resto.

–Deberías comer más –le dijo Marco, sin tocar las hojas y las bayas que había en su plato y tomando directamente una porción de merengue con un tenedor.

¿Un tenedor?

Holly apartó el plato y decidió que el hambre era mejor que la

vergüenza pública. Decidió que, en cuanto todos se hubieran ido a la cama, iría a asaltar el frigorífico que había visto en la cocina.

En la puerta del restaurante, Marco le rodeó los hombros con el delicioso abrigo. Aquella atención tan personal la hizo sentirse muy importante, pero recordó que, solo dos noches antes, había estado vagando por las calles, hambrienta y asustada. Aquel pensamiento le ayudó a volver a poner los pies en el suelo. Aquel era el mundo de Marco, no el suyo.

Recordó que el beso que él le había dedicado antes solo había sido un coqueteo. Él era un hombre muy atractivo y solo había estado flirteando con ella. Al entrar en la limusina, pensó en su hijo. Timmie, que no era lo suficientemente sofisticado como para pertenecer a aquella clase y al que se le había llamado Timothy, era su verdadero mundo, junto con los pequeños estudios, los caseros, los trabajos interminables y aburridos...

A pesar de todo, contempló a Marco una vez más, tratando de almacenar imágenes para el futuro. No solo era su atractivo, su innata elegancia; tenía un aura de seguridad en sí mismo que transmitía a ella también. Nada podía ir mal mientras estuviera a su lado. ¿Era posible enamorarse tan rápidamente? Tanto si lo era como si no, tendría que olvidarse de sus sueños de adolescente, de los lujos... Sin embargo, por mucho que se esforzaba, no conseguía dejar de mirarlo.

–No tienes por qué conformarte solo con tocar, *cara* –murmuró él, de repente–. Puedes tocar también.

Atónita, Holly se quedó inmóvil. El rubor volvió a cubrirle el rostro. Con aquellas palabras, se sentía como si Marco la hubiera desnudado delante de una divertida audiencia. Sabía que meterse en la cama con Marco Lombardi sería la mayor de las equivocaciones. No solo fracasaría a la hora de transmitirle la imagen que había querido darle de sí misma, sino que se sentiría humillada y barata después.

–¿Para eso me has dado un día de cuento de hadas? –replicó.

–Claro que no –respondió él, tensando el rostro.

–Me has vestido como si fuera una muñeca y me has hecho probar una muestra de lo que, presumiblemente, a ti te gusta –prosiguió ella, tratando de aguantar los sollozos que se abrían paso en su interior–, pero yo sigo siendo la misma. Tal vez no sea muy

especial, pero si hubo algo que aprendí de Jeff fue que tengo que respetarme más a mí misma.

–En estos momentos, no quiero oír hablar de ese novio tuyo –replicó él, lleno de mordacidad–. Sin embargo, puedes estar segura de que nunca he tenido que chantajear a una mujer para que se metiera en mi cama.

Holly creyó aquellas palabras. No obstante, sabía que si volvía a hablar, se echaría a llorar y quedaría todavía más en ridículo. Cuando la limusina llegó a la casa, se bajó de ella rápidamente y empezó a subir las escaleras antes de que Marco hubiera podido entrar en la casa. Se dirigió directamente a su habitación. Lo primero que hizo fue ir a ver a su hijo. El niño estaba profundamente dormido y Holly decidió que, al día siguiente, se iría directamente a los servicios sociales para buscar un trabajo. El día siguiente sería el comienzo de una nueva vida.

Bajo la ducha, dio rienda suelta a sus lágrimas. ¿Cómo podía haberse sentido tentada? Había sido un día mágico, pero Marco no era muy diferente del resto de los hombres que había conocido. Estaba programado por sus hormonas y siempre dispuesto a aprovecharse de las mujeres.

Se puso el camisón de seda blanco que había llevado la noche anterior. Le quedaba algo estrecho, sobre todo en el escote, pero no tenía intención alguna de bajar vestida de aquella guisa a la calle. Se metió en la cama, pero no consiguió dormir. Entonces, oyó un suave sollozo que procedía de la habitación de Timmie. Rápidamente, salió de la cama para ver cómo estaba su hijo.

El niño seguía dormido. Cuando comprobó que estaba bien y que dormía tranquilamente, decidió que, seguramente, solo había sido un mal sueño. Se dispuso a volver a su dormitorio, pero entonces, en la puerta que comunicaba la habitación con el pasillo, se quedó petrificada al ver a Marco, de pie en el umbral, vestido solo con un par de calzoncillos bóxer de color negro.

Capítulo 4

He oído que Timothy lloraba... ¿está bien? –preguntó Marco.

–Sí, sigue dormido –le dijo Holly, en un hilo de voz.

El cabello de ébano de Marco estaba alborotado, su fuerte mandíbula oscurecida por el nacimiento del vello y sus ojos estaban tan brillantes como siempre. Parecía un sexy bucanero, fuerte y masculino. Holly se sintió incapaz de moverse, como si se hubiera quedado pegada a aquel sitio, y no dejaba de mirarlo, con los labios ligeramente entreabiertos. Si le había resultado imposible dejar de mirarlo cuando estaba vestido, el desafío era aún mayor cuando estaba medio desnudo. Aunque sabía que no debía mirarlo de aquel modo y se sentía muy avergonzada por su propia fascinación, no podía dejar de hacerlo.

Parecía que el corazón le estaba latiendo en la garganta. Marco era magnífico. La dilatada mirada de Holly iba desde sus anchos y suaves hombros, los rizos oscuros que le adornaban liberalmente el torso, pasando por su firme vientre hasta la cinturilla de los bóxer, que ceñían sus esbeltas caderas y parecían desafiar su curiosidad. Holly se detuvo ahí, horrorizada.

Con los ojos más brillantes que nunca, Marco se acercó a ella. Iba descalzo y no hizo ni un solo ruido mientras caminaba. La tranquilidad se había convertido en un silencio eléctrico, vivo con peligrosas vibraciones. Solo entonces se le ocurrió a Holly que su ligero camisón no era la prenda de vestir adecuada para presentarse delante de un macho tan apasionado. Las mejillas le ardían fieramente y, como protección, Holly dobló los brazos y se cubrió el pecho.

–Debemos estar en igualdad de condiciones, *cara* –susurró él. Entonces, le agarró suavemente las muñecas y se las apartó. Durante unos minutos, le dedicó una intensa mirada de apreciación.

Holly sintió que el aliento la ahogaba en la garganta. Sabía que estaba contemplándole los senos, que se dibujaban claramente por lo ajustado que le estaba el cuerpo del camisón, y sintió la

quemazón de su propia mortificación.

Marco exhaló un profundo y gutural sonido. Entonces, extendió la mano y tiró de ella. La estrechó contra él, colocándole las manos en las caderas para conectar más íntimamente su feminidad con la plenitud de la fuerza de su erección.

–Espero que estés de humor para satisfacer a un hombre muy hambriento, *bella mia* –gruñó Marco, segundos antes de que tomara la boca de ella entre sus labios con arrolladora pasión.

Aquel era su primer y verdadero beso e hizo que Holly perdiera el control. Estaba tan pegada a él que era consciente de su virilidad con cada fibra de su ser. La boca de Marco era dura, caliente y carnal. Nadie la había besado nunca de aquella manera. Tras hacer que separara ligeramente los labios, inundó la tierna humedad del interior de sus labios con la lengua, entablando una batalla muy sensual. Le hizo querer más, le hizo querer tanto más que Holly se echó a temblar y gimió bajo la desatada pasión de la que él la había hecho blanco.

La fuerza de sus manos la moldeaba contra él. Entonces, la tomó súbitamente en brazos. Los temerosos ojos de Holly se abrieron justo en el momento en que él cerraba una puerta tras ellos. Unas impresionantes lámparas lucían a ambos lados de una enorme cama. El cabecero, tallado en madera, se completaba con un fabuloso dosel formado de elaborados pliegues de tela que caían hasta el suelo.

–Me has tenido muy caliente todo el día –musitó Marco.

–¿De verdad? –preguntó ella, tímidamente. Se maravillaba de que pudiera haber incitado el deseo de un hombre como Marco. A pesar de todo, lo único que la preocupaba era ser una decepción para él. Ni por un momento se le pasó por la cabeza negarse a lo que Marco quería de ella.

–Estoy duro como una roca, ¿no te has dado cuenta todavía?

Aquella afirmación tan franca le llenó las mejillas de rubor. Marco se sentó en el borde de la cama, con ella todavía en brazos.

–¿Cómo puede ser que una madre soltera se sonroje con tanta frecuencia?

–No lo sé.

Sin embargo, aquella pregunta le dolió profundamente, dado que sugería que había mantenido relaciones sexuales

frecuentemente antes de quedarse embarazada, lo que estaba muy lejos de la verdad. A pesar de todo, aquellos ojos tan hermosos hacían que se perdiera sin posibilidad alguna de encontrarse. Aquella era la única vez que se sentiría tan cerca de un hombre como él. Sabía que aquel no era el inicio de una relación. Los hombres como Marco Lombardi no tenían relaciones con chicas corrientes como ella. De hecho, no se imaginaba qué milagro habría ocurrido para que hubiera podido parecer atractiva ante sus ojos.

Marco la dejó en el suelo para que pudiera ponerse de pie. La colocó entre sus muslos y levantó ligeramente la mano para tocar las hombreras que sostenían el camisón.

–Quiero mirarte –le dijo.

Y antes de que pudiera imaginarse lo que había querido decir con aquello, sintió que Marco le bajaba las hombreras para que el camisón cayera al suelo.

–Por favor...

Holly se echó a temblar. Estaba desnuda delante de un hombre por primera vez en su vida, por lo que tuvo que resistir la urgencia de volver a cubrirse. Un extraño sentimiento de calor le ardía entre las caderas, a medida que la ardiente mirada que él le estaba dedicando le recorría los pechos, los rosados pezones que los coronaban y el delicado vello color bronce que le cubría la entrepierna.

Marco volvió a tomarla entre sus brazos, como si fuera una muñeca.

–Estás temblando... y ni siquiera te he tocado.

–Sí... –susurró Holly, avergonzada de su propia debilidad y presa de un desesperado anhelo físico.

–Tienes la piel tan clara comparada con la mía –musitó, al tiempo que colocaba una mano sobre el delicado torso de Holly y escuchaba cómo ella contenía el aliento. Después, deslizó un poco más la mano y empezó a juguetear con los erguidos pezones–. Tienes unos senos muy hermosos...

Holly había dejado caer la cabeza hacia atrás y gemía en voz alta, haciendo de un modo desesperado que él la acariciara una y otra vez. Entonces, Marco bajó la cabeza y tomó entre sus labios una de aquellas rosas. Holly gritó de placer, incapaz de controlar su propia reacción.

Marco torturaba la tierna carne con los dientes, dejando que la lengua aliviara con su humedad las zonas más sensibles. Holly no había conocido nunca placer como aquel, no había sabido que su cuerpo pudiera sentir con tanta intensidad. Cada vez que la tocaba, el placer aumentaba y luchaba por buscar más y más sensaciones, que hacían que los músculos se le tensaran como nunca había experimentado antes.

Marco la levantó entre sus brazos y la colocó en el centro de la cama. A continuación, se inclinó sobre ella, ejerciendo plenamente su satisfacción por un control absoluto. Holly, al mirar la intensidad de aquellos ojos dorados, sentía como si se deshiciera como la miel. Nunca antes había sido más consciente de su propio cuerpo. Tenía los pezones hinchados y brillando por los besos que él les había dedicado. Su íntima feminidad estaba húmeda y lista…

Holly clavó las uñas en la colcha para tratar de aferrarse al mundo que parecía más bien propio de una fantasía erótica, un mundo que le había resultado completamente ajeno hasta entonces. Al hacerlo, se sintió completamente fuera de lugar. Estaba nerviosa, al contrario que unos minutos antes, cuando había anhelado saber lo que la esperaba a continuación.

–¿Podrías apagar las luces? –susurró, con voz temblorosa.

–No… quiero verte –afirmó Marco.

–¿Verme? –preguntó Holly, completamente asombrada por aquel concepto.

–No tienes nada que esconder. No puedes. Y me gusta así. Gozo con el hecho de ver que sientes todo lo que me demuestras…

–¿Sí? –musitó ella. Enseguida, bajó los ojos. Se sentía presa de una intensa mortificación…

–Mírame… –insistió Marco. Holly cerró los ojos–. Holly… si me deseas, mírame.

Durante un instante, ella se sintió como un juguete que Marco controlaba. Abrió los ojos y vio que él se tumbaba sobre la cama, dominante y masculino, pero absolutamente irresistible. Miró… claro que miró. Se sentía literalmente inmovilizada por el poder de aquellos ojos oscuros.

Con una profunda risotada de satisfacción, Marco dejó que la punta de la lengua acariciara suavemente los labios de Holly, para luego deslizarse entre ellos, con un erótico movimiento que hizo

que el corazón de la joven latiera a toda velocidad. Entonces, se incorporó ligeramente y se despojó de los calzoncillos. En aquel momento, Holly se sonrojó aún más. Nunca antes había visto a un hombre en aquel estado, ni había querido hacerlo, pero allí estaba, con el sexo completamente erguido. Parecía haber más de lo que ella, en su ingenuidad, había esperado.

–¿Qué pasa? –preguntó Marco, al notar algo extraño inmediatamente.

–Nada...

Ya se había resignado ante la perspectiva del dolor, pero se consoló al pensar que, lo que ella había creído que se desarrollaba durante horas, apenas sobrepasaba el minuto.

Marco se cernió sobre ella con la gracia de un predador. Volvió a juguetear con la boca de la joven, mientras con una mano le acariciaba suavemente un pecho y hacía que su rosada cima se irguiera de nuevo entre sus dedos. Toda la aprensión que ella estaba sintiendo en aquellos momentos desapareció mediante un largo suspiro, mientras las caderas se le levantaban de la cama en un movimiento instintivo más viejo que el propio tiempo...

–Quiero torturarte de placer, *bella mia*.

Deslizó un dedo entre los labios entreabiertos de Holly. Ella lo lamió instintivamente. Poco a poco, el deseo volvía a despertarse dentro de ella.

–Quiero que me supliques –añadió Marco, frotándose contra ella para que pudiera sentir la dura y potente fuerza de su excitación–. Va a ser una noche muy larga...

Holly se sintió reaccionar ante aquellas palabras de amenaza sensual. Sintió que, de nuevo, se deshacía por dentro, que era esclava de aquella voz, del cálido aroma que emanaba de él y de las seductoras sensaciones que estaba experimentado al notar aquel poderoso cuerpo contra el suyo. Entonces, ella levantó la mano y le tocó una mejilla. Le encantaba tocarlo, sentirlo contra sus dedos. Se sentía totalmente vinculada a él, atrapada por aquellos maravillosos ojos, en trance...

Marco giró la cabeza y atrapó uno de los dedos de la mano de Holly entre sus labios. De repente, ella ya no pudo resistirlo más y apartó el dedo para encontrar aquella seductora boca solo para sí misma. Hundió los dedos en aquel glorioso cabello oscuro y dejó

escapar un gemido mientras Marco le devoraba la boca con ardiente pasión. Anhelaba sentirlo, estaba experimentando un deseo que nunca había sentido antes, deseaba que Marco le diera lo que nunca antes le había interesado...

–Marco, por favor... –gimió.

–Todavía no –le aseguró él, mientras le acariciaba dulcemente los músculos del vientre. Entonces, al notar el fin del trazo de una cicatriz, se detuvo–. ¿Qué es eso?

–Cuando Timmie nació, me hicieron una cesárea.

–No importa. No por eso eres menos hermosa...

Marco siguió con su exploración y dejó que las yemas de sus dedos flirtearan seductoramente con el vello que cubría la dulce feminidad de Holly. Cuando vio que ella, automáticamente, separaba las piernas, no pudo contener una carcajada.

Entonces, localizó el pequeño centro del placer máximo y lentamente, empezó a estimularlo. Aquellas caricias volvieron loca a Holly. El placer explotó dentro de ella a medida que aquella dulce rosa se iba abriendo, estirándose... No podía hablar, ni hacer nada que fuera más allá de sentir aquella desesperante necesidad. Cuando parecía estar a punto de alcanzar la cima de unas sensaciones que no había experimentado con anterioridad, Marco se detuvo, negándole lo que ella más deseaba. Cada vez que repetía los mismos gestos, iba un poco más allá, se aferraba a él y estaba a punto de derramar lágrimas de frustración por no poder comprender lo que le estaba ocurriendo a su propio cuerpo.

–Por favor, te deseo ahora...

Marco acarició la henchida humedad que tenía entre las piernas y dejó que un dedo la penetrara una, dos veces hasta que ella gritó más allá del control, sin pudor alguno.

–Estás caliente, húmeda y tensa, *amore*...

Entonces, le colocó las manos sobre las caderas y le colocó una almohada debajo para levantarla un poco más. Tras unos momentos de espera, Holly se dio cuenta de que él se había estado colocando un preservativo. Sin embargo, antes de que pudiera reaccionar, Marco se lanzó sobre ella con pasión, inclinándola para que pudiera recibirlo en un ángulo que la sorprendió. La penetró de un solo movimiento, que la volvió loca de placer. Gemía de impaciencia, esperando que él volviera a moverse dentro de ella. Cuando él

volvió a repetirlo, sintió una excitación física salvaje y apasionada que no había experimentado jamás.

–Santo Cielo… cómo te deseo…

La intensidad de su propio placer estuvo a punto de volverla loca. Marco se movía sobre ella con una fuerza rítmica que la hacía arder de deseo, gemir y luchar por conseguir aire. No parecía poder experimentar nada más que los poderosos movimientos de Marco dentro de su delicada feminidad y el modo en que le latía el corazón por el gozo que le producía aquella posesión. Poco a poco, Marco fue enviándola hasta la cima del éxtasis. Sintió un clímax tan fuerte que le pareció que se había roto en un millón de pedazos.

Marco contempló el placer que ella llevaba escrito en el rostro y sonrió.

–Nunca había sabido… –musitó ella–. No sabía que… pudiera sentir de ese modo…

–Una y otra vez, *bella mia* –susurró Marco. Entonces, la hizo tumbarse sobre el vientre, antes de que ella pudiera comprender lo que tenía la intención de hacer–. Déjame demostrártelo.

–Marco…

Se sentía completamente asombrada al ver que él hacía que se colocara de rodillas. Volvió a penetrarla de nuevo. Holly estaba tan erotizada por las sensaciones corporales que había experimentado antes y por la sorpresa ante aquella nueva postura, que dejó escapar un grito de asombro.

–¿Te hago daño?

–No…

Holly cerró los ojos, tratando de convencerse de que no estaba haciendo aquello. Sin embargo, no podía creer el placer que volvió a surgir dentro de ella. A los pocos segundos, se sintió de nuevo lista para empezar. Ya no le importaba ni la preocupaba nada. Era una criatura esclavizada por las sensaciones. La excitación la tenía prisionera en una celda que Marco controlaba tan completamente que ella no era capaz de reaccionar ni de pensar. La segunda vez que el gozo se abrió camino a través de ella, no pudo reconocerse a sí misma como la mujer que gemía y jadeaba de aquella manera. La experiencia resultó aún más excitante al sentir que él temblaba encima de ella y oír que lanzaba un grito de placer al alcanzar él mismo su propio clímax.

En aquel momento, Holly se dejó caer sobre el colchón. Marco le dio la vuelta solícitamente y la cubrió con la sábana. Entonces, la acurrucó contra sí. Holly sentía que la piel de él desprendía un olor que ya le resultaba muy familiar y no pudo evitar besarle suavemente el hombro. Gozaba con aquella proximidad física. El silencio no la molestaba. Lo que acababa de compartir con Marco había sido una revelación para ella, tanto que le resultaba imposible reaccionar.

–No tienes mucha experiencia, ¿verdad? –le preguntó Marco. Por primera vez, Holly pareció notar cierta tensión en sus poderosos músculos.

–No –susurró, preguntándose si aquella reacción se debería a que la había encontrado poco excitante.

–¿Cuándo fue la última vez que lo hiciste? –quiso saber él, colocándola frente a frente para poder verle bien el rostro.

–Hace mucho tiempo... –dijo ella. Se sentía tan vulnerable...

–¿Cuánto tiempo?

–Desde la noche que me quedé embarazada.

–¿Desde la noche en que...?

–Y aquella fue también mi primera vez...

–¿Me estás diciendo que te quedaste embarazada la primera vez que hiciste el amor? –exclamó Marco, atónito.

–Sí. Algunas veces ocurre –musitó ella, incapaz de averiguar qué interés podría tener él en un tema como aquel. Se sentía avergonzada, pero al mismo tiempo, necesitaba que él supiera que no era promiscua.

Con un delicado gesto, Marco le apartó un rizo de la cara. Entonces, ella notó que tenía un cierto temblor en los dedos.

–¿Estás tomando en la actualidad alguna medida para no quedarte embarazada? –inquirió. Sorprendida, Holly negó con la cabeza–. Ya me parecía... Casi eras virgen. No era de extrañar que todo te dejara tan atónita. No tenías ni idea...

–No, yo...

–Y sigues sin tenerla.

–¡Claro que la tengo! –protestó Holly, febrilmente–. Tal vez antes no, pero ahora sí. Pensaba que el sexo era horrible hasta esta noche... ¿qué ha sido lo que he hecho mal?

Marco cerró los ojos. Tenía una expresión de dolor en el rostro.

Entonces, se dejó caer sobre los almohadones con un profundo gruñido.

–No has hecho nada mal. Yo lo hice todo. El preservativo se rompió...

Al escuchar aquellas palabras, Holly sintió que el pánico se apoderaba de ella. Comprendía lo que significaba y las consecuencias que aquello podría ocasionarle. Entonces, se quedó pálida como la muerte.

De repente, Marco se levantó de la cama con un ágil movimiento y se dirigió hacia el cuarto de baño.

–Vamos, ahoguemos nuestras penas en la ducha –sugirió, en tono de broma.

–Dentro de un momento.

En el momento en que Marco desapareció de su vista, Holly estuvo a punto de caerse de la cama por la celeridad con la que se movió para abandonarla. Rápidamente se volvió a poner el camisón y se marchó a su habitación, poseída por una mezcla de pánico y vergüenza de los que no quería que nadie fuera testigo.

Capítulo 5

Tras despertar de un reparador descanso, Holly se incorporó en la cama. Con cada movimiento, sentía una serie de molestias en ciertas partes íntimas de su cuerpo que le recordaban su abandonado comportamiento de la noche anterior. Antes de que pudiera evitarlo, los ojos se le llenaron de lágrimas con la sombra del arrepentimiento.

La noche anterior, tras regresar del dormitorio de Marco, había cerrado la puerta con llave. Él la había seguido y, en voz muy baja, le había pedido que abriera la puerta, aunque Holly había sabido distinguir la impaciencia que había en su voz. Cuando minutos más tarde, el teléfono que tenía en la mesilla de noche había empezado a sonar, lo había desconectado rápidamente del enchufe de la pared.

Se sentía tan avergonzada de lo estúpida que había sido. Era culpa suya que aquella situación se hubiera producido. Creía que había sido la evidente atracción que sentía por Marco la que había provocado el interés de él y estaba convencida de que, sin su provocativo comportamiento, a Marco ni siquiera se le hubiera ocurrido tocarla. Habían sido sus sentimientos, sus debilidades, las que habían hecho que él se sintiera atraído por ella.

Al menos Marco había pensado en tomar precauciones. A ella ni siquiera se le había pasado por la cabeza, así que no podía culparlo de la desgracia que había ocurrido a continuación. La mala suerte parecía acompañarla. ¿Es que no había aprendido nada del nacimiento de Timothy? Seguía siendo igual de irresponsable, de ingenua y de idiota.

Un sollozo se abrió pasó a través de su garganta. Se limpió los ojos, pero las lágrimas no dejaban de brotar. ¿Cómo podría volver a enfrentarse a Marco? Había sido tan amable con ella, le había regalado un día mágico. Incluso la noche anterior se habría imaginado a otros muchos hombres maldiciendo aquel desgraciado incidente, pero él había mantenido una actitud cortés. De hecho, se

había mostrado como un hombre digno de ser amado.

Sin embargo, ella se había comportado como una ramera. Se merecía todo lo que le ocurriera, pero ningún hijo se merecía una madre tan poco adecuada. Aquellos pensamientos le hicieron recordar a su hijo y miró el reloj que tenía sobre la mesilla de noche. Entonces, abrió los ojos horrorizada. Eran más de las diez y Timmie siempre se despertaba sobre las siete.

Holly se levantó de un salto de la cama y quitó el pestillo de la puerta. Entonces, se detuvo. Decidió ponerse el abrigo que había llevado al restaurante antes de ir a ver a su hijo. En una casa en la que había más hombres que mujeres debía tener cuidado de cómo iba vestida en lugares públicos. Tal vez si la noche anterior hubiera sido más sensata, no habría ocurrido nada entre Marco y ella.

Al entrar en la habitación de Timmie, se encontró con Sarah, la niñera. Estaba vistiendo al pequeño. Holly se sorprendió mucho, dado que había pensado que la niñera solo había acudido a cuidar de su hijo por un día.

–Buenos días, señorita Sansom. ¿No le parece que son preciosas estas ropitas? –comentó Sarah, como si no hubiera nada raro en que Holly se presentara con un abrigo de piel sintética sobre el camisón. Le mostraba una chaquetita azul marino, bordada con un perrito y un par de pantalones a cuadros–. El señor Lombardi ha hecho que traigan una amplia selección de prendas para Timothy esta misma mañana.

Holly notó que lo de «Timothy» se iba extendiendo poco a poco. ¿Que Marco había comprado ropa para su hijo? ¿Es que no se daba cuenta de que Holly no estaba en posición de devolverle tanta generosidad? Aunque ansiaba tomar a su hijo entre sus brazos, se dispuso a salir de la habitación.

–Voy a vestirme.

Sin embargo, al entrar en su propio dormitorio, se dio cuenta de que había una gran cantidad de cajas y de bolsas sobre la cama y que dos criados estaban muy ocupados abriéndolas. Atónita, frunció el ceño. ¿Qué estaba pasando?

–Me alegro de que te hayas puesto el abrigo, *bella mia* –dijo una profunda voz a sus espaldas–. No quiero que nadie más que yo te vea con ese camisón.

Rápidamente, Holly se dio la vuelta.

–Por el amor de Dios, ¿qué están haciendo esos hombres?

–Están desenvolviendo tu nuevo guardarropa... ¿qué si no?

–¿Qué nuevo guardarropa? –preguntó ella, sin comprender. Se sentía como si se hubiera despertado en un mundo completamente distinto de lo que debería haber sido.

–El que compramos ayer.

–¿Me estás diciendo que... había más que ese vestido y el abrigo que me puse anoche? –susurró Holly, atónita.

–*Dio mio,* pues claro que había más. No tenías más ropa que la que llevabas puesta –señaló Marco, secamente.

–Pero no puedo consentir que...

–Perdona...

En aquel momento, Marco se dirigió a sus criados y les habló en italiano. Los dos hombres dejaron inmediatamente su tarea y se marcharon. Entonces, cerró la puerta.

–En estos momentos, tenemos algo más importante de lo que preocuparnos –le dijo, tomando los dedos de ella entre los suyos.

Holly no podía apartar la vista de la gran cantidad de cajas y bolsas que había encima de la cama.

–No puedes hacer esto, Marco... No está bien...

–Holly. Dentro de quince minutos una tal señorita Elliott va a venir a vernos y necesitas vestirte enseguida. Te sugiero que te pongas uno de tus nuevos conjuntos.

–¿Quién es esa señorita Elliott?

–Es la asistente social a la que habrías visto si te hubieras quedado en el hospital.

–¿Cómo descubrió que yo estaba en tu casa?

–Yo informé al doctor Coulter, que es amigo mío, de que te había traído aquí.

–¡Pues menudo amigo! ¡Me ha vendido a las autoridades! –exclamó Holly, sintiendo que no le quedaba mucho para echarse a llorar.

–¡Por Dios! ¿Quieres dejar de hablar como si fueras una delincuente? En estos momentos Timothy y tú estáis bien aquí, pero es natural que se hagan pesquisas para establecer ese hecho.

–Me lo van a... me lo van a quitar...

–Nadie te va a quitar a tu hijo, Holly –le prometió Marco, mientras la agarraba con fuerza de los hombros–. Te lo juro. Ahora,

recobra la compostura y baja enseguida.

–No puedo…

–Estás hablando como una niña –dijo Marco, con cierto tono de censura en la voz–. Este asunto se resolverá sin problema alguno. Una vez que yo informe a esa mujer de que tengo la intención de casarme contigo, comprenderá enseguida que ni tu hijo ni tú volveréis a necesitar de su ayuda.

–¿Que vas a decirle que nos vamos a… casar? –preguntó ella, al tiempo que se soltaba de él.

–Y cuanto menos digas sobre el asunto, mejor. ¿De acuerdo?

Con eso, Marco se dirigió hacia la puerta y salió de la habitación antes de que ella pudiera reaccionar. Parpadeó y poco a poco fue comprendiéndolo todo, aunque la sorprendía que Marco estuviera dispuesto a mentir de aquella manera por ella. Sabía que aquella afirmación satisfaría con creces cualquier preocupación que la asistente social pudiera tener sobre el futuro de su hijo. Marco Lombardi era un hombre rico, respetado y famoso por sus obras de caridad. En un abrir y cerrar de ojos, se había convertido en un marido de cuento para ayudarla. También era muy listo. Holly se sintió muy emocionada de que fuera capaz de inventar una historia de ese calibre solamente para ayudarla. Sin embargo, aquello no significaba que estuviera dispuesto a hacer realidad aquellas palabras. De hecho, seguramente deseaba no haberla conocido, a juzgar por cómo se habían desarrollado las cosas entre ellos.

Lo menos que podía hacer era parecer una mujer que estaba a punto de casarse con un hombre muy rico. Eligió un vestido y una chaqueta color turquesa y buscó entre ellas cajas hasta que encontró unos zapatos que hacían juego. No podía imaginarse que Marco se hubiera gastado tanto dinero en ella. Era una locura. De verdad no tenía ni idea del tipo de vida que ella en teoría llevaba ni los ambientes en los que debía moverse. ¿Dónde iba a ella a poder ponerse todos aquellos trajes y vestidos de noche tan maravillosos?

Cuando estuvo vestida, vio que ni Timmie ni su niñera estaban ya en el cuarto del niño, por lo que se dispuso a bajar las escaleras. Lo hizo con mucho cuidado, dado que los tacones que llevaba eran muy altos. Además, se sentía muy nerviosa por la visita.

Antes de entrar en el salón, se vio reflejada en uno de los espejos del vestíbulo y casi no se reconoció. Su nueva imagen transmitía

clase y dinero.

En aquel momento, se abrió una de las puertas que daban al vestíbulo.

–Holly… date prisa –dijo Marco, con cierta exasperación. Aun hablando de aquella manera, resultaba un hombre hermoso.

La joven entró en el salón. Allí, vio a una mujer rubia, madura, con fríos ojos azules y un aire de eficiencia. Enseguida, la mujer se dirigió a ella.

–¿Es usted la señorita Sansom? –preguntó, mirándola de arriba abajo con la duda pintada en el rostro.

–Sí.

Timmie estaba sentado en una alfombra, jugando. Al ver a su madre, lanzó un grito de alegría y extendió los brazos. Con aquella ropa tan bonita, parecía un niño que había nacido con toda la vida resuelta.

Tras tomar a su hijo en brazos, Holly se sentó y se lo colocó en el regazo. Lo abrazó muy fuerte y, al mismo tiempo, dejó que la barbilla le descansara sobre la cabeza del pequeño.

–El doctor Coulter me ha informado de que, por el momento, usted está viviendo aquí –comentó la mujer–. ¿Es eso cierto?

–Holly y yo nos vamos a casar –afirmó Marco, con la mayor tranquilidad del mundo.

Con aquello fue más que suficiente. La asistente social se quedó boquiabierta. Entonces, consultó el expediente que llevaba en una carpeta y miró a Timmie. Por último, observó a Marco y sonrió.

–Estoy encantada de que la situación se haya resuelto de este modo. Timmie parece estar muy feliz.

–También espero adoptar a Timothy como hijo mío –le aseguró Marco.

La mujer asintió lentamente. Después de desearles todo lo mejor para el futuro, se levantó y se dispuso a marcharse. Holly dejó que fuera Marco el que se preocupara de acompañarla a la puerta. Unos minutos más tarde, Marco volvió a entrar en el salón.

–La señorita Elliott ha dado por sentado que Timothy era hijo mío.

Holly se sonrojó y se puso de pie de un salto. Aquella posibilidad no se le había ocurrido, pero en cuanto Marco lo comentó, comprendió inmediatamente el modo en que la asistente social

había reaccionado.

–¿De verdad? ¿Te dijo algo mientras se marchaba?

–No tuvo que hacerlo. Lo llevaba escrito en el rostro. Supongo que Timothy tiene el cabello oscuro y esa explicación hace que nuestros planes de boda le parezcan mucho más lógicos. Sin embargo, no me gustaría que nadie creyera que yo sería capaz de tratar a la madre de mi hijo como el padre de tu hijo te trató a ti. Por eso le dije que tenía la intención de adoptar al niño –añadió, mientras cruzaba la sala y se acercaba a contemplar al pequeño, cuyos enormes ojos azules empezaban a reflejar el agotamiento–. Es sorprendente. Se pasa la mitad de la mañana comiendo, lavándose y vistiéndose y, en cuanto está preparado, lo único que quiere es volver a la cuna.

–Siempre ha dormido mucho –dijo Holly, agradecida por aquel tema de conversación–. Es un niño muy bueno. Y tú te portaste muy bien delante de la señorita Elliott. Has sido muy convincente. Sé que no dijiste todo eso sobre tú y yo en serio, pero te estoy muy agradecida. Pase lo que pase, te aseguro que no volveré a correr el riesgo de que me quiten a mi hijo.

Marco la contempló con una expresión tensa en el rostro. Entonces, frunció el ceño.

–Creo que hemos estado hablando sin llegarnos a entender completamente. Cuando hayas llevado a Timothy para que se eche su siesta, volveremos a charlar sobre este asunto.

¿Qué significaba aquello? Holly notó que, de repente, había empezado a notar lo dominante que podría ser la personalidad de Marco. Daba órdenes de una forma innata, algo que seguramente había formado parte fundamental de su infancia.

De repente, una vocecita en el interior de la cabeza le recordó la posibilidad de que se hubiera vuelto a quedar embarazada. Adoraba a su hijo, pero en las circunstancias en las que estaba no podría con un segundo hijo. No obstante, suponía que Marco no la abandonaría como había hecho Jeff. Ya le había dejado muy claro minutos antes que él no trataría a la madre de su hijo del modo en que su ex novio la había tratado a ella.

Sin embargo, había tanta tensión entre ellos... Sabía que ya no se sentía relajado cuando estaba junto a ella y todo era consecuencia de una noche de pasión. Lo había estropeado todo.

Desde aquel momento, no había podido mirar a Marco a los ojos. La noche anterior, había sollozado y le había suplicado que le hiciera el amor. No podía olvidar aquel detalle. Había estado fuera de control, aunque sabía que aquello era algo que gustaba a la mayoría de los hombres.

Tras acostar a su hijo volvió de nuevo al salón. Se sentía como una gata sobre un tejado caliente. En cuando entró, Marco se volvió inmediatamente para mirarla.

–Cuando dije que nos íbamos a casar, no me estaba inventando ninguna historia, *cara*.

Holly no entendió lo que él le quería decir.

–Entonces... ¿qué era?

–La verdad de lo que vamos a hacer. No puedo decir que me sienta muy halagado de que hayas creído que yo mentiría sobre algo tan importante –añadió él, en un tono frío que hizo que el asombro de Holly fuera aún mayor–. Nos casaremos en cuanto pueda sacar la licencia.

Ella sintió como si las rodillas se le fueran a doblar. A continuación, lo miró a los ojos por primera vez aquel día. Tenía los ojos muy abiertos, sin entender qué era lo que estaba pasando.

–¿Me estás tomando el pelo?

–Tal vez te haya dejado embarazada. Anoche me aproveché de ti –susurró Marco–. Eras muy vulnerable y debería haber guardado las distancias. Te llevé a mi cama porque quería...

–¡Eso no importa! ¡Y no te aprovechaste de mí! –protestó Holly, creyendo saber lo que él estaba a punto de decirle.

–Sexo. Solo quería sexo. Lo que sentía era algo tan primitivo como eso –confesó él.

Aquella afirmación destrozó a Holly. Había tratado de interrumpirlo porque había creído que iba a decir que era ella, personalmente, lo que había querido, pero no se había tratado de eso. La verdad era mucho más dolorosa. Cuando un hombre decía que solo buscaba sexo, era como decirle a una mujer que solo había sido el cuerpo que había encontrado más a mano.

Se sentía muy herida por aquellas palabras y deseó que Marco se lo hubiera pensado dos veces antes de decirle lo que sentía.

–Yo te deseaba a ti... solo a ti –confesó ella, desplomándose en el sofá más cercano. Muy tarde, comprendió que aquellas palabras

solo hacían que su vergüenza fuera aún mayor.

–Lo sé –dijo él, dejando que aquellas palabras la atravesaran como crueles cuchillos–, pero debo ser sincero contigo, *cara.*

–No me llames así… sea lo que sea lo que significa. Utilizas esa palabra como si tuviera algún significado, pero no es así… Si es eso lo que piensas, ¿por qué has empezado a hablar sobre casarte conmigo?

–Me gustas, Holly. También me gusta Timothy. Creo que podría terminar sintiendo cariño por ti.

Holly quiso morirse en aquel mismo instante. ¿Cariño? El dolor que Marco le estaba ocasionando con aquellas palabras era muy superior al que Jeff le había infligido. Tras oír todo aquello, se sentía más patética.

–Hasta hace relativamente poco tiempo, yo estaba prometido a otra mujer.

Aquella afirmación supuso otra bofetada en el rostro de Holly. Sin embargo, algo más fuerte que ella, misma, la más poderosa curiosidad, la obligó a levantar la cabeza. En el rostro de Marco, no vio ninguna de las emociones que había esperado ver. De hecho, sus hermosos rasgos parecían estar grabados en piedra.

–¿Prometido?

–Yo terminé con la relación. Todo está terminado y forma ya parte del pasado –murmuró él–. Solo lo he mencionado porque, mientras estaba comprometido, me acostumbré a la idea de estar casado y sigo necesitando una esposa.

–¿Para qué? –preguntó Holly, sin poder evitarlo.

–Algún día, quiero tener una familia.

–Oh…

–También necesito una esposa para que se ocupe de los asuntos domésticos y reciba a familiares y amigos. Una esposa que trate de ser una hija para mi madre, que está muy enferma –dijo Marco, mucho más relajado hablando de cosas más prácticas–. Una esposa que me haga la vida más cómoda, porque ya he pasado la época de mi vida en la que me gusta pasar el tiempo, mejor dicho, desperdiciarlo con una gran variedad de mujeres.

Esperaba mucho de la mujer que se convirtiera en su esposa. Holly estaba segura de que ella nunca podría estar a la altura de tales requerimientos y se sorprendió de que él no se hubiera dado

cuenta.

–Tú podrías aprender a ser la esposa que yo quiero –concluyó él–. Debes saber que tengo buenas razones aparte del riesgo de que te hayas quedado embarazada para hablarte de matrimonio.

–Seguramente nos estamos preocupando sobre una tontería...

–¿Tú crees? Eres joven y fértil y yo preferiría no tener que esperar a que haya pruebas de una cosa u otra –afirmó él–. Si esperamos y al final resulta que nace un nuevo niño, habrá personas que creerán que me vi obligado a casarme contigo. Eso sería muy humillante para ti.

La seguridad que Marco parecía tener de que la hubiera dejado embarazada asustó a Holly. Sin embargo, ¿cómo podría casarse con un hombre que no sentía nada por ella? ¿Significaba esa pregunta que estaba considerando su oferta? Por supuesto. Sabía que ni siquiera tenía que echar mano a los sentimientos que tenía por él para tomar aquella decisión. No tenía nada que ofrecerle a Timmie, pero como «Timothy» tendría una vida llena de oportunidades. Si se casaba con Marco a su hijo no le faltaría de nada. Tendría un hogar, amor, seguridad y un hombre dispuesto a ser su padre. A Marco le gustaban los niños. De hecho, tenía que reconocer que se había topado con la suerte el día en que se cayó delante de la limusina de Marco.

–¿Cuándo empezaste a pensar en todo esto? –preguntó ella, tratando de mostrarse tan lógica y tranquila como él.

–Diez minutos después de que te marcharas de mi dormitorio anoche –admitió Marco–. Nunca me he sentido tan culpable en toda mi vida.

–Gracias –susurró ella, con voz temblorosa. Por primera vez, tuvo que esforzarse para evitar que las lágrimas se le derramaran.

–Yo cuidaré de ti y de tu hijo. Tú me necesitas y a mí me gusta sentirme necesitado. De hecho, estoy acostumbrado a sentirme necesitado.

–Podrías enamorarte locamente de otra mujer...

–Debes de estar bromeando –dijo Marco, con un tono de gélida repulsión.

Estaba muy seguro de sí mismo, confiado de que sabía todo lo que había que saber. Recordó la ansiedad constante que había sentido cuando luchaba por sobrevivir y se sintió reconfortada por

la aplastante seguridad que él demostraba. ¿Cómo podía estar tan seguro de que ella no iba a rechazar aquella oferta?

Holly sentía algo muy especial por él y era incapaz de ocultarlo, por no mencionar también que no tenía ni casa ni dinero. Él era muy guapo y rico, un buen partido para alguien como ella. Su corazón le decía que debía rechazar de plano aquella oferta. ¿Acaso no estaba mal dejar que cometiera un error tan garrafal? No la amaba, casi no la conocía y, con el tiempo, tal vez llegaría a despreciarla por los errores que ella haría irremediablemente al tratar de adaptarse a su mundo. Sin embargo, Marco tenía razón en que podía aprender. Una parte de ella, de la que no estaba muy orgullosa, quería desesperadamente aceptar aquella oportunidad.

–No debería aceptar lo que me ofreces.

–Pero lo harás –dijo Marco, tomándola de las manos para que se levantara.

La repentina sonrisa que él le dedicó hizo que algo en su interior despertara lleno de excitación. El olor tan agradable, tan familiar que él desprendía le recordó sus anhelos pasados. El simple hecho de que estaba a pocos centímetros de ella la hacía temblar.

Marco la besó brevemente, del modo en que era un maestro. Entonces la soltó, a pesar de que Holly se había sentido dispuesta a aferrarse a él.

–Seremos muy convencionales y esperaremos a nuestra noche de bodas –decretó Marco, con voz firme.

Entonces, por primera vez, Holly se dio cuenta de que podía ansiar sus caricias como si fuera adicta a él y, al mismo, tiempo, querer rebelarse.

Capítulo 6

Tres días más tarde, Holly se montó en la limusina que la llevaría a la ceremonia de boda que la convertiría en la esposa de Marco Lombardi.

Ezio Farretti le sonrió con halagadora admiración al verla con su traje de novia. A pesar de todo, se sentía muy sola, sin familia ni amigos que la apoyaran. Tampoco tenía nada de lo que, ingenuamente, había asociado a un acontecimiento tan importante.

Había pensado en llamar a sus padres para darles la noticia de que se iba a casar, pero había cambiado de opinión cuando se le ocurrió que, naturalmente, sus padres querrían saber algo más de su relación con Marco. ¿Cómo iba a poder admitir que se casaba con un hombre al que conocía desde hacía menos de una semana? Tendría que esperar hasta que su matrimonio estuviera establecido antes de volver a reunirse con sus padres.

Durante tres días, no había hecho nada más que comprar, primero su traje de novia y luego ropa para su hijo y para ella que fuera adecuada para un clima más cálido. La había asustado mucho saber que Marco pensaba llevárselos al extranjero después de la ceremonia. Holly nunca había estado en el extranjero. De hecho, ni siquiera tenía pasaporte. Aquello era un detalle más de lo diferentes que eran los mundos en los que los dos se movían.

Trató de apartar aquellos recuerdos y se colocó la falda del vestido para que no se arrugara en demasía antes de llegar a la iglesia. Deseaba desesperadamente estar muy hermosa para él. Aquel vestido color marfil la había cautivado desde el primer momento, aunque Marco le había dicho que eligiera algo tradicional. Holly sospechaba que un vestido que recordaba vagamente a la época medieval no era exactamente en lo que él había estado pensando.

El traje se componía de un corpiño de seda, adornado con mangas largas y en forma de pico. La tela del cuerpo iba adornada con unos exquisitos bordados dorados. El vestido se le ceñía bien a

su estrecha cintura y la falda era larga y elegante. Se había colocado una fabulosa tiara de zafiros y diamantes sobre el cabello y llevaba unos pendientes a juego, que resultaban igualmente impresionantes. Las joyas eran parte del legado de los Lombardi y se habían enviado especialmente desde la Toscana, dado que Marco había pedido especialmente que se las pusiera. Había tenido que atarse los pendientes con un hilo, dado que no tenía agujeros en las orejas. Como la aterrorizaba perder unas joyas tan valiosas, se tocaba constantemente para asegurarse de que todavía seguían en su sitio.

De hecho, los nervios eran más fuertes de lo que se había imaginado en un principio. Marco había estado en el extranjero y solo había hablado con él por teléfono en los días anteriores a la boda. De hecho, había creído que la boda terminaría por cancelarse. El mismo día que había accedido a casarse con Marco, él había salido de viaje a Estocolmo antes de ir a Florencia para visitar a su madre. Marco había esperado que la anciana lo acompañara a Londres para asistir a su boda, pero Alice Lombardi se había sentido demasiado débil para hacer un viaje tan largo.

–Te iba a haber hecho venir a Florencia para que os conocierais –la había informado Marco por teléfono, veinticuatro horas antes, al empezar la conversación en la que le iba a decir que no podía regresar aquella noche como había prometido–, pero ella tenía palpitaciones y tuve que llamar al médico. Le ha recetado un reposo absoluto.

Holly había sospechado que su futura suegra se habría sentido horrorizada de que su único hijo estuviera a punto de casarse con una desconocida, que, además, era madre soltera y que no contaba con los ilustres orígenes de la familia Lombardi. Sin embargo, había preferido guardar silencio.

–¿Cómo es la señora Lombardi? –le había preguntado a Ezio.

–Una mujer excelente, pero está muy enferma.

–Tal vez la boda tendrá que ser cancelada –había comentado Holly.

–La señora Lombardi tiene una gran habilidad para escapar de las puertas de la muerte. De hecho, no me sorprendería si nos sobrevive a todos.

A medida que la limusina se iba acercando a la iglesia, Holly se sorprendió mucho al ver la gran cantidad de coches que había

aparcados en los alrededores. Probablemente se debía a que había una boda antes de la suya y, por alguna razón, había sufrido algún retraso. Sin poder evitarlo, le preguntó a Ezio.

–Todas esas personas están invitadas a tu boda –le dijo el guardaespaldas.

¿Todos aquellos coches? Holly no se lo podía creer. Había dado por sentado que no habría invitados y que la ceremonia sería algo íntimo y privado. De hecho, ni Timmie iba a asistir. Mientras se bajaba de la limusina, vio que la multitud se acercaba a ella. Los guardias de seguridad empezaron a contener a los curiosos mientras una serie de agresivos fotógrafos la animaban a que mirara hacia sus objetivos. Si Ezio no la hubiera agarrado del brazo, se habría vuelto a meter en la limusina y le habría gritado al chófer que la llevara de nuevo a la casa.

Ya en el porche de la iglesia, miró fijamente a Ezio y le preguntó:

–¿Qué es lo que está pasando? ¿Quiénes son todas esas personas?

–Prensa.

–¿Por qué están tan interesados en nuestra boda?

–El hecho de que Marco se case es noticia. Nadie sabe quién eres tú y por eso se ha creado todo este revuelo.

En aquel momento, las puertas de la iglesia se abrieron de par en par y empezaron a sonar las notas de un órgano. Holly miró horrorizada al interior de la iglesia. Los bancos estaban repletos de invitados. Las cabezas de todos ellos se inclinaban sobre las de los demás con el afán de ver a la novia. De repente, el pánico se apoderó de Holly.

–¡No puedo hacer esto! ¡No puedo entrar en esa iglesia, sola, sin mi padre ni damas de honor! ¿Por qué no me advirtió Marco que sería así?

–Probablemente no se le ocurrió. No te preocupes. Lo harás muy bien.

Holly apreciaba mucho a Ezio. Vio que iba vestido muy elegantemente y decidió hacerle una petición muy especial.

–Podrías ser tú el que me acompañara al altar... Así no parecería todo tan raro y yo no estaría sola.

–Será un honor para mí –dijo Ezio, con una sonrisa. Entonces, le

ofreció el brazo–, pero recuerda que esta idea ha sido tuya y no mía.

Holly no se percató de si Marco se sorprendió al verla avanzar hacia el altar del brazo de su jefe de seguridad. Estaba demasiado nerviosa. Cuando llegó al lugar indicado, el sacerdote empezó a hablar. Entonces, miró a Marco y sintió que el corazón estaba a punto de salírsele del pecho. El momento en que él le colocó el anillo en el dedo le pareció el más hermoso, pero le hizo lamentar no haber pensado en preguntarle si a él también le habría gustado recibir un anillo.

De todos modos, habría tenido que pagarlo él también, como todo lo demás. Le dolía mucho que nada de lo que llevaba puesto en aquel día tan especial había sido pagado por ella. No tenía nada que Marco no le hubiera dado.

–Estás muy hermosa con ese vestido –dijo Marco, con una sonrisa de apreciación, mientras les hacían unas fotos en la escalinata de la iglesia.

Aquella sonrisa llenó a Holly de calidez y seguridad. Sin Marco a su lado, no habría podido aguantar todo aquello. Nunca antes había sido el centro de tantas miradas. De hecho, nunca se había imaginado que podría casarse con un hombre que atrajera tanta atención de los medios de comunicación. Entonces, tocó suavemente la alianza de oro como si fuera un talismán. Era la verdadera esposa de Marco Lombardi.

Cuando por fin consiguieron meterse en la limusina y se marcharon de la iglesia, Holly pudo por fin hablar con él.

–¿Por qué no me dijiste que vendrían tantos invitados?

–¿Y por qué no iba a ser así?

–Me dijiste que dejara a Timothy en casa, con Sarah...

–Pensé que sería más relajante para ti. Además, no creo que a Timothy le hubiera gustado verse lejos de su madre y rodeado de extraños.

En eso tenía razón, pero Holly no podía dejar de preguntarse si la exclusión del pequeño Timmie no se debería a cierto deseo por parte de Marco de que no se supiera que su esposa ya tenía un hijo y que este hijo no era suyo.

–Te equivocas –dijo Marco, de repente, mientras la miraba muy fijamente.

–¡Pero si no he dicho nada!

–No tienes que hacerlo. Una vez tuve que asistir a una boda en la que un niño lloraba continuamente. Me dejó una impresión muy duradera –bromeó Marco, mientras tomaba la mano de Holly, que ella había tenido agarrotada hasta entonces sobre el regazo–. Consideraré a Timothy como si fuera hijo mío y lo trataré en consecuencia. ¿Acaso no fue eso lo que te prometí?

–Sí... –susurró Holly, avergonzada de haber podido dudar de Marco.

–Si te beso ahora, te estropearé el maquillaje...

–¿Y qué importa el maquillaje?

Marco rio y acarició suavemente el cabello de su esposa. Entonces, la besó, con una pasión que despertó de nuevo el deseo en el cuerpo de Holly.

–Ya basta –gruñó, apartándose inmediatamente de ella–. Todavía nos queda el banquete, aunque yo no había pensado que nos quedáramos mucho tiempo.

–¿Un banquete?

–Alimentar a los invitados es un deber ineludible de los novios. Algunas veces, me pregunto si hemos crecido en el mismo planeta, *cara.*

–Es que no sabía que íbamos a tener una boda en toda regla.

–¿Y qué habías esperado?

–Que estaríamos solo nosotros.

–¿Solo nosotros? ¿No te parece que eso habría parecido algo raro? Dadas las circunstancias, lo último que yo querría sería que la gente pensara que hay algo raro en nuestro matrimonio.

–Entonces, ¿quién ha preparado todo esto?

–Mi personal.

Holly asintió apresuradamente al recibir aquella información, tratando de no parecer avergonzada por su propia ignorancia.

En el grandioso y exclusivo hotel en el que iba a tener lugar la recepción, Holly tuvo que darle la mano a un número incontable de personas. Más tarde, no recordaba el nombre ni la cara de una sola de ellas. Eran parientes de Marco, socios del mundo de los negocios y amigos personales. Durante la magnífica cena que se sirvió, gran parte de la conversación que se desarrollaba a su alrededor cambiaba del inglés al italiano. Trató de no sentirse excluida.

Evidentemente, aprender a hablar italiano iba a ser una de sus prioridades. Sin embargo, la barrera del idioma la hizo sentirse la novia más sola del mundo.

–Voy a buscar un teléfono para llamar a Timothy –le dijo a Marco al oído.

–¿Llamar a Timothy? –le preguntó Marco, tras interrumpir la conversación que estaba teniendo en aquellos instantes. Holly se sonrojó.

–Sí. Sarah podrá sujetarle el teléfono contra la oreja para que yo pueda hablar con él.

–Utiliza el mío –dijo él, sacándose un móvil del bolsillo.

–Ni siquiera sé cómo utilizarlo.

–Es muy sencillo.

Holly aceptó el teléfono y salió al vestíbulo para encontrar un lugar tranquilo desde el que poder hablar. Sin embargo, por muchos botones que apretaba, no podía hacer que aquel maldito teléfono funcionara. Solo conseguía que aparecieran palabras en la pantalla. Entonces, notó que, de hecho, eran las mismas palabras las que aparecían una y otra vez.

Te quiero. Llámame…

Holly sintió un escalofrío por la espalda. Entonces, mientras estaba contra la pared, salieron dos mujeres del salón, inmersas en una animada conversación.

–Bueno, lo único que puedo decir es que si esa niña fue capaz de robarle el novio a Christabel, hay esperanza para todas nosotras.

–¿Has oído el acento que tiene? ¡Casi me morí de la risa cuando la oí hablar! Habla como una paleta…

–A mí me pareció que Marco hacía gestos de lo avergonzado que se sentía. Él es tan refinado. Además, resulta evidente que ella no debe de tener ningún pariente presentable porque yo conozco a todas las personas que han acudido a esta boda.

–Pobre Christabel… Imagínate la agonía de ser tan hermosa y verse reemplazada por una criatura con ese pelo rojo, como una muñeca de trapo. ¿Qué te ha parecido el vestido?

–Si estás tan delgada, deberías ocultarlo un poco, no presumir de ello.

–Tenía pinta de ser muy barato. Seguro que lo ha comprado en un saldo. Se veía de lejos que Marco no lo había pagado.

Con la espalda pegada a la pared, Holly esperó hasta que las mujeres hubieron desaparecido. Entonces, comenzó a andar sin rumbo. Solo quería esconderse. Marco estaba recibiendo mensajes de amor en el teléfono móvil, todo el mundo se estaba riendo de ella... De repente, el vestido se le enganchó en el tacón del zapato y, al inclinarse para soltarlo, se dio cuenta de que estaba en el bar del hotel y de que todos los presentes no dejaban de observarla. Al ver que el tocador estaba en la dirección opuesta, se dirigió hacia él tan rápido como pudo.

–Te digo que es verdad... –exclamó a voz en grito un hombre con acento muy refinado–. Te apuesto lo que quieras a que tengo razón. La esposa de Marco está embarazada. Ha estado tonteando con ella a espaldas de Christabel y entonces... ¡sorpresa! ¡La vida perfecta de Marco se convirtió en humo!

–Si es eso lo que cree, ¿por qué ha venido a nuestra boda? Se supone que los invitados deben desearle lo mejor a los recién casados –le espetó Holly, sin poder evitarlo–. ¡Las personas como usted son demasiado desagradables como para desearles nada bueno a nadie!

El hombre se dio la vuelta. Al ver a la novia, se sonrojó.

–¡Oh...! ¡Lo siento!

Holly lo recordaba vagamente de la larga procesión de invitados a los que se había visto obligada a saludar. Entonces, sin decir nada más, se dirigió al tocador. Se preguntó si podría emparedarse en uno de los cubículos y quedarse allí para siempre sin que nadie la descubriera. Estudió cuidadosamente su cabello de «muñeca de trapo» y su vestido «barato», que a ella le había parecido precioso. Entonces, no pudo contener las lágrimas durante más tiempo. Desde su punto de vista, el vestido había costado bastante dinero, pero aquella cantidad probablemente no era nada para aquellas personas tan ricas.

Sin embargo, lo que más la preocupaba eran los mensajes que había visto en el móvil de Marco. Una mujer llamada Christabel. Recordó el nombre. Sly, la dueña de la peluquería, se lo había mencionado también. Evidentemente, aquella mujer era la que había sido prometida de Marco antes de que Holly lo conociera. Marco la había dejado, pero nadie parecía saber a ciencia cierta por qué.

Sabía que el suyo no era un matrimonio normal, que Marco se había casado con ella, pero que no la amaba. Iba siendo hora de que se acostumbrara a aquella realidad. ¿Cómo podía ella exigirle a su esposo lo mismo que otras mujeres? Se secó la cara, se retocó el maquillaje y decidió volver a la recepción.

Mientras atravesaba el bar, el hombre que había hablado sobre ella anteriormente se acercó a ella.

–Váyase.

–No creo que ni siquiera sepa quién soy. Me llamo Jeremy y soy de la rama inglesa del clan de los Lombardi.

–No sabía que había una rama inglesa.

–La madre de Marco, Alice, es inglesa. Es la hermana de mi madre –afirmó Jeremy, sorprendido de que Holly supiera tan poco.

Holly se apartó de él. Se sentía incapaz de regresar a la recepción hasta que hubiera conseguido serenarse un poco más, por lo que se sentó un rato en uno de los sofás que había en el vestíbulo. Se arrepintió al ver que disfrutaba de nuevo de la poco deseada compañía de Jeremy, que se sentó a su lado y la tomó de la mano.

–Mira, quiero disculparme contigo. Lo que he dicho ha sido una tontería y lo siento. Preferiría que me cortaran el brazo derecho que hacerte daño.

–Ya es demasiado tarde, así que adelante.

En aquel momento, Marco apareció ante ellos. Su repentina presencia sobresaltó a Holly. Jeremy apartó rápidamente la mano de la de ella. Los hermosos rasgos del rostro de Marco parecían de acero.

–¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Sentada aquí y flirteando con mi primo?

Jeremy se puso de pie inmediatamente al oír aquella acusación.

–Estaba intentando disculparme ante Holly.

–¿Por qué te estabas disculpando?

–¡Dejadlo, por favor! –exclamó Holly, tratando de reclamar un poco de dignidad–. Todavía no he llamado a Timothy.

Jeremy había empezado a hablar con Marco en italiano. Era como si Holly no estuviera presente, por lo que decidió marcharse en busca de un teléfono público.

Marco el número, pero le dijeron que Timothy estaba echándose

una siesta. Sarah le preguntó si quería que lo despertara, pero Holly le dijo que era mejor que lo dejara dormir. Tras colgar el teléfono, decidió que en el día de su boda se le negaba hasta el poder hablar con su hijo. Nunca se había sentido tan sola en toda su vida. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

–Holly... Jeremy me ha contado lo que ha ocurrido.

Era Marco. Le había colocado una mano sobre el hombro. Antes de darse la vuelta, trató de recuperar la compostura.

–No importa.

–Claro que importa

–Justo antes –dijo Holly, dándose la vuelta en aquel momento–, oí a un par de invitadas hablando sobre lo barato que era mi vestido, sobre mi ridículo acento y sobre mi cabello de muñeca de trapo...

–¿Quién diablos...?

–No importa. ¡Todos son iguales! ¡Son horribles! ¿Sabes una cosa? Si hubiera invitado a mis amigos, tal vez habrían bebido más de la cuenta y se habrían reído más alto de lo aconsejable, pero te aseguro que no se habrían dedicado a despellejarte. De donde yo vengo, las bodas son momento de alegría. Además, no sé cómo deshacerme de ese estúpido mensaje –añadió, devolviéndole el teléfono–, pero o estás burlándote de mí o estás siendo demasiado *refinado* como para decirle a esa mujer dónde debe meterse.

Marco se puso muy serio mientras estudiaba la pantalla del teléfono. Con un dedo, apretó un botón y la pantalla quedó vacía.

–No deberías haber accedido a mis mensajes –le dijo Marco, con gran frialdad.

Holly no podía dar crédito a lo que estaba escuchando.

–Bueno, pues resulta que tu sencillo teléfono no lo era tanto y no pude deshacerse de ese maldito mensaje. Además, creo que estás tratando de evitar hablar del tema. ¡No soy tan estúpida como para no darme cuenta!

–Si levantas la voz una vez más, voy a meterte en la limusina como si fueras un saco de carbón –murmuró él, con la voz llena de amenazas.

Holly contuvo el aliento. Se sentía a punto de explotar por la furia que ardía dentro de ella.

–Ahora, sube a la habitación y cámbiate para que podamos

despedirnos de nuestros invitados –añadió él.

–¿Con qué quieres que me cambie?

–En el traje que has traído para irnos de viaje...

–No he traído nada. Tú me dijiste que no nos íbamos a marchar hasta mañana. Eso ha sido la única cosa que sí me has dicho. Y con esto me refiero a que no mencionaste a los doscientos invitados, a la prensa ni el banquete de bodas.

–No me puedo creer que no hayas traído nada para cambiarte, pero supongo que querrás lanzar el ramo.

–Debes de estar de broma. ¿Quieres que desperdicie mis bonitas flores en esa gente?

Quince minutos más tarde estaban en el interior de la limusina, en un completo silencio. De hecho, la incomunicación siguió entre ellos durante largo tiempo, hasta que resultó imposible de soportar.

–Tu cabello es muy hermoso –dijo Marco, por fin–. Si has oído que alguien lo comparaba con el cabello de una muñeca de trapo, es envidia pura. Y tu vestido es maravilloso. Si fue barato, creo que hiciste la compra del siglo. Y a mí me parece que tu acento resulta muy mono. Tú no serías la misma sin él. Jeremy estaba borracho, pero siente mucho lo que dijo –añadió–. Sin embargo, tienes que admitir que no podía esperar que la novia se presentara en el bar. No me gusta lo que dijo y estoy furioso con él por haberte hecho daño, pero francamente, no me importa lo que diga la gente...

–¿Como Rhett Butler?

–Él se marchó. Yo no pienso hacerlo... no en mi noche de bodas –ronroneó Marco–. En cuanto al mensaje que viste, era uno antiguo. No sabía que lo seguía teniendo en la memoria. Ahora ya está borrado.

–La gente cree que me has dejado embarazada y que por eso rompiste con tu prometida. No me gusta cargar con las culpas de nadie.

–Es ese sentido, no hay nada de lo que preocuparse.

–¿Era ella muy especial?

–Hubo un tiempo en el que así lo creí –respondió Marco, tras una larga pausa–. Entonces, comprendí que me había equivocado.

–Me gustaría saber lo que ocurrió entre vosotros –admitió Holly.

–Eso es algo de lo que no quiero hablar. Ocurrió antes de que te conociera y no tiene nada que ver contigo.

–¿A dónde vamos? –preguntó Holly. Se había dado cuenta de que Christabel era un tema del que no se podía hablar.

–Vamos a pasar la noche en mi casa de campo y mañana nos marcharemos a las Maldivas.

Holly nunca había oído hablar de aquellas islas y se sintió avergonzada de su propia ignorancia. Recordó que nunca se había tomado sus estudios muy en serio y que, durante sus años en el colegio, había perdido el tiempo. Seguramente, Marco tendría un título universitario. Decidió que cada vez que abría la boca encontraba más motivos para avergonzarse.

–He pedido que nos envíen las maletas a la casa. Supongo que podrás pasar sin Timothy hasta mañana, cuando todos nos reuniremos en el aeropuerto.

Holly tragó saliva y asintió. No había sido una boda muy especial. Sin embargo, deseaba que aquel matrimonio funcionara, pero no le parecía que hubieran empezado con muy buen pie.

–¿Sigues enamorado de ella? –preguntó, antes de que pudiera tragarse las palabras.

–No.

Aquella respuesta la alivió y sintió que se relajaba la tensión que había experimentado hasta aquel instante. Evidentemente, había pasado algo muy importante como para que Marco rompiera aquel compromiso. No le parecía que Marco fuera un hombre que se dejara llevar por el ímpetu de un momento. Además, no era que tuviera que entristecerse por tener que compartir un amor que ya de entrada no tenía.

Unos minutos más tarde, llegaron a una enorme mansión, rodeada por un impresionante jardín.

–¿Es muy vieja? –preguntó Holly, admirando las ventanas y los torreones.

–La parte más antigua data del siglo XII, pero el edificio principal se realizó hace cuatro siglos, aunque, por supuesto, ha sido rehabilitado en muchas ocasiones desde entonces. Esta era la casa en la que residía la familia de mi madre. Ella se aloja aquí durante los meses más cálidos del año –le explicó, mientras la ayudaba a salir de la limusina.

Había una vieja inscripción sobre la puerta de entrada. Marco le explicó que eran palabras de bienvenida para los visitantes a la

mansión. Entonces, tomó a su esposa en brazos y atravesó el umbral como manda la tradición. Holly notó que no se veía a nadie, ni siquiera a quien había abierto la puerta.

–Se ha requerido al personal que se comporten con reserva –la informó Marco.

Holly miró a su alrededor. Comprobó que un enorme fuego ardía en una imponente chimenea de piedra. La casa tenía un ambiente de paz y comodidad.

–Es una casa preciosa.

–¿No te parece un poco antigua y pasada de moda?

–No, es maravillosa. De hecho, parece una casa de verdad, ¿sabes? No es tan perfecta y tan moderna como tu casa de la ciudad.

–Debo confesar que siempre me ha encantado tal y como es. De niño, solía corretear por aquí con mis primos ingleses.

–¿Cómo eras de niño? –preguntó ella, sin poder evitar querer saber más sobre el hombre del que estaba enamorada.

–Estaba muy mimado. Es el típico síndrome del hijo único. Me daban todo lo que quería y mucho más *cara mia*... ¡Ah, se me olvidaba que los términos cariñosos están completamente prohibidos! –bromeó.

–No ahora que estamos casados –susurró ella, temblando al sentir que él le colocaba la mano en la cintura y la estrechaba contra su cuerpo.

–¿Y eso importa?

Holly asintió. Marco jugueteó de nuevo con los rizos de su cabello y vio cómo ella respondía a sus caricias y se arqueaba contra su cuerpo. Entonces, él inclinó la cabeza sobre su esposa y la besó con una pasión tan irresistible que ella sintió de la cabeza a los pies.

Antes de que se diera cuenta, Marco la había tomado en brazos y la llevaba escaleras arriba. Con un golpe del hombro, abrió la puerta de una habitación.

–Te cerraré las cortinas si quieres...

Eran solo las primeras horas de la tarde. Holly se sonrojó y sacudió la cabeza. Entonces, admiró el enorme dormitorio, con una imponente cama con dosel. Sobre una mesa cercana, había un precioso centro de lirios y en la chimenea ardía un fuego.

Marco la dejó sobre el suelo y empezó a quitarle las joyas una a una. Cuando se dio cuenta de que llevaba atados los pendientes, se quedó asombrado.

–No tengo agujeros en las orejas... es que me dan un poco de miedo ese tipo de cosas...

Marco le mostró un impresionante cuarto de baño de estilo victoriano, que tenía su propia chimenea, y buscó un par de tijeras y, con mucho cuidado, le cortó los hilos que le sujetaban los pendientes. Al ver las pequeñas marcas rojas que le habían dejado en los tiernos lóbulos, los acarició suavemente.

–¿Por qué te los has atado tan fuerte?

–Es que no quería perderlos...

Marco se quitó la corbata y se desabrochó el cuello de la camisa. Entonces, volvieron juntos al dormitorio. Allí, Marco dejó la chaqueta sobre una silla.

De repente, Holly se sintió muy tímida, como si nunca antes hubiera experimentado el amor con él.

–Me alegro de que no te cambiaras de traje, *bella mia*. Me he pasado todo el día fantaseando sobre este corpiño...

–¿De verdad? –preguntó ella. Al oír aquellas palabras, había sentido como si su cuerpo volviera a la vida, como si los pezones se le irguieran bajo el corpiño ansiando las caricias que le prometía la noche.

–Me encanta cómo me miras... Lo haces como si, para ti, no hubiera otro hombre en el mundo.

Y así era, pero no se trataba de un sentimiento al que Holly quisiera darle publicidad, sobre todo, cuando el objeto de tanta adoración era un hombre que le había dicho que «podría llegar a sentir cariño por ella». Sin embargo, deseaba que la amara, de verdad, como había amado a su ex novia....

–Eres toda calidez, promesa y deseo... Y me enciendes cada vez que te miro...

–Oh.

Holly suspiró al sentir que Marco le besaba dulcemente un hombro. Sabía exactamente cómo tocarla...

–Tu vestido encaja perfectamente con la decoración de esa habitación. Yo debería llevar una de esas casacas de estilo Tudor y un sombrero de plumas –bromeó Marco.

–Seguro que los novios de aquel entonces eran unos cerdos.

–No necesariamente. Hay cartas de amor y diarios en la biblioteca que hay abajo que cuentan una historia muy diferente –explicó Marco, mientras iba soltándole poco a poco los lazos del corpiño.

Cuando terminó de retirárselo por completo, descubrió que Holly no llevaba sujetador.

–Es que se me veía a través de la seda del vestido, por la espalda. Por eso me lo quité...

–No te disculpes por algo que me gusta, *cara*...

Poco apoco, fue bajándole el vestido hasta que este se le quedó sobre las caderas. Los pechos quedaron al descubierto y Holly contuvo el aliento cuando Marco se los acarició con dedos expertos, atrapando los henchidos pezones entre los dedos...

Aquellas caricias la encendieron por dentro. Las piernas le empezaron a temblar y se vio consumida en su totalidad por el poder del modo en que reaccionaba su cuerpo ante las caricias de su esposo. Entonces, Marco la tomó entre sus brazos y la tumbó sobre la cama.

–El modo en que respondes a mis caricias es el mayor estímulo erótico que he sentido nunca.

Aquella afirmación pareció dar ánimos a Holly, y al mismo tiempo, socavar su resistencia. La debilidad se apoderó de ella al sentir que Marco le quitaba los zapatos y empezaba a bajarle el vestido muy lentamente.

–*Dio mio*... –susurró, al ver las delicadas braguitas y las medias hasta el muslo que Holly llevaba puestas–. Te doy una de las notas más altas por sorprenderme.

–¿Qué tengo que hacer para que me des un diez?

–Solo debes seguir tumbada. Durante las dos próximas semanas tengo la intención de enseñarte todo lo que quiero que sepas, *bella mia*.

Holly observó mientras Marco se quitaba la camisa y los pantalones. Era tan hermoso que lo miró, extasiada, sin poder apartar los ojos de él. Habían pasado cuatro días desde que la primera vez que hicieron el amor y, sin embargo, a Holly le parecían meses.

–¿Eres una chica tradicional?

–Sí.
–Entonces, ¿qué era viejo?
–Las joyas que tú me prestaste.
–No es un préstamo. Ese juego es solo una pequeña parte de todo lo que te corresponde –la informó Marco, mientras jugueteaba con la goma de una de las medias–. Yo soy el cabeza de mi familia y tú eres mi esposa.
Entonces, la besó. Sin embargo, fue diferente de la última vez de un modo que Holly no pudo identificar. A los pocos segundos, ya había perdido la capacidad de raciocinio. Una agradable sensación estaba empezando a calentarla en los lugares más íntimos. Sin poder evitarlo, hundió los dedos en el espeso cabello de Marco y se alzó para estar más cerca de él. Le resultaba imposible contener la urgencia de su deseo.
–Tenemos toda la noche –susurró Marco, volviendo a colocarle las manos sobre la cama–. Quiero que esto dure...
–No quiero suplicar –musitó ella, recordando cómo se había comportado la última vez.
–Esta vez no será así...
Volvió a besarla, tan dulcemente, pero de un modo tan intenso a la vez que Holly sintió el despertar de su deseo. Marco la excitaba de un modo increíble...
Él se tumbó sobre ella y empezó a lamerle delicadamente los pezones, haciéndola gemir de placer. Siguió bajando, muy lentamente y empezó a bajarle las braguitas de un modo tan sutil que Holly casi ni se dio cuenta.
–Relájate...
Ella no podía comprender aquella orden, cuando le estaba haciendo cosas con las que le era imposible relajarse. Cerró los ojos y se concentró solamente en el húmedo curso que los labios de Marco iban dejando sobre su piel. Iba bajando cada vez más, haciendo que Holly se arqueara contra su boca.
–Estate quieta....
–¿Qué es lo que vas a hacer?
–¿Qué es lo que te parece?
El rostro de Holly ardía de placer. Luchaba contra el rubor que le provocaba aquella postura, contra la curiosidad y el deseo. Poco a poco, Marco le fue levantando las caderas e hizo lo que había

querido hacer. En el momento en que tocó la parte más sensible de su cuerpo, el cuerpo de Holly se echó a temblar. La idea de mantener el control resultaba inconcebible.

Nunca antes había imaginado aquellas sensaciones. Iba de oleada en oleada de placer. Sentía que el deseo iba creciendo en ella. Gemía, jadeaba y se movía bajo los labios de Marco. Cuando estuvo muy cerca de alcanzar el placer total, su esposo se le colocó entre los muslos y la penetró con delicadeza.

De repente, Holly alcanzó la cima del placer. Al sentir que su firme masculinidad se iba abriendo paso a través de ella, su mundo explotó en mil pedazos, pleno de sensaciones multicolores. El éxtasis que ardió dentro de ella la abrasó en una explosiva oleada de placer.

–¿Te ha gustado? –le preguntó Marco, mientras la besaba dulcemente minutos después para darles tiempo a sus cuerpos para que se recuperaran.

–Ha sido increíble...

–Espero que sí te lo puedas creer, *bella mia*, porque vamos a tener una luna de miel extraordinaria.

A la mañana siguiente, Holly descubrió que levantarse de la cama resultaba mucho más que un desafío. Se sorprendió mucho al descubrir la energía de la que Marco parecía disponer y la agilidad con la que se levantó de la cama.

Sin embargo, la urgencia que sentía por tener a Timothy entre sus brazos pudo más que el cansancio. Como Marco le había prometido, sus maletas estaban ya en la mansión, por lo que se vistió rápidamente. No obstante, Marco la obligó a desayunar como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

Cuando llegaron al aeropuerto, Timothy se puso como loco al ver a su madre. Sarah le confió que el pequeño había pasado una noche algo agitada y los ojos de la joven madre se llenaron de lágrimas. Para compensar a su pequeño, lo abrazó con fuerza. Solo fue consciente del escrutinio de su marido minutos más tarde.

–No me permitas que te vuelva a hacer eso.

–¿El qué?

–Timothy no ha podido dormir bien por no estar contigo y tú no

has podido llegar aquí lo suficientemente rápido para ver a tu hijo. No sabía lo que esta ausencia suponía para ti. ¿Por qué no me dijiste nada?

–Solo era una noche. No quería estropear las cosas.

–Acabas de hacerlo. Sarah me ha dicho que el niño estuvo inconsolable durante toda la noche y que tuvo que llamar al médico para asegurarse de que no le pasaba nada más. Timothy no puede pasar sin ti mucho tiempo. Sin embargo –añadió, con una hermosa sonrisa–, yo tampoco podría haber pasado anoche sin ti, *bella mia*. Tal vez tengamos que encontrar algún modo de dividirte en dos partes...

Capítulo 7

Dos días después, mientras estaba tumbada sobre una plataforma sobre la laguna, Holly acariciaba suavemente la transparente agua entre los dedos.

Le parecía que las Maldivas eran un paraíso terrenal. Aquella laguna estaba rodeaba de una profusa vegetación y el cielo era de un intenso color azul, sin nubes. La arena de la playa era blanca y se mezclaba con el azul turquesa del mar. Su magnífica villa estaba en una pequeña isla para asegurar una intimidad total, aunque Marco la había informado de que había lugares más habitados a muy poca distancia.

–¿Qué es tan fascinante? –le preguntó Marco, mientras se agachaba a su lado.

–La laguna es como una piscina gigante. Me hace recordar cuando yo era una niña y mi tía me llevaba a la playa.

–¿Y no tus padres?

Holly se incorporó y miró a su marido. Solo habían pasado tres días de su luna de miel, pero el corazón seguía latiéndole con la misma intensidad cada vez que tenía a Marco cerca.

–Mi padre no podía alejarse nunca de la granja.

–Debes de echar mucho de menos a tus padres.

–Sí, pero espero que ya no será por mucho tiempo.

–No te entiendo.

–Cuando llevemos casados un par de meses, se lo diré a mis padres y entonces podremos ir a visitarlos. De ese modo, no harán preguntas incómodas sobre cuánto tiempo llevamos casados.

–Entonces, ¿tus padres están vivos?

–¿Y por qué no lo iban a estar?

–Había creído que habían muerto. Cuando nos conocimos, me dijiste que no conocías a nadie.

–¡Pero no te dije que estuvieran muertos!

–¡Ni siquiera hablaste de la posibilidad de invitar a tus padres a la boda! ¿Cómo no iba a pensar que habían fallecido?

–Mis padres sufrieron mucho cuando me quedé embarazada. Me enviaron a vivir con una tía que tengo en Manchester. Se suponía que yo debía dar a mi hijo en adopción y luego regresar a mi casa, pero cuando nació, no pude hacerlo… Así que me quedé sola.

–¿Cuándo hablaste con tus padres por última vez?

–Una semana después de que Timothy naciera, pero los he escrito en varias ocasiones para decirles que estaba bien.

–¡Pero si eso era mentira!

Holly decidió no prestar atención a aquel comentario.

–Nunca les di ninguna dirección, porque no quería que sintieran que tenían que implicarse en mi vida. Yo ya había tomado mi decisión.

–Y fue la correcta –susurró Marco, tomándola tiernamente de la mano.

–Hasta hace poco, no me lo pareció. De hecho, creía ser la madre más inútil que había existido nunca.

–Tuviste muy mala suerte.

Holly miró los hermosos ojos de Marco. Casi sin que se diera cuenta, se encontró entre sus brazos y, enseguida, él empezó a devorarle los labios con apasionado apetito. El corazón de ella empezó a latir a toda velocidad, sorprendida por aquella demostración de afecto.

–Creo que deberíamos refrenar la pasión, querida. Podrías estar embarazada.

–No lo creo –respondió Holly. Aquella mañana había tenido un fuerte dolor de cabeza, lo que normalmente iba asociado con la inminencia de su periodo.

–¿Por qué?

–Simplemente lo sé…

–Pero no lo supiste cuando Timothy, ¿verdad?

–Creo que no quería saberlo.

–Espero que ese no sea el caso con mi hijo…

–¿Cómo puedes pensar eso? Sin embargo, creo que sería mucho mejor para todos que no estuviera embarazada tan pronto… La gente empezará a levantar habladurías si tenemos un hijo con menos de nueve meses desde la fecha de la boda –comentó Holly. Al oír aquellas palabras, Marco hizo un gesto de completa indiferencia–. Tal vez a ti no te importe, pero yo no fui muy feliz

cuando estaba embarazada de Timothy. Si tengo otro hijo, me gustaría que fuera diferente. Me gustaría sentirme orgullosa de estar embarazada y no sentir que el resto de las personas me juzgan a mis espaldas.

–Entiendo que quieras que sea diferente, pero lo que sea, será.

Holly no pudo evitar pensar si Marco quería realmente que ella hubiera concebido un hijo suyo. Estaba casi segura de que no era así, pero no pudo evitar pensar que tal vez se hubiera casado con ella por creerla en estado. Aquella misma tarde, le bajó el periodo. Estaba acostando a Timothy cuando le dijo a Marco que no iba a haber niño.

–Es demasiado pronto para ti, tesoro mío –dijo él, tras dedicarle una tierna sonrisa–. Deberíamos esperar hasta que Timothy sea un poco mayor.

–Sí.

A pesar de todo, Holly no pudo evitar sentirse algo decepcionada. Sentía que un hijo sería algo que Marco recibiría con mucho alborozo.

De todos modos, Holly sentía que el mundo en el que vivía no era real. Aunque se había esforzado mucho por esconder la inseguridad que sentía en ocasiones, no podía evitar sentir miedo de que todo aquello se le arrebatara. Si hubiera estado embarazada, tal vez se habría sentido más segura, aunque se avergonzó enseguida de aquellos pensamientos.

Holly observó a Marco mientras este saboreaba el pastel.

–Esta delicioso. ¿Cómo se llama?

–Es el pastel de manzana típico de Somerset.

–Eres una cocinera estupenda.

–Empecé a aprender cuando tenía cuatro años. La habilidad para preparar dulces es un motivo de orgullo en las comunidades rurales –le explicó Holly, sentada sobre la cama–, aunque si quieres que te diga la verdad, he de decirte que mi madre me estaba preparando para el hijo del vecino. Le parecía que Robert era maravilloso, pero yo no era de la misma opinión.

–¿Le gustabas tú?

–Bueno, creo que le gustaba todo lo que fuera de género

femenino. Estaba saliendo con una de mis amigas cuando yo me marché de casa, pero los padres de Robert no aprobaban la relación porque ella era una chica de ciudad.

En aquel momento, el teléfono que tenían al lado de la cama empezó a sonar. Marco contestó inmediatamente. Lo escuchó atentamente mientras hablaba en italiano y durante aquellos minutos lo miró llena de amor.

Llevaban casados exactamente veintiún días y ya no podía imaginarse la vida sin Marco. Ni siquiera podía entender cómo podía haber vivido veinte años en el planeta sin su compañía. Para ella, Marco era perfecto. Resultaba entretenido, listo, cariñoso... La mimaba hasta volverla loca. Siempre le estaba comprando montones de cosas que ni siquiera necesitaba. Además, la introducía a nuevas actividades, con lo que, de uno u otro modo, casi todos los días tenían algo de especial. Además, Timothy lo adoraba.

Había también ciertas cosas que habían cambiado en ella. El menú de un restaurante ya no la aterrorizaba. Como cenaban casi todas las noches fuera, se había familiarizado con la terminología poco a poco. Además, había conseguido perforarse las orejas.

Nadie era perfecto, así que sabía que tenía algunas faltas, aunque le costaba reconocerlas. Por eso, cuando se despertaba todas las mañanas en brazos de Marco, le parecía que había ganado la lotería. Todas sus inseguridades se habían evaporado. Ningún hombre la había tratado tan bien como él en toda su vida. Además, era un hombre muy activo sexualmente y la hacía sentirse como si fuera irresistible, por lo que no era de extrañar que Holly se sintiera profundamente feliz y más enamorada que nunca.

¿Qué le importaba que él no la amara? Ya habría tiempo para eso. A pesar de todo, se mostraba muy romántico con ella, siempre estaba atento para darle un regalo y parecía profundamente interesado por su vida pasada. Además, en aquellas tres semanas no habían tenido ni una sola discusión. En aquel apartado no incluía el momento en que la había sacado de la cama antes de que amaneciera para ir a pescar y luego le había dicho que debía acostumbrarse a estar sola. Cuando ella se había decidido a hacerlo, no le había gustado en absoluto.

–Tú te vienes conmigo –le había ordenado.

Mucho tiempo después, cuando Holly había estado más que

aburrida de estar en aquel estúpido barco, le había preguntado por qué era tan importante que ella lo acompañara.

–Me gusta tenerte a mi lado.

Solo entonces se le había ocurrido que un hombre que se pasaba veinticuatro horas al día en su compañía y que todavía le parecía poco, le estaba dedicando un bonito cumplido.

Marco colgó el teléfono con un gesto de impaciencia.

–Me temo que los negocios se están entrometiendo incluso antes de que volvamos a casa mañana. Mi madre está en la casa de campo y espera conocerte enseguida, pero yo me voy a tener que ir directamente a Nueva York.

–Oh...

–Sé que no es lo ideal, pero no creo que podamos hacer esperar más a mi madre. ¿Crees que podrías ir a visitarla tú sola?

Se sentó al borde de la cama e hizo que Holly se pusiera de pie y se colocara entre sus piernas. Mientras tanto, fue deshaciéndole el nudo del pareo que la joven llevaba puesto. Holly tembló al sentir una pequeña llama que ya se le había encendido en el vientre. Por muy a menudo que le hiciera el amor, nunca se cansaba de él...

–Me excito solo con mirarte –confesó Marco, al tiempo que dejaba que el pareo cayera al suelo y contemplaba apreciativamente los erguidos pechos.

–Yo también...

Marco la acarició. Entonces le quitó el biquini y le tocó suavemente la húmeda y cálida bienvenida que ya lo esperaba. Tras tumbarla en la cama, se quitó la camiseta y los pantalones, revelando una poderosa y firme masculinidad. Marco le acarició delicadamente el cabello e hizo que ella se sentara en la cama y la animó a que lo tocara con la boca, un ejercicio del que Holly se había sorprendido mucho y que le había hecho subir su propio nivel de excitación hasta límites insospechados.

–Eres tan sensual... Desgraciadamente, tendré que alejarme de ti unos días, *cara mia*... Creo que me estás convirtiendo en un adicto al sexo.

Ciertamente, no pasó mucho tiempo antes de que Marco la volviera a tumbar en la cama y la penetrara rápidamente y sin ceremonia alguna, provocándole un placer tan profundo que le hizo lanzar un gemido de gozo.

Marco empezó a moverse dentro de ella, provocándole un intenso placer que la envió a un fuerte orgasmo mientras susurraba el nombre de Marco.

–El sexo contigo es... sensacional –susurró Marco, cuando descansaba el uno en brazos del otro.

–Me alegro...

–Ahora, duérmete. Tenemos que madrugar mucho mañana por la mañana.

Al día siguiente, durante el vuelo, Marco estuvo trabajando con su ordenador. Aburrida de las películas, fue a ver a su hijo, pero lo encontró durmiendo en brazos de la niñera. Tras contemplarlos durante unos minutos con una sonrisa en los labios, volvió a la cabina principal y trató de entretenerse con unas revistas.

Hojeó las páginas de moda y llegó a la conclusión de que, en aquellos momentos, podía permitirse cualquier cosa que quisiera por cortesía de su atractivo marido. Una de las páginas, presentaba a una hermosa rubia que estaba presentado lo último en ropa de sport. Era Chrissie Kent, la modelo que se había hecho famosa anunciando coches de lujo en televisión. Siguió contemplando el resto de las fotografías sobre la rubia modelo, pero al girar la página se encontró con un rostro mucho más familiar.

El multimillonario y magnate de los negocios, Marco Lombardi, acompaña a su prometida al festival de Cannes.

El pulso empezó a latirle con más fuerza. Holly leyó aquella línea una y otra vez y contempló la foto que presentaba a Marco y a Chrissie juntos. Estaba atónita, mucho más de lo que lo había estado en mucho tiempo. ¿Marco había estado comprometido con Chrissie Kent?

Christabel... por supuesto.

Aquella mujer era rubia y muy hermosa. Tenía una fantástica figura, que en la fotografía iba embutida en un vestido color cereza con una raja en el muslo, tan estrecho que solo había habido una mujer entre un millón que hubiera sido capaz de ponerse aquel atuendo. Unas piernas interminables completaban un físico espectacular.

Aquella revelación explotó como una bomba ante los ojos de

Holly. Empezó a leer el artículo y, al girar otra de las páginas, vio a Christabel sentada en un sofá que estaba en la casa que Marco tenía en Londres. Entonces, recordó cómo había posado para él la primera vez que su marido le compró ropa. Inmediatamente, se sintió humillada más allá de lo que hubiera creído posible.

Al comprobar la fecha de la revista, se dio cuenta de que no era tan antigua. Solo seis semanas antes, Marco había estado comprometido con otra mujer y había estado preparado una boda con ella para el verano. Como un sabueso, Holly comenzó a buscar más información. Sin embargo, cuando encontró el último Capítulo de aquella historia, deseó no haberlo averiguado nunca.

La revista anunciaba la repentina ruptura de la pareja. El número solo había salido a la venta una semana después de que Holly conociera a Marco. También presentaba una pequeña y granulosa fotografía para ilustrar el tema de su boda con Marco. El artículo también especulaba sobre su identidad. Allí estaba Holly, en los escalones de la iglesia, con unos enormes y asustados ojos, aferrada a Marco con una clara falta de glamour. La melena rizaba volaba al viento, lo que le daba un aspecto horripilante. De hecho, parecía la novia de Frankenstein…

Capítulo 8

Llevas mucho rato muy callada, Holly –le dijo Marco cuando estuvieron en la limusina que fue a recogerlos al aeropuerto para llevarlos a la casa de la ciudad–. ¿Te encuentras bien?

–Sí –respondió ella, sin querer dar más detalles de lo que le ocurría. De todos modos no podía, ya que Sarah y Timothy estaban con ellos en aquellos momentos.

Además, Holly no sabía lo que le diría a Marco cuando consiguiera estar con él a solas. Se sentía furiosa porque, sin previo aviso, lo que ella creía ser un matrimonio feliz se había roto en pedazos, aunque había sabido desde un principio que su relación no se apoyaba sobre cimientos muy sólidos.

Tras leer los hechos de su relación con Christabel en las revistas, no le quedaba mucho que pensar. Marco se había acostado con ella a los pocos días de romper con una de las mujeres más bellas del mundo. Christabel se asemejaba mucho más que a la sofisticación, al físico de Marco. De hecho, aquel era el tipo de mujer que uno hubiera elegido para Marco Lombardi.

El sentido común le hacía creer que Marco se había casado con ella de rebote, y aquella afirmación no suponía muy buenas noticias. Tal vez Marco había estado confuso cuando se metió en la cama con ella aquella noche y, desde luego, no se había parado a pensar las consecuencias de sus actos cuando le pidió que se casara con ella. Entonces, recordó las enigmáticas palabras de Ezio cuando le había dicho que su jefe no era él mismo en aquellos instantes. Después de todo, Marco debía de haber estado con Christabel durante bastante tiempo y romper con ella le había resultado con toda seguridad muy traumático. A eso se debía su mal humor de entonces, la necesidad de distraerse y su repentina atracción por una pelirroja incapaz de ocultar la profunda atracción que sentía por él. Holly llegó a la conclusión de que, en circunstancias normales, Marco ni se habría dado cuenta de que existía.

–Tengo que volver al aeropuerto dentro de un par de horas –anunció Marco, mientras entraban en la casa–. Voy a darme una ducha.

La niñera le impidió ir tras él, ya que quería concretar una semanas de vacaciones que quería tomarse. Holly accedió a que Sarah se marchara aquella misma tarde. Entonces, rápidamente, fue en busca de Marco.

Él estaba en el dormitorio, medio desnudo. Al contemplar aquel magnífico espectáculo, Holly sintió que se le secaba la boca, como siempre, pero decidió permanecer junto a la puerta. A pesar de que lo amaba más de lo que podría amar a otro hombre, estaba segura de que el propio Marco le debería haber dado la información que ella había leído en las revistas. El hecho de que no le hubiera contado nada le hacía temerse lo peor.

–No hay motivo para representar una tragedia, *cara.* Eso no cambiará nada.

–¿De qué estás hablando? –preguntó Holly, desconcertada.

–Llevas de un pésimo humor desde que te has enterado de que te voy a dejar sola durante la próxima semana, pero tendrás que acostumbrarte a la idea de que tendrás que arreglártelas sin mí cuando yo esté de viaje de negocios.

–¿De verdad?

–Sí. Al principio será un desafío para ti, porque todavía no tienes amigos, pero te aseguro que el año que viene por estas fechas ya no dependerás de mi compañía –le aseguró Marco, mientras se acercaba a ella y tomaba las manos de su esposa entre las suyas–. Aprenderás a dirigir tu propia vida mientras yo esté en el extranjero. Mi madre te ayudará. Ella conoce a muchas personas y tú puedes implicarte en obras benéficas a través de la fundación o en cualquier otra cosa que te interese.

–¿Es eso lo que habría hecho Christabel? –le espetó ella secamente, antes de soltarse de él.

–Lo que ella hubiera hecho no creo que sea un asunto que nos concierna –replicó Marco, mirándola fijamente.

–¿Me vas a explicar por qué me tuve que enterar por una maldita revista que tu ex novia es la famosa modelo Chrissie Kent?

–No entiendo la importancia de la relevancia del perfil público

de Christabel.

–¡Y un cuerno! Sabías que yo no sabía nada. ¿No podrías por lo menos haberme hablado de ella?

–Sabía que te sentirías algo intimidada. Sabía que no podrías evitar realizar estúpidas comparaciones, así que no, por eso no tenía ninguna prisa en contarte los hechos –respondió Marco, con sinceridad

–Sí, habría sido una estupidez compararme con ella, ¿no te parece?

–¡Santo Cielo! ¡No es eso a lo que me refería! Solo quería decir que estarías mejor preparada para afrontar toda esa historia cuando hubiéramos llevado un tiempo casados.

–¡Qué bien me conoces! ¿Crees que eres capaz de predecir cómo voy a reaccionar a todo?

–Pues parece que, en ese detalle en particular, he sido bastante exacto.

–Sin embargo, el perfil público de una antigua prometida solo es la punta del iceberg, ¿verdad? Como cuando estabas planeando decirme el poco tiempo que había pasado entre tu ruptura con ella y el inicio de nuestra relación.

–Créeme, *bella mia* –dijo Marco.

–No pasaron siquiera dos semanas, ¿verdad? A juzgar por la fecha de aquella revista, no podían haber pasado más de dos semanas desde que rompiste con ella. Si no, ¿por qué me iba a haber advertido Ezio de que no eras tú mismo cuando te conocí?

–Dime: ¿tienes la costumbre de hablar sobre mí con mis empleados? –comentó Marco, furioso.

–Bueno, puedes estar seguro de que, a partir de ahora, pienso convertirlo en costumbre. Me parece que tengo más posibilidades de conocer respuestas sinceras si les pregunto a otras personas en vez de a ti –replicó Holly–. Todavía me acuerdo de lo que me dijiste cuando me pediste que me casara contigo. Me dijiste que habías estado comprometido hasta muy poco tiempo antes, lo que en este caso parece indicar un periodo de menos de un mes.

–Déjalo. Voy a darme una ducha antes de que esta ridícula discusión se enzarce más.

Holly vio cómo se quitaba el resto de la ropa y se dirigía al cuarto de baño, vestido solo con su bóxer.

–Podría preguntarle a Ezio –lo amenazó ella, entre dientes, aunque sabía que, dado que estaban casados, aquello no era algo que debiera investigar a espaldas de Marco.

–Corté mi relación con Christabel solo una hora antes de que cayeras delante de mi limusina.

Holly parpadeó. Le parecía imposible entender lo que él le acababa de decir, y, sin embargo, no estaba en ninguna lengua extranjera. La realidad que Marco acababa de revelarle con aquellas palabras era mucho peor de lo que se había imaginado.

En aquel momento, Marco se dio la vuelta y lanzó maldiciones en su lengua materna. Cuando tardó de acercarse a ella, Holly se alejó instintivamente.

–No veo que el tiempo exacto sea de una importancia vital en este caso.

De repente, Holly empezó a reír de un modo histérico y se sentó en la cama, por miedo a caerse. Una hora. Solo había pasado una hora desde que había dejado a Christabel y la había conocido a ella. Cuarenta y ocho horas después, se había acostado con Holly. ¿Acaso esperaba que ella aceptara que aquel tiempo tan reducido no tenía nada de relevante?

–Es imposible que supieras lo que estabas haciendo...

Una hora. Sin embargo, no parecía el tipo de hombre que se dejara llevar por aventuras de una noche. Había hombres así, pero Marco no era uno de ellos. Marco tenía conciencia.

Lo peor de todo era que resultaría imposible hacerlo hablar de sus sentimientos. Preferiría la tortura sobre una parrilla antes de admitir que, después de romper con su novia, se había sentido trastornado y afectado.

–Yo siempre sé perfectamente lo que hago –afirmó Marco, como si aquello fuera una máxima por la que se hubiera dejado guiar toda su vida. Sin embargo, Holly no se sentía nada convencida.

–¿Qué fue lo que hiciste? –le preguntó, con voz temblorosa–. ¿Decidiste ir a darte una vuelta por ahí y casarte con la primera mujer que encontraras?

–Aunque no te lo creas, ese pensamiento me pasó por la cabeza –afirmó él, con toda sinceridad. En aquel momento, Holly dejó de respirar y se volvió para mirarlo, completamente horrorizada–. Te aseguro que enseguida lo aparté de mi mente. ¡Te aseguro que no

soy ningún lunático!

–Pero ha sido exactamente lo que has hecho. Te casaste con la primera mujer que conociste… ¡Dios Santo! ¡Yo podría haber sido cualquier mujer!

–¡No seas ridícula! ¿Acaso crees que yo me hubiera casado con cualquiera? –replicó él, visiblemente molesto con aquella sugerencia.

–Tal vez habría sido capaz de hacerlo si hubieras estado lo suficientemente enojado. Dime una cosa: ¿te dejó Christabel?

–*Per amor di Dio*… ¡Podría volver a conseguirla ahora mismo si quisiera con solo chascar los dedos, pero eso no significa que quiera hacerlo!

–Me gustaría que me dijeras ahora por qué rompiste con ella –afirmó Holly tras un profundo silencio.

–Queríamos cosas diferentes.

–¿Qué clase de cosas diferentes?

–Creo que eso es asunto mío y de ella.

Holly palideció como si Marco la hubiera abofeteado. Entonces, se levantó y se dispuso a salir de la habitación. Sin embargo, Marco se lo impidió.

–Esto es una locura –dijo, tras inmovilizarla contra la puerta.

–¡Apártate de mi camino!

–No –replicó Marco, tomándola en vez de eso entre sus brazos–. No dejaré que Christabel se convierta en un problema entre nosotros.

–Tú eres el que está lo está consiguiendo –susurró ella, apunto de echarse a llorar.

Los largos dedos de Marco le acariciaron suavemente las mejillas. Se sentía rígida y se negaba a ceder terreno. Entonces, él bajó la cabeza y la sorprendió. Le separó los labios con los suyos y le acarició suavemente el interior de la boca con la lengua. Enojada, triste y confundida, ella le negó el placer por primera vez.

Holly temblaba entre sus brazos, pero levantó la mano para apartarlo de ella. El estado en que se encontraba la hacía ser demasiado vulnerable. Sin embargo, el deseo se iba abriendo en cierta parte de ella. Poco a poco, empezó a devolverle los besos.

Marco la tomó entre sus brazos y la depositó sobre la cama. Tras tumbarse encima de ella, le fue levantando poco a poco la falda,

para luego bajarle braguitas y medias. No dejó de besarla ni durante un momento. Sentía que el corazón de Holly latía a toda velocidad y que cada fibra de su ser estaba ardiendo.

Para cuando se deslizó entre los muslos de Holly, ella ya había perdido el control y estaba mucho más allá de lo que había llegado en otras ocasiones. Por fin, la excitación del clímax la lanzó a las alturas y luego la tiró mucho más abajo que de costumbre.

–Ahora puedes venir conmigo a disfrutar de esa ducha –susurró él, mientras se inclinaba sobre ella una vez más para besarla.

Sin embargo, Holly se sentía enferma por su propia debilidad y muy molesta por aquella manipulación, por lo que le jugó una mala pasada al dejarse rodar hacia un lado para no tener que besarlo.

–¿Crees que así vamos a resolver algo? –le espetó, mientras se bajaba la falda.

–No hay nada que resolver, *bella mia*.

En aquel momento, la furia desapareció del estado de ánimo de Holly y se vio reemplazada por un profundo sentimiento de tristeza. Solo había pasado una hora entre el momento en que dejó a Christabel y el momento en que se encontró con ella. Por supuesto que lo había hecho por despecho. ¿Cómo podría, dadas las circunstancias, tener su matrimonio una oportunidad para sobrevivir? Tarde o temprano, Marco se despertaría de aquel sueño y se sentiría atrapado por ella, se arrepentiría de haber sido tan impulsivo. ¿Por qué iba a quedarse con él cuando en realidad no la amaba? ¿Por qué iba a conformarse con ella cuando podía tener a Christabel Kent o a alguien similar como esposa? A rey muerto, rey puesto. Sin embargo, la vida no era tan sencilla. Tarde o temprano, Marco se arrepentiría de haberse casado con ella.

Mientras Marco cerraba de un portazo el cuarto de baño, Holly se sintió derrotada. ¿Por qué no quería hablar de Christabel? ¿Era por lealtad o porque seguía sintiendo algo por ella? Una relación que había durado dos años no se olvidaba tan fácilmente. Sin embargo, no pudo evitar pensar si estaría construyendo un castillo con un granito de arena. ¿Después de todo, qué había cambiado entre ellos?

Cuando fue a la habitación de su hijo, este estaba durmiendo.

Estaba charlando con Sarah cuando el teléfono empezó a sonar. Era Ezio, para informarla de que la esperaba una visita. Un tal señor Danby.

Holly palideció. ¿Jeff? ¿Que Jeff había ido a verla? ¿Cómo había sabido dónde se encontraba?

Efectivamente, Jeff estaba en el salón. Alto y moreno, estaba más elegantemente vestido de lo que nunca lo había visto, aunque se había dejado crecer una perilla y un bigote.

–¡Vaya! ¡Si estás estupenda! –exclamó, estudiando la elegante fala y el jersey de cachemir que ella llevaba puestos–. ¿Y por qué no ibas a estarlo? Supongo que ahora tienes una buena serie de tarjetas de crédito...

–¿Cómo has descubierto dónde vivo? –la interrumpió Holly.

–Después de ver las fotos de tu boda, no tuve que contratar a un detective. Te has establecido muy bien, ¿verdad? –dijo Jeff, mirando a su alrededor–. Bueno, me alegro de que te haya ido tan bien.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Evidentemente, quiero ver a mi hijo –la informó Jeff.

–¿Y por qué quieres hacer eso de repente?

–Un niño debería conocer a su padre.

–Tú me dijiste que lamentaría haber nacido si le decía a alguien que Timothy era hijo tuyo. Cuando más te necesitábamos, ¿dónde estabas? No quisiste ni...

–Aquel día la situación estaba un poco tensa.

–¿Tensa? Timothy y yo acabamos en la calle, sin tener un sitio en el que refugiarnos. ¡A ti no te importó nada! Si quieres ver al niño que tienes la caradura de llamar «tu hijo», ¿cuándo estás pensando pasarle dinero para su manutención? ¿Crees que puedes venir aquí y...?

En aquel momento, Holly sintió que un fuerte brazo la rodeaba. Aquel gesto la sorprendió, dado que no había escuchado que se abriera la puerta.

–Tranquila, *cara* –susurró Marco–. Yo me ocuparé de esto.

–Me temo que Holly y yo no nos separamos siendo muy buenos amigos –dijo Jeff, con una sonrisa poco sincera, mientras le extendía la mano a Marco–. Me llamo Jeff. Soy el padre de Timothy.

–Marco Lombardi.

Holly se quedó atónita de que Marco estrechara la mano a aquel hombre. Le pareció una traición, dado que ella ni siquiera podía soportar tener a Jeff dentro de la casa. Solo le traía malos recuerdos.

–He visto a un abogado, para ver en qué posición me encuentro –se apresuró Jeff a explicar–. Voy a pedir poder hacerle visitas a mi hijo e incluso voy a solicitar la custodia conjunta.

–Por supuesto. Tienes derecho a ello –dijo Marco, mientras Holly sentía que el alma se le caía a los pies.

–Pero Marco...

–Sin embargo –prosiguió su esposo–, esas visitas tendrán que estar supervisadas.

–¿Supervisadas? ¿Por qué? –preguntó Jeff.

–Porque maltrataste a Holly.

–¡Aquello fue un accidente! –protestó Jeff.

–Mis abogados ya tienen una declaración de la mujer con la que tú vivías por aquel entonces –le dijo Marco, con una completa frialdad–. Está lista para testificar que vio que no solo la atacaste sino que también la amenazaste con mayor violencia si mencionaba en el futuro que tú eras el padre.

Aquella vez, fue a su marido a quien Holly miró atónita.

–¿Que tienes una declaración de Liza? –preguntó Jeff, incrédulo.

–Por supuesto, eso no impide que puedas solicitar que te dejen visitar a Timothy y todo lo que quieras, pero creo que es justo decirte que espero adoptar al niño y que haré todo lo que esté en mi mano para conseguir su custodia.

–¡Yo me alegro de que vayas a adoptar al niño! Yo solo había venido para tener una conversación amigable con vosotros –dijo Jeff, furioso por la frustración que sentía en aquellos momentos.

–De acuerdo, pero todo lo que se organice con respecto al niño habrá de realizarse a través de la vía judicial –concluyó Marco.

–¡Ya he tenido bastante! –exclamó Jeff, antes de salir corriendo por la puerta.

–Eres el padre de Timothy todavía, así que si quieres conocer a tu hijo yo no te lo impediré –dijo Marco, con un suave tono de voz.

–¡Olvídalo! –gritó Jeff desde el vestíbulo–. ¡Por mí te puedes quedar con ese mocoso!

Cuando la visita se hubo marchado. Holly se sintió avergonzada del modo en que su antiguo novio había mostrado su verdadera naturaleza.

–¿Por qué le repetías constantemente que podía ver a Timothy?

–No permitiré que ese tipo utilice a tu hijo para amenazarte o como moneda de cambio en un intento de enriquecerse por nuestra nueva situación, pero tenía que asegurarme de que no tenía ningún interés en el pequeño.

–¿Lo que dijiste sobre la novia de Jeff por aquel entonces era un farol?

–No. Mis abogados tienen una declaración suya. Me pareció que era necesario tener pruebas de cómo te había tratado Jeff para protegeros a Timothy y a ti.

–¿Ha roto Liza con él?

–Sí. Supongo que lo sorprendió tonteando con una de sus amigas y estuvo encantada de hablar a favor tuyo. Bueno, ahora tengo que marcharme... Ya voy algo retrasado. Y tú pareces agotada. Deberías tumbarte un rato, *cara.*

–Gracias por ocuparte de Jeff –dijo Holly.

–Me hubiera gustado hacerlo con los puños –le aseguró Marco–, pero eso podría haberse vuelto contra mí a la hora de adoptar a Timothy. Y ese tipo no merece ese riesgo.

Después de que Marco se hubiera marchado, Holly se había sentado al lado de la cuna de su hijo. Marco se había deshecho fácilmente de Jeff y le estaba muy agradecida por ello, pero no podía dejar de pensar que no había tenido tanto éxito a la hora de aplacar los temores que su esposa sentía por el futuro. Estaba casada con un hombre que creía firmemente que el sexo curaba todos los males. ¿Por qué? Después de todo, Holly le había permitido que le hiciera el amor. Una mujer furiosa no lo habría permitido.

¿Por qué no se había negado? Lo que había averiguado sobre Christabel la había llenado de pánico, pero estaba enamorada de Marco. Lo quería tanto...

Decidió que, cuando Marco regresara a casa, volvería a abordar el tema de un modo más tranquilo y diplomático. De un modo u otro, le iba a hablar sobre Christabel, tanto si quería como si no.

Capítulo 9

Dos días más tarde, la limusina en al que Holly viajaba se detuvo frente a la entrada principal de la casa de campo de los Lombardi. Había pensado en llamar a la señora Lombardi para anunciar su visita, pero había tenido miedo de que la dama consiguiera de algún modo que esta no se llevara a cabo. Aunque Marco parecía no querer darse cuenta de que su madre estaba furiosa porque se hubiera casado con una desconocida, Holly no era tan insensible. Era natural que, como madre de Marco, estuviera algo preocupada, pero esperaba que, cuando conociera a su nuera, sus temores se aplacaran.

La llevaron al lujoso salón, donde una esbelta y atractiva rubia, de unos sesenta años, la esperaba sentada en una butaca. Una mirada más cuidadosa revelaba el dolor que se reflejaba en aquellos hermosos rasgos.

–Por favor, discúlpame por no ponerme de pie para saludarte –murmuró–. Mi artritis me está resultando hoy bastante molesta.

–Lo siento, debería haber llamado primero.

–¿Te ha enviado Marco? –le preguntó la mujer, sin amilanarse. Holly se ruborizó–. Ya me parecía. Marco puede ser muy despiadado.

–Quería que nos conociéramos y yo me alegro de que él me diera la excusa para hacerlo –dijo Holly, mientras se sentaba en la butaca que le indicó la mujer.

–Creo que es mejor que te diga que Christabel está aquí conmigo durante esta semana y no pienso disculparme por eso. No puedo volverle la espalda solo por que mi hijo cambiara de opinión en lo de casarse con ella. Viene a menudo a visitarme.

–Eso no es asunto mío –afirmó Holly, a pesar de que la presencia de Christabel hacía que se sintiera aún más incómoda.

–Si tú lo dices... ¿Puedo ser sincera contigo?

–Por supuesto.

–¿Es tu hijo, Timothy, mi nieto?

–No.

–¿Estás embarazada ahora?

–No –respondió Holly, muy avergonzada por aquel interrogatorio.

–Siento si te he incomodado, pero tenía que saberlo.

En aquel momento, una doncella entró con una bandeja de té. A pesar de que los pastelillos eran deliciosos, Holly no pudo probar bocado.

–No sé qué mosca le ha picado a mi hijo –admitió Alice, casi con lágrimas en los ojos–. Tal vez sea mejor que yo no lo sepa, pero te advierto que si tú has hecho todo lo posible por cazarlo y tu motivación es su dinero, seré tu mayor enemiga.

–Yo...

–No tienes estudios, ni dinero. ¿Cómo pudo mi hijo siquiera conocerte? Tú no eres de nuestro ambiente. Es natural que sospeche de ti, pero Marco no me dice nada.

–En realidad, no sé por qué Marco me ha pedido que viniera –susurró Holly, sintiéndose completamente mortificada.

–¿No? Se supone que tienes que tratar de congraciarte conmigo. Es un ejemplo típico de hombre y piensa mantenerse bien alejado de mí hasta que yo te haya aceptado. Por el amor de Dios, pero ¿cuántos años tienes?

–Veinte.

–Ahora Marco se dedica a pervertir a las menores. Solo puedo pensar que mi hijo está locamente enamorado de ti, ya que no encuentro otra posible explicación para su comportamiento –añadió, tratando de buscar respuestas. Sin embargo, Holly, que era incapaz de mentir, permaneció en silencio–. ¿Es que no tienes nada que decir?

–Yo lo amo –musitó, tras dejar la taza de té la mesita, completamente intacta–. Bueno, no creo que tenga mucho sentido que yo siga aquí porque solo la estoy molestando y no tengo las respuestas que quiere.

–Si Marco te ama, no necesito ninguna respuesta. Ni interferiré entre vosotros.

–No me ama. Solo le gusto –confesó Holly.

Tras decir aquellas palabras, la joven salió al vestíbulo con la intención de marcharse, pero entonces vio que había alguien

observándola desde la impresionante chimenea.

–Así que tú eres Holly –susurró Christabel, con un profundo desprecio, mientras la miraba de arriba abajo.

Iba muy elegantemente vestida y su altura era considerable. Ver a Christabel en carne y hueso era más espectacular que hacerlo en fotos. Además de tener una figura perfecta, era muy hermosa.

–Eres más guapa en la realidad que en las fotografías –admitió Holly.

–¿Estás tratando de hacerme la pelota? He de reconocer que tienes agallas, al venir a visitar a Alice a esta casa. Este es mi terreno. ¡Y no te creas que me has robado a mi hombre! Solo lo tienes en calidad de préstamo.

–Sí, un préstamo indefinido –le espetó Holly, sacando su carácter–. Si fuiste tan descuidada como para perder a un hombre como Marco, es problema tuyo, no mío, pero ahora es mi marido...

–¿Y cuánto tiempo crees que va a durar?

–Tanto como él quiera. Mira, no quiero tener malos sentimientos contigo. Yo no tuve nada que ver con que Marco y tú rompierais.

–Sin embargo, si tú no hubieras aparecido, nos habríamos reconciliado. ¡Te juro que destrozaré tu matrimonio, aunque sea lo último que haga en esta vida!

–¡Christabel, no! –le gritó otra voz, cargada de censura.

Las dos jóvenes se dieron la vuelta y vieron a Alice Lombardi, que estaba apoyada sobre un bastón. Sus hermosos rasgos miraban con desaprobación a su invitada.

En el camino de vuelta a Londres, Holly pensó en Christabel y se dijo que no la preocupaba lo que ella le había dicho. Si la hermosa Christabel todavía aspiraba a recuperar a Marco, aquello afectaba profundamente su teoría de que algo muy grave se había interpuesto entre ellos. Ya no estaba tan segura. La declaración de guerra que la modelo le había hecho sugería que ella creía que tenía alguna posibilidad de reconciliación.

Aquella nueva perspectiva asustaba a Holly. Por primera vez, tenía miedo de que Marco la hubiera utilizado solo para vengarse de Christabel. Sabía que, por naturaleza, Marco era un hombre testarudo y volátil. ¿Qué pasaría con ella si su marido descubría un día que todavía seguía enamorado de su antigua prometida? Además, Marco no amaba a Holly. Su matrimonio no sobreviviría si

seguía teniendo sentimientos por otra mujer.

Después de la tarde que había tenido que soportar, le resultaba imposible tener muchas esperanzas sobre su matrimonio. Decidió que necesitaba buscar un trabajo, mostrar cierta independencia. Alice Lombardi creía que era una cazafortunas e incluso el propio Marco había sugerido que tenía que hacerse una vida propia. Tal vez por eso le había contratado una niñera para que cuidara de Timothy. Si su matrimonio se derrumbaba, le iría mucho mejor con un trabajo.

Marco la llamaba todos los días, y algunas veces dos veces al día. Holly solo vivía para aquellas llamadas. En la cama lo echaba de menos a su lado y a menudo contaba las horas que faltaban para que regresara. Además, no le dijo nada de las clases de italiano que había empezado a tomar ni de que se había apuntado a un par de agencias para buscar un empleo.

La tarde en que Marco llegaba, Holly fue al aeropuerto para recibirlo. Tomó la decisión en el último momento. Como la limusina ya había salido para ir a recogerlo, tuvo que ir en taxi. Desgraciadamente, había muchos atascos en el camino al aeropuerto, por lo que tuvo que correr cuando llegó a la terminal para llegar al vestíbulo de llegadas. Cuando vio a su marido, el corazón le dio un vuelco de alegría. Entonces, de repente, surgió Christabel.

Holly se detuvo en seco al ver que la hermosa rubia hacía todo lo posible por interceptar a Marco y llamar su atención. Ella decidió permanecer en un segundo plano, destrozada por la repentina aparición de la modelo. Llegó a la conclusión de que aquel encuentro no había podido ser por casualidad.

Con idéntica rapidez a la que la había llevado allí, Holly se dio la vuelta y se dirigió a una cafetería. Mientras se tomaba un café, decidió que no volvería a casa hasta que se hubiera calmado, pero no podía dejar de preguntarse cómo había averiguado Christabel dónde encontrarlo.

Para cuando regresó a su casa, ya era muy tarde. Mientras cruzaba el vestíbulo, Marco apareció en la puerta de la biblioteca. En mangas de camisa y con el pelo revuelto parecía menos

compuesto que cuando lo había visto en el aeropuerto.

–¿Dónde has estado toda la tarde? –le preguntó Marco, de un modo que la desconcertó.

–Por ahí... –mintió.

–Sarah me ha dicho que fuiste a buscarme al aeropuerto.

–Sí, pero no volveré a cometer ese error –le espetó Holly–. Dime: ¿es esta casa una zona a la que Christabel no tiene acceso o puedo esperar encontrármela también en cualquier momento? Después de todo, parece ser bienvenida en todos los demás lugares, de hecho, mucho más que yo.

–Así que me viste con Christabel en el aeropuerto –dijo él, muy tenso.

–¡Dios mío! ¡Pero qué perspicaz eres!

–¿Te das cuenta de lo preocupado que he estado por ti? Llegué a casa a las siete y ahora son más de las once.

–¡Tienes suerte de que haya regresado!

–¿De verdad? Bueno, pues no pienso quedarme aquí y discutir contigo en el vestíbulo –afirmó Marco, indicándole que entrara a la biblioteca.

–¿Es que está insonorizada? –preguntó Holly, llena de sarcasmo. Entonces, hizo lo que él le había pedido.

–¿Que diablo se te ha metido en el cuerpo? –quiso saber Marco, tras cerrar la puerta

–Ya he tenido más de lo que puedo soportar a lo largo de esta semana. Tal y como me pediste, fui a visitar a tu madre y, ¿sabes a quién me encontré allí?

–No tengo ni idea.

–A tu antigua prometida. Yo no me siento como esposa tuya. Tu madre ha estado tratando a Christabel como si fuera un huésped de honor, pero a mí se limitó a tratarme con frialdad, por no mencionar todas las preguntas capciosas que me hizo...

–¿Me estás diciendo que Christabel estaba en la casa de campo?

–¡Y quiero saber qué estaba haciendo en el aeropuerto esta noche!

–Fue culpa mía que Christabel me tendiera una emboscada de ese modo. Me había negado a recibir sus llamadas, pero hay ciertos asuntos que deben resolverse.

–¿Cómo cuáles?

–Está viviendo en un apartamento que es de mi propiedad y todavía no ha encontrado otro alojamiento...

–¿Que está viviendo en un apartamento tuyo? –preguntó Holly, incrédula–. Hace semanas que rompiste con ella. Es famosa y debe de ganar una fortuna como modelo y ¿tú me estás diciendo que no encuentra ningún apartamento que pueda alquilar?

–No ha tenido tiempo. Ha estado en París.

–¡En ese caso, debería haber estado buscando piso en vez de ir a visitar a tu madre para que la apoye! ¡Dormiré en una de las habitaciones de invitados hasta que se te haya ocurrido una historia mejor! –le espetó Holly, con fiereza–. Y todavía no me has explicado cómo sabía dónde encontrarte esta noche.

–Todo el mundo sabía que yo estaba en Nueva York esta semana... y normalmente vuelo los viernes a esa hora.

Efectivamente, Christabel podría conocer mejor las costumbres de Marco que ella misma. Sin embargo, lo que más la había molestado es que Marco se había culpado de aquel encuentro. Holly se hubiera sentido mejor si hubiera culpado a Christabel.

Cuando Marco entró en el dormitorio, Holly estaba revolviendo cajones para encontrar un camisón.

–No pienso consentir que duermas en otra habitación –le dijo.

–Pues ya puedes ver cómo lo hago.

–¿Tienes idea de las ganas que tenía de volver a casa esta noche?

Holly sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Había dedicado todo el día a embellecerse para su marido. Cuando había visto a Christabel, tan hermosa como siempre, no había sabido competir con ella, aunque no había razón alguna por la que debiera hacerlo.

–Vaya donde vaya, siempre está donde no debería estar...

–Me sorprende que Christabel haya tenido el descaro de ir a ver a mi madre. Eso no debería haber ocurrido y, créeme, ahora que lo sé, te aseguro que no volverá a ocurrir, *bella mia*...

–Ya no sé lo que creer.

–Tienes que aprender a confiar en mí –susurró Marco, acariciándole suavemente la mejilla–. Christabel solo forma parte del pasado. Yo he empezado una nueva vida contigo y con Timothy.

–Solo puedo aceptar lo que me dices si me prometes que no

tendrás nada más que ver con ella.

–Por supuesto… –musitó él, con una sonrisa–. ¿Por qué iba yo a querer a otra mujer cuando tengo todo lo que puedo desear en casa?

Holly se preguntó por qué, si aquello era verdad, no quería hablar de su ruptura. Decidió que, tal vez, había sabido desde tiempo atrás que la relación no funcionaba y había decidido terminar de repente…

En aquel momento, decidió olvidarse de su ansiedad y concentrarse en el modo en que los latidos de su corazón se le aceleraban. Solo tenía que mirar a Marco para desearlo…

Él se echó a reír cuando Holly prácticamente le arrancó la camisa.

–Ya veo que me has echado de menos…

–Tal vez.

–Quiero que me lo digas, Holly –susurró él, antes de besarla apasionadamente–. ¿Y bien?

–En esos momentos no puedo hablar… Hay cosas mejores que hacer –musitó, mientras acariciaba suavemente uno de los muslos de su marido.

–¿Quién te ha enseñado a hacer eso?

–Tú…

Horas más tarde, al amanecer, Holly estaba contemplando cómo su marido dormía. Sí, efectivamente lo había echado mucho de menos. Admiró su masculinidad, su atractivo… Todavía no podía creer que fuera su marido. Lo besó suavemente en un hombro y frotó la mejilla contra la delicada piel de su pecho con sensual placer.

Habían hecho el amor durante horas, insaciablemente. El cuerpo le dolía, pero Holly sonrió. Christabel era historia. Marco la había convencido. Tal vez no la amaba, pero parecía feliz viviendo en su compañía. Además, había parecido tan preocupado por su tardanza en volver del aeropuerto…

Debió de quedarse dormida de nuevo. Al despertar, se encontró a Timothy acurrucado a su lado, completamente vestido, pero también completamente dormido. Marco contemplaba a madre e

hijo desde los pies de la cama.

–Lo oír llorar y fui a verlo. Sarah ya le había dado de desayunar, así que lo traje aquí. Estuve jugando con él durante un rato y luego me lo llevé al cuarto de baño mientras me daba una ducha. Te juro que no volveré a hacerlo.

–¿Qué ocurrió?

–Primero, tiró de una toalla y se tapó entero. Luego abrió un cajón y se pilló los dedos. Por último, cuando me asomé para ver qué hacía porque estaba muy callado, estaba tratando de comerse una caja de tiritas que debía de haber sacado del cajón... Me dio un susto de muerte. ¿Te imaginas que, en vez de las tiritas, hubiera sido algo más peligroso?

–Pero no fue así –lo tranquilizó Holly–. Es que está en una edad en la que hay que vigilarlo mucho.

–Tendré más cuidado en el futuro, *cara mia*...

Cinco días más tarde, una hora después de que Marco se hubiera marchado a su despacho, Holly recibió una llamada de una de las agencias de empleo a la que había llamado. Una empresa de seguros estaba esperándola para hacer una entrevista como recepcionista. La entrevista se fijó para aquel mismo día a mediodía. Sin embargo, a las once menos cuarto, cuando Holly se disponía a marcharse ataviada con un elegante traje negro, Marco apareció por la puerta.

–¿Te apetece ir a las carreras? –le sugirió.

–Ahora mismo no puedo, porque tengo una cita.

–Ponla a otra hora.

–No puedo.

–Claro que puedes. Todavía no has aprendido a comportarte como una Lombardi. Con la única excepción de Timothy, espero que estés completamente disponible para mí cuando yo esté libre.

–Entonces, ¿por qué me dijiste que tenía que tomar las riendas de mi vida y llevar mi vida cuando tú estás de viaje?

–No siempre pongo en práctica lo que predico. Además, tal vez no te hayas dado cuenta, señora Lombardi, de que no estoy de viaje. ¿Qué es lo que te preocupa? ¿De qué se trata? ¿De una cita en la peluquería?

–No iba a decírtelo, pero se es por una entrevista de trabajo. Como verás, no es algo que yo pueda cambiar de hora.

–¿Una entrevista de trabajo? Si es una broma, no me hace

ninguna gracia.

–¿Y por qué iba a ser una broma? –replicó Holly.

–No quiero que trabajes. ¿Por qué tienes que buscar un empleo? ¿Y Timothy?

–La mayor parte de las mujeres trabajan. Además, el puesto solo es a tiempo parcial.

–La mayor parte de las mujeres no incluye a mi esposa. Bueno, ¿de qué trabajo se trata?

–De recepcionista.

–¿Tienes la más remota idea de lo ricos que somos? –le preguntó Marco, tras una pausa en la que se recuperó de su incredulidad.

–Yo no soy rica. Lo eres tú.

–Creo que sería bastante poco adecuado que tú aceptaras un puesto que otra persona necesita más que tú. Y esa será mi última palabra en este asunto.

–Pero no la mía. He conseguido esa entrevista por méritos propios, estoy orgullosa de ello y pienso acudir...

–Te he dicho que no.

–¿Es que acaso no tengo derecho de estar en desacuerdo contigo?

–No cuando yo sé más que tú. No pienso permitir que tires por el suelo el nombre de los Lombardi solo porque quieres trabajar de recepcionista.

–Pongamos las cosas en claro –dijo Holly, lívida–. Si yo fuera cirujano o algo importante, mostrarías una actitud diferente. Sin embargo, como solo soy capaz de hacer un trabajo que tú consideras sin importancia, tengo que quedarme en casa para salvaguardar tu dignidad.

–Dado que no eres cirujano, no creo que tengamos que hablar de ese aspecto. Vamos, ponte algo más alegre y vayámonos a las carreras.

–No.

–Sé sensata. Yo trabajo muchas horas. Cuando estoy libre, quiero que...

–¿Te ha dicho alguien alguna vez que puedes ser muy dominante? Te he dicho que si quiero trabajar, trabajaré.

–¿Es esa tu última palabra?

Holly asintió. Marco la contempló con una falta de satisfacción

que hizo que ella cayera presa del pánico. Entonces, su marido giró sobre sus talones y empezó a subir las escaleras.

Una hora más tarde, mientras Holly esperaba su turno con las demás solicitantes, empezó a preguntarse exactamente lo que estaba haciendo allí. ¿Quería dejar a su hijo al cuidado exclusivo de la niñera? ¿Iba a dejar también sus clases de italiano? Tal vez debería ocuparse más de dirigir su casa, dado que Marco tenía una vida social muy agitada. De hecho, aquella misma noche tenían una fiesta.

Tras suprimir un suspiro, Holly decidió que no había razón alguna en pasar por una entrevista para un trabajo que ni siquiera quería. Solo el orgullo la había impulsado a buscar para que no se la considerara una cazafortunas.

Cuando llegó a casa, se sintió muy desilusionada al saber que Marco había vuelto a su despacho. A las tres, fue a la peluquería. Sly, que hacía tiempo que sabía que Holly no era italiana, siempre atendía a la joven personalmente.

–He oído que Christabel no ha conseguido un contrato muy importante para una firma de cosméticos –le dijo Sly, mientras empezaba a recortarle el cabello–. Pero tiene que aceptar que los años no pasan en balde...

–¿Cuántos años tiene?

–Tiene que tener más de treinta –susurró Sly, como si la información fuera confidencial–. Se dice que es muy difícil trabajar con ella. Muchas personas del mundo de la moda no la aprecian. Eso le hace a una pensar si los rumores más jugosos que circulan por ahí serán verdad.

–¿Rumores? –preguntó Holly, sin poder evitarlo.

–Las grandes empresas de cosméticos son muy cuidadosas con su imagen y esperan que la modelo que seleccionan tenga una reputación limpia y Christabel... Bueno, he oído que... Oh, perdóname.

Sly tuvo que ausentarse durante unos momentos. Holly se miró en el espejo y decidió que era horrible por su parte escuchar rumores sobre Christabel. A Marco no le gustaría...

–¿Podemos cambiar de tema, Sly? –le dijo la joven cuando la

estilista regresó.

–¿Con tanto como nos estábamos divirtiendo despellejando a Christabel?

–Lo siento. Sé que yo te he provocado, pero hablar sobre ella hace que me sienta mal.

–Eso es lo que no hago más que decir a la gente sobre ti. Tienes una dulzura y una sinceridad inigualables. Me apuesto algo a que Marco se quedó atónito por la diferencia al compararos a las dos. ¿Quieres que te diga lo último? Marco se libró de una buena.

Mientras regresaba a su casa, Holly decidió parar en la misma boutique a la que Marco la había llevado semanas antes. Quería comprar un vestido que Marco no hubiera visto antes, algo que él no hubiera escogido para ella. Y lo encontró: un vestido corto, completamente femenino, realizado en una maravillosa tela que relucía como el oro bajo las luces.

Al llegar a casa, se vistió con la lencería que se había comprado, se maquilló y se colocó el vestido. Se estaba retocando el cabello cuando alguien llamó a la puerta del cuarto de baño.

Holly abrió inmediatamente. Al ver una corbata, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

–Sé sincero, ¿crees que esta nueva sombra me hacer parece un oso panda con resaca?

–Santo Cielo...

–¿Tan mal está? ¡Ya me la he limpiado dos veces y me moriré si tengo que hacerlo una tercera!

–Estás completamente fantástica tal y como estás, *cara mia*...

Al abrir los ojos, Holly vio que su marido estaba observando atentamente el minúsculo vestido que llevaba puesto.

–¡Marco, yo me refería a los ojos!

–Estás preciosa, toda entera –susurró él, tomándola entre sus brazos–. ¿Cuánto tiempo tenemos antes de marcharnos?

–Marco...

–Tienes razón. De hecho, tenemos cosas más importantes en las que pensar.

–¿Sí?

–Esta mañana me porté como un cerdo. ¿Cómo te fue la entrevista?

–¿La entrevista? Bien –mintió. No estaba dispuesta a admitir que

se había rendido sin intentarlo.

–Personalmente, pienso que la mejor solución es que trabajes en alguna puesto del imperio Lombardi. Antes de que empieces a decir que eso es nepotismo, escucha los pros y los contras.

–Pros y contras –repitió ella, completamente asombrada por aquella sugerencia.

–Tus horas de trabajo serían flexibles, por lo que si yo quiero que vayamos juntos a alguna parte o si tienes que acompañarme en algún viaje, no habrá ningún problema.

–Entiendo.

–Por supuesto, tendrás que hacer algunos cursillos primero y algunos son bastante difíciles. Sin embargo, ya que veo que tienes tantas ganas de tener una profesión, no veo que eso sea un problema. Antes no tuviste oportunidades, pero ahora sí que las tienes.

–Veo que me apoyas mucho. Lo pensaré.

–Ahora, tengo una sorpresa para ti, *cara*. Extiende la mano y cierra los ojos –le dijo. Holly hizo lo que su marido le había pedido y sintió que él le colocaba algo en la mano izquierda. Rápidamente, ella abrió los ojos–. Es un regalo de nuestro aniversario. Ya llevamos seis semanas juntos.

Junto a su alianza, Marco le había colocado un fabuloso anillo de zafiros y diamantes.

–Es... precioso –susurró Holly, con un hilo de voz. Lentamente, las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas.

–¿Por qué estás llorando?

–No estoy llorando. Muchas gracias. Bueno, ahora creo que es mejor que nos vayamos.

Mientras se dirigían a la fiesta. Holly no pudo evitar pensar que lo amaba tanto que a veces, literalmente, le dolía.

La velada iba a celebrarse en la casa de una pareja de mediana edad. La decoración parecía haber tomado un ligero tema gótico, con dragones, incienso y espejos por todas partes.

–Tienes unos amigos un poco raros –le dijo Holly a su esposo.

–Frank y Lily son muy convencionales, pero siguen religiosamente lo que dicta la moda. La próxima vez que vengas a

esta casa, todo será diferente.

En aquel momento, Holly vio que Christabel hacía su entrada en la fiesta, vestida tan provocativamente que no podía pasar desapercibida. Todos los invitados giraban la cabeza a su paso.

–Me temo que, en algunas ocasiones, te tendrás que acostumbrar a verla en este tipo de fiestas –comentó Marco, que había notado el desagrado de su esposa.

–¿Sabías que iba a venir?

–Ni siquiera me había parado a pensarlo.

Entonces, Holly notó que Christabel iba acompañada de un caballero muy atractivo y se tranquilizó un poco. Sabía que Marco tenía razón en lo que le había dicho. De hecho, Christabel era libre de ir donde quisiera.

Una hora más tarde, Holly vio que Christabel se estaba haciendo notar con una imponente demostración de salsa. Notó que, a su lado, Marco se iba quedando cada vez más en silencio. Cuando le había pedido que bailara con él, le había dicho que no. No sabía bailar salsa y no pensaba intentarlo cuando todo el mundo lo hacía con tanto estilo.

Mientras Marco estaba al otro lado del salón, charlando con el anfitrión, su primo Jeremy se acercó para hablar con ella.

–¿Te gustaría bailar?

–No, gracias.

–No deberías dejar que Christabel te ganara la partida.

–¡Oh! ¿Pero es que está aquí? No me había dado cuenta –mintió. De hecho, se sentía algo molesta. Se sentía tan corriente, tan gris al lado de la hermosa modelo... Además, ¿por qué se había quedado Marco tan callado? Tal vez lo había molestado ver a Christabel con otro hombre...

Jeremy se marchó, por lo que Holly concentró toda su atención en la hermosa modelo… En aquellos momentos estaba hablando con Lily, la anfitriona. De repente, algo ocurrió. El rostro de Lily palideció y se dirigió directamente al lugar donde su marido estaba charlando con Marco. Christabel regresó a su mesa. Entonces, los bailarines hicieron que Holly la perdiera de vista.

Sin embargo, cuando miró a su esposo, vio que, por primera vez durante la velada, estaba mirando abiertamente a Christabel. De repente, Holly sintió que el corazón le daba un vuelco. A

continuación, como si se tratara de un sueño, vio que Marco se dirigía hasta el lugar en el que estaba Christabel. Entonces, vio que su marido la tenía entre sus brazos. Le pareció increíble. Aquella era la peor pesadilla que se había imaginado nunca.

Christabel tenía la cabeza apoyada sobre el hombro de Marco. Algunas personas habían dejado de bailar para ponerse a mirarlos. Holly notó la amargura del sabor de la bilis en la boca. Por último, vio que Marco sacaba a Christabel del salón.

Holly tomó asiento. Se limitó a mirar al vacío. Los ojos le brillaban, llenos de lágrimas. Sabía que todos los asistentes estaban comentando lo sucedido, pero no podía oír lo que decían por la música. Sin embargo, adivinaba perfectamente sus palabras. De repente, Jeremy volvió a aparecer a su lado.

–Marco me ha llamado al móvil y me ha pedido que te haga compañía.

¿Que Marco había llamado a su primo para decirle que se marchaba de la fiesta? Su marido acababa de dejarla abandonada delante de espectadores...

–Quiero irme a casa –afirmó, poniéndose de pie.

Como pudo, atravesó el salón para salir al exterior. Había notado cómo todo el mundo la observaba. Nunca en toda su vida se había sentido más humillada.

Jeremy metió a Holly en un taxi con mucho cuidado. Luego, se sentó a su lado.

–No tienes por qué venir conmigo, Jeremy.

En aquel momento, el teléfono móvil del joven empezó a sonar con una alocada melodía. Jeremy se lo entregó a Holly.

–Es Marco...

–Holly –le dijo su esposo–, lo siento mucho pero no me ha quedado elección. Ya hablaremos más tarde.

¿Mas tarde? Nunca era más adecuado. Holly le devolvió el teléfono a Jeremy y decidió que no había nada de lo que hablar.

–Marco es un tipo muy decente –afirmó Jeremy–. Es mi primo y lo conozco muy bien... No vi lo que ocurrió, pero estoy seguro de que no hay motivo para que te disgustes.

–¿Tú crees? –replicó ella, incrédula.

–Seguro que hay una explicación. Christabel se estaba comportando de un modo muy raro y su actitud estaba

avergonzando a Lily y a Frank. De hecho, su acompañante no se quedó mucho. ¿Sabes que no llevaba nada bajo ese vestido?

«Menuda ramera», pensó Holly. Las lágrimas se le acumulaban en los ojos. Christabel había conseguido seducirlo mediante el sexo. Decidió que quemaría su ropa interior nueva, tan sugerente. Todo había sido una pérdida de tiempo. Debería haberse imaginado que no debía tratar de seducir a un hombre a ese nivel, sobre todo cuando era tan inexperta.

Una hora más tarde, escribió la nota.

Ha sido estupendo mientras ha durado, pero ya se ha terminado todo entre nosotros.

Entonces, con los ojos secos de tanto llorar, recogió la ropa más modesta y llamó a un taxi. ¿Acaso no había sabido siempre que no iba a durar? Marco nunca le había dicho que la amaba, a pesar del precioso anillo que le había dado solo unas pocas horas antes. De repente, sintió un profundo odio por Marco y recordó la última imagen que tendría de él, abrazado a Christabel.

Con mucho cuidado de no despertar a la niñera, entró en la habitación de su hijo y recogió lo más esencial. Timothy iba a echar mucho de menos a Marco, pero no había nada que ella pudiera hacer al respecto. ¿Por qué en los peores momentos de su vida siempre tenía que sentirse culpable, como si ella fuera la responsable de todo lo que iba mal?

En aquella ocasión, había tomado una decisión. Se marchaba y era ella la que abandonaba a Marco. Además, se divorciaría de él por haberle sido adúltero. Si estaba esperando que ella se mostrara comprensiva, estaba muy equivocado. De hecho, decidió dificultar todo lo posible los trámites, aunque sabía que a aquella desvergonzada de Christabel no le importaría vivir en pecado con Marco…

«Basta, basta». «Tienes que dejarlo marchar, dejar que viva con ella si la ama…».

Capítulo 10

Qué le has hecho a esa masa? –preguntó Mary Sansom, completamente atónita–. ¡Parece que la has estado torturando!

Holly miró la masa que había estado preparando y luego miró a su madre.

–No te preocupes. Prepararé más.

–Yo lo haré –dijo Mary, contemplando a su hija con gran preocupación.

Había tratado de mostrarse alegre, pero mostrarse feliz cuando se sentía tan triste era un gran desafío. Ya habían pasado casi tres semanas desde que se había marchado de Londres. Había decidido volver a su casa y empezar de nuevo. Había habido lágrimas, reproches y lamentaciones, pero también mucho amor. Que sus padres la perdonaran por todo el sufrimiento que les había causado fue un gran alivio para Holly, como también que aceptaran plenamente a su hijo.

A medida que iban pasando los días, sus padres le hacían preguntas que turbaban la paz de Holly.

–Nunca piensas antes de actuar –le había dicho un día su padre–. Se tiene que trabajar muy duro para mantener un matrimonio. Deberías haber hablado con tu marido antes de hacer nada. Era bueno contigo. ¿Por qué iba a marcharse de repente con esa otra desvergonzada? Estoy seguro de que ningún hombre decente querría tener a su lado a una mujer que se comporta de ese modo.

Aquella noche, Holly se fue a la cama llorando. Echaba de menos a Marco con todo el aliento que había en su corazón. Se despertaba por la noche y, en sueños, trataba de abrazarlo. Entonces, demasiado tarde, se daba cuenta de que estaba sola.

Dos días después, su madre anunció que la casa necesitaba una buena limpieza. Aquello era algo que Holly odiaba, pero a media tarde, incluso la vieja cocina relucía como nueva. Sus padres iban a acudir a la iglesia aquella noche, pero Holly notó que su madre

parecía más callada que de costumbre.

–¿Sabes una cosa, hija? Tu padre y yo... siempre queremos lo mejor para ti, pero no creo que hayas sabido llevar muy bien las riendas de tu vida.

Holly se sintió dolida por un comentario, a pesar de que sabía que su madre tenía razones para decir aquello. Se marchó a su cuarto y se dispuso a acostar al pequeño Timothy, quien, de vez, en cuando, parecía llamar a Marco, cada vez con menos esperanza.

Entonces, oyó que alguien llamaba a la puerta. Supuso que seguramente su madre había olvidado algo, por lo que se apresuró en acudir a la puerta.

Era Marco. Atónita, Holly lo miró, boquiabierta, con el rostro lleno de lágrimas.

–¿Cómo... cómo me has encontrado?

–Saber que estabas aquí me resultó fácil. Desgraciadamente, había perdido ya dos semanas, pensando que seguramente estarías en Londres y que habrías encontrado un trabajo. Bueno, ¿me vas a invitar a pasar?

Holly se sonrojó y dio un paso atrás.

–Ten cuidado con las puertas. Aquí son más bajas.

Marco no dejaba de mirarla, con una gran intensidad. Seguramente se había fijado en el descuidado aspecto que presentaba, con el cabello revuelto, unos viejos vaqueros y una sudadera más vieja todavía. Por el contrario, Marco estaba tan atractivo como siempre, como unos vaqueros negros, un jersey color crema y una cazadora negra.

–Parece que tienes dieciséis años...

Juntos entraron en la cocina. Por la ventaba, Holly vio que había un reluciente Ferrari aparcado a la puerta de la granja.

–¿Cómo has conseguido subirlo hasta aquí?

–Con mucho cuidado. ¿Cómo pudiste marcharte de aquel modo, dejando nuestra casa y llevándote a Timothy de esa manera?

–No me resultó muy difícil después de lo que tú hiciste en la fiesta –replicó ella.

–Ya veo que no confías en absoluto en mí.

Holly guardó silencio. Su experiencia con los hombres no le había enseñado a confiar en ellos. Con Marco había vivido el día a día, pero segura de que tarde o temprano él le partiría el corazón.

–Supongo que quieres que te hable sobre Christabel… De acuerdo. ¿Por dónde quieres que empiece?

Holly lo contempló atentamente, por primera vez desde que había llegado. Notó que los rasgos parecían estar más afilados, como si hubiera perdido peso. Le agradó ver que parecía arrepentido y contrito. Evidentemente, la vida con Christabel no era un camino de rosas.

–*Dio mio…*. Tal vez debería haber ensayado esto primero –susurró–. Christabel y yo teníamos una relación casi a distancia. Había veces en las que pasábamos más de un mes sin vernos. Su profesión le llevaba mucho tiempo y tenía que viajar por todo el mundo y a mí me pasaba lo mismo. De hecho, creo que he pasado mucho más tiempo a solas contigo de lo que pasé con ella. Cuando estábamos juntos, casi nunca estábamos solos. Cuando menos la veía, más creía que la amaba… Me ha llevado mucho tiempo darme cuenta…

–¿Darte cuenta de qué?

–De que, en realidad, no conocía a Christabel. Lo que había entre nosotros era puramente superficial, pero me habría casado con ella sin darme cuenta.

–Entonces, ¿qué te hizo cambiar?

Un ligero sudor había empezado a cubrirle la frente. De repente, se puso pálido como la muerte.

–La noche en que te conocí, había entrado a hurtadillas en su apartamento para esperar a que llegara. Christabel no me esperaba… Yo quería darle una sorpresa. Cuando regresó, no lo hizo sola.

–¿Había un hombre con ella?

–Creo que necesito una copa.

Holly habría querido envenenarlo en aquellos instantes. ¿Había perdonado a Christabel por serle infiel con otro hombre? Le sirvió un poco de brandy del que sus padres guardaban para las ocasiones especiales. Marco se tomó la copa de un trago.

–Te lo debería haber contado hace semanas, pero no quería hablar al respecto. No estaba con un hombre… estaba con una mujer.

Holly se quedó estupefacta. Nunca se habría imaginado a Christabel en aquel contexto.

–¿Estás hablando en serio?

–Sí. Estaban haciendo el amor.

–Oh...

–Le prometí que no se lo contaría a nadie, pero he de admitir que no fue esa la razón por la que guardé silencio. Me sentía traicionado, humillado, sexualmente y en el resto de los sentidos. La mayoría de los hombres se consideran como buenos sementales. Cuando te enfrentas a una escena como esa, con la mujer con la que has pensado casarte, resulta demoledora. De hecho, dudo que Christabel me fuera fiel mientras estuvimos juntos.

–Entonces, ¿qué sigues viendo en ella? Estás describiendo una situación que la mayoría de los hombres no podría perdonar.

–Christabel está pasando un mal momento en la actualidad. Tendría que ser un verdadero canalla para pasar de largo. ¿No te diste cuenta de lo que ocurrió en la fiesta? Lily me suplicó que la sacara de la casa...

–¿Que Lily, la anfitriona de la fiesta, te lo suplicó?

–A aquellas alturas de la fiesta, el hombre que había aparecido con Christabel en la fiesta ya se había marchado, probablemente avergonzado del comportamiento de su acompañante. Estaba hasta arriba de droga....

–¿De droga?

–Lily la sorprendió tomando cocaína y le pidió que se marchara, pero Christabel se negó. Frank y Lily perdieron a su hijo por culpa de la heroína hace un par de años y Lily sigue muy afectada. Yo accedí a ayudarla, no solo por su beneficio, sino también por el de Christabel. Estaba fuera de control, comportándose como una estúpida...

–Podrías habérmelo explicado primero.

–No me habrías escuchado. Te habrías enojado... Además, yo tenía que sacar a Christabel de la fiesta rápidamente y sin hacer una escena. Las circunstancias eran excepcionales, pero yo confié en que tú comprenderías que estaba ocurriendo algo muy grave.

–Tienes razón... ¿Sabías que tomaba drogas?

–Antes de aquella fiesta, no tenía ni idea de que tuviera algún problema, pero ella era demasiado lista como para tomar nada delante de mí. Aquella noche yo no quería hacerme responsable de ella, pero había sido parte de mi vida durante mucho tiempo y sentí

que tenía que ayudarla.

–¿Qué hiciste con ella?

–La llevé al hospital y me puse en contacto con su familia. Dos días después, la metieron en una clínica de rehabilitación. Sigue allí.

–¿Crees que tomó el mal camino porque tú la dejaras?

–No, su hermana Gwen me dijo que sus problemas con las drogas y con el alcohol habían empezado mucho antes de conocerme a mí. Sabía que, en ocasiones, bebía demasiado, pero me temo que no lo consideré un problema. Además, ella no confió en mí. Sin embargo, su hermana fue muy sincera.

–¿Te culpó de los problemas de Christabel?

–No, al contrario. Aparentemente, Christabel se sentía algo confundida por su orientación sexual cuando era una adolescente. Más recientemente, la aterrorizaba ver que iba envejeciendo y cada vez le costaba mucho más ocultar el grave problema que tenía con las drogas.

–Entonces, ¿cómo encajabas tú en su vida?

–Según Gwen, Christabel me veía como un modo de asegurarse monetariamente el futuro. Cuando yo la abandoné, tuvo que enfrentarse a realidades de su vida a las que se había negado a prestar atención hasta entonces. Su hermana, que es psicóloga, me ha dicho que está mucho mejor.

–Me contaron que había perdido un importante contrato con una empresa de cosméticos.

–Sí. Gwen me lo explicó todo. Me dijo que se habían empezado a escuchar rumores sobre la clase de vida que llevaba.

–En ese caso, lo único que te puedo decir es que siento mucho haberme comportado del modo en que lo hice. Sentía celos de Christabel y pensé que habías decidido volver con ella. Me sentía como la segundona. Cuando me encontré con ella en la casa de tu madre...

–Ojalá me lo hubieras contado.

–Me dijo que quería recuperarte y que se interpondría entre nosotros. Aquello me molestó mucho...

–Ya me lo imagino. Sé la poca estima que te tiene... De hecho, es solo culpa mía... –añadió, tomando suavemente las manos de Holly.

–No, no lo es. Si yo te hubiera hablado de las amenazas de

Christabel, tú habrías comprendido por qué me molestaba tanto verla cerca de ti.

–Nunca hubo posibilidad alguna de reconciliación entre nosotros, pero si yo hubiera sido más sincero, a ti te habría resultado mucho más fácil creerme. La verdad es... que no sabía lo que me había pasado en el momento en que te conocí. No podía pensar en otra que no fueras tú, pero me dije que estaba algo afectado por lo que me había ocurrido con Christabel.

–Te comprendo. No importa...

–Claro que importa, *cara*. Yo no te estaba dando lo que tú te merecías. No sé cómo ni cuándo me enamoré de ti, pero fue muy rápido. Debiste notar que no podía dejar de mirarte... ¿te parecía normal?

–¿Normal? Yo sentía lo mismo –susurró Holly, sin poder creer que Marco hubiera dicho en serio que estaba enamorado de ella.

–Entonces, se produjo la más explosiva atracción entre nosotros desde un principio. Yo me resistía a la fuerza de lo que sentía por ti, porque aquello hubiera significado admitir que solo había sido un estúpido que casi se había casado con una mujer a la que no amaba.

–¿De verdad no amabas a Christabel?

–Yo creía que sí, pero nunca estuvimos muy unidos, no del modo en que lo estamos tú y yo. Sin embargo, no sabía lo que significaba la complicidad hasta que te encontré a ti. Me olvidé de Christabel muy rápidamente, y, aunque te parezca extraño, me avergonzaba de ello y me obligué a tener mucha cautela sobre lo que sentía por ti...

–Sí, me dijiste que te gustaba...

–Sin embargo, ya no pude fingir más cuando desapareciste. Estaba desesperado. No podía trabajar, ni dormir. Me pasaba el tiempo recorriendo los albergues para los sin casa... no tienes ni idea de lo que pasé en esas dos primeras semanas. Me pareció que había bajado a los infiernos. Y estaba tan preocupado... Pensé que no os volvería a encontrar.

–Supongo que tarde o temprano habría acudido a un abogado para que nos tramitara el divorcio, pero era algo a lo que no me podía enfrentar...

Marco la tomó entre sus brazos con tanta fuerza que Holly casi no podía respirar.

–Nunca habría aceptado divorciarme de ti. Habría luchado. No

hay nada que no hubiera sido capaz de hacer para recuperaros a Timothy y a ti… Habría sido capaz de suplicar… ¿Es que no te das cuenta de lo feliz que soy contigo?

Efectivamente, Holly había presentido todo aquello muchas veces, pero si las palabras de amor que confirmaran lo que sentía…

–Tú dijiste que te gustaba y que, con el tiempo, podrías tomarme cariño. Me pareció tan vacío de sentimientos… Era como decir que jamás te podrías enamorar de alguien como yo.

–No sabía lo que decirte ni cómo tratarte, pero te aseguro que no lo dije con la intención que tú lo tomaste. Me daba mucho miedo decir la palabra «amor» tan pronto tras mi ruptura con Christabel…

–¿Y me engañaste deliberadamente?

–Sí, porque sentía que, si no, me rechazarías. ¿Acaso no te empezaste a preguntar de qué planeta era yo cuando te pedí que te casaras conmigo solo unos días después de conocerte? Me aferré a la primera excusa que se me ocurrió para no volver a separarme ni de Timothy ni de ti. Por cierto, ¿dónde está?

–En la cama. Puedes ir a verlo si quieres –dijo Holly. Se sentía dichosa de que ya no hubiera nada que ocultar entre ellos–. Te quiero tanto…

–Yo también te quiero, tesoro mío…

Holly lo acompañó al dormitorio, que estaba en la planta de arriba, para que viera al niño. De repente, Timothy abrió los ojos y los miró fijamente. Entonces, con un gran esfuerzo, se puso de pie en la cuna por primera vez.

–¿Cuándo ha aprendido a hacer eso? –preguntó Marco.

–Es la primera vez que lo consigue.

El niño parecía tan sorprendido como ellos de lo que había conseguido. Entonces, sonrió, pero cometió el error de soltar la barra de la cuna a la que se había agarrado y cayó sobre el colchón con un gruñido de decepción.

Marco tomó al niño en brazos.

–¡Eres muy listo! ¡Mamá y yo estamos muy impresionados!

Después de tantas emociones, les costó un poco que el niño se volviera a dormir, pero, al final, el agotamiento pasó factura.

–Mis padres llegarán muy pronto a casa –dijo Holly, cuando estaban en lo alto de las escaleras.

–No. Van a pasar la noche en un hotel.

–¿Cómo has dicho?

–Vine por primera vez ayer por la tarde, cuando tú estabas de compras con Timothy. Tus padres me invitaron a pasar y me sometieron al tercer grado. Me sugirieron que viniera a verte esta tarde, cuando ellos estarían fuera, pero los preocupaba que no tuviéramos tiempo suficiente de limar nuestras diferencias....

–¡No me lo puedo creer! ¡No me dijeron nada!

–Me contaron que tal vez me costara un poco convencerte para que regresaras conmigo, así que se me ocurrió la idea del hotel.

–¿Cómo has sido capaz de echarlos de su propia casa? ¡No han estado en un hotel en toda su vida!

–Lo sé, me lo dijeron. Y a tu madre pareció emocionarla mucho la idea.

–Ya veo que te los has ganado...

–Estamos empatados. Tú tienes a mi madre de tu parte.

–Eso es imposible.

–Por cierto, ¿es esa tu habitación? –preguntó él, metiéndose en el dormitorio–. Me encantan las flores y todos los volantes que tienes –bromeó, tirando de ella para que entrara en el cuarto.

Acarició suavemente los rizos pelirrojos y la besó con una inmensa ternura, tanta que ella se echó a temblar. Era maravilloso sentirse amada.

–Eres tan hermosa y te quiero tanto que me duele –confesó Marco–. Cada vez que pienso que podría no haberte conocido, el miedo se apodera de mí y...

–Yo también te quiero...

A partir de entonces, el deseo se hizo el amo. Se quitaron la ropa entre frenéticos besos. Aquella era una nueva dimensión para su amor. Se habían pasado tres tristes semanas separados y sentirse juntos de nuevo era un regalo muy especial. Después de la pasión, se abrazaron juntos, llenos de paz y gozo.

–¿Hablabas en serio antes cuando me dijiste que tu madre estaba de mi lado?

–Fue a Londres porque se sentía muy avergonzada por el modo en que te había tratado. Así fue cómo me enteré de que conocías a Christabel. Cuando mi madre se enteró de que me habías abandonado, todo lo que me dijo fue que no la sorprendía en absoluto. ¿Cómo pudiste decirle que yo te había dicho que podría

sentir cariño por ti?

–Te lo mereces…

–Por cierto, nunca me disculpé por permitir que fueras sola a ver a mi madre. Mi madre lo dramatiza todo tanto…

–No le habías dicho nada sobre mí.

–Se lo conté todo en Londres y por eso ahora ocupas el lugar más alto en su estima. Te considera la mujer que me rescató de las garras de una perdida y que salvó a mi familia del escándalo. Cuando se enteró de que habías estado dando clases de italiano, se convenció todavía más de que yo no te merecía…

–¿Cómo has sabido eso? ¡Oh, no! ¡Se me olvidó cancelarlas!

–Tu profesora llamó por teléfono y le dije lo mismo que a la niñera: que te habías marchado por una emergencia familiar. No le podía decir a nadie que te habías marchado porque yo mismo no podía soportar la perspectiva de que no volvieras.

–Si me hubieras contado la razón de por qué rompiste tu compromiso, nunca me habría marchado.

–No quería que pensaras menos de mí…

–¿Que pensara menos de ti? ¿Cómo?

–Pensé que pensarías menos de mí si sabías la verdad. Que mi prometida se hubiera refugiado en otra mujer… Tal vez te parezca una tontería, pero tenía miedo de que te desaparecieran las estrellas que te brillan en los ojos cuando me miras.

–¿Y te gustan esas estrellas? –preguntó Holly. Marco asintió–. Pues todavía las tengo –añadió, abrazándose a él con fuerza. Le parecía que lo quería más que nunca…

–Estoy loco por ti, tesoro mío. Asegúrate de que me lo dices si sientes alguna vez que esas estrellas se van apagando.

–Tendrás que mimarme mucho…

–Eso no es problema. Mimarte a ti significa mimarme a mí también –añadió, colocándola en una posición más íntima con respecto a él…

Dieciocho meses más tarde, Holly fue al cuarto de los niños y vio a Alice Lombardi rodeada literalmente de bebés. Estaba sentada entre las cunas de los gemelos, con el pequeño Timothy en las rodillas.

Timothy casi tenía dos años y medio. Marco y Holly habían visto cumplido su deseo más íntimo cuando Jeff no había puesto objeción alguna a que Marco lo adoptara. Alice había llegado especialmente de Florencia para asistir a la vista y, oficialmente, Timothy era tan Lombardi como sus hermanas Amalia y Battista, que habían nacido tres meses antes, tras un embarazo agotador.

Otra buena noticia había sido que la artritis de Alice había mejorado mucho últimamente. Holly no creía que Marco hubiera entendido nunca lo sola y triste que había estado la mujer antes de que nacieran los niños. Estos, con toda seguridad, le habían devuelto la vida.

Los padres de Holly también se habían beneficiado del matrimonio. Aunque sabía que su suegro era muy independiente, Marco había decidido ayudar en la granja invirtiendo dinero en ella, en vez de dárselo directamente. La vida del padre de Holly había cambiado radicalmente desde entonces.

Holly estaba segura de ello. Marco era un hombre muy especial.

Ella había respetado profundamente la ayuda que Christabel había recibido de él. Al salir de la clínica, Marco le había preguntado a su esposa si le importaba que le regalara el apartamento a su antigua prometida para que pudiera así darle un nuevo impulso a su vida. A Holly no le había importado y hasta había hablado con ella una noche, durante un baile benéfico. Christabel terminó por montar una academia de modelos y anunció públicamente que era bisexual y que había abandonado para siempre el mundo de las drogas.

Holly fue a desearles las buenas noches a sus hijos. Timothy estaba casi dormido. Después de sus duros primeros años, se había convertido en un niño afectuoso y feliz.

–Ya solo quedan dos, *cara* –dijo Marco, mientras la acompañaba a ver a las niñas–. Después de tenerte allí ayer, hoy te he echado de menos en el despacho.

–Yo también.

Su vida había cambiado mucho en los últimos meses. Nunca se había imaginado que terminaría haciendo un curso básico sobre el mundo de la empresa. Sin embargo, como en aquellos momentos los niños eran tan pequeños, había decidido dedicarse plenamente a ellos, aunque iba de vez en cuando, como aquella mañana, al

despacho de Marco para no olvidar lo que había aprendido.

–Si estuvieras allí todo el tiempo no me podría concentrar –confesó Marco–. Mira a Amalia... Es tan bonita cuando duerme... Y Battista...

Tras salir del cuarto de las niñas, se fueron al dormitorio porque Marco le había dicho que necesitaba una ducha antes de cenar.

–La misma rutina de siempre. No sé por qué me molesto en vestirme bien cuando llegas a casa –se lamentó Holly.

–¿Qué le ha pasado a esas estrellas que solías tener en los ojos?

–Se están multiplicando a una velocidad increíble...

–Es ese caso creo que soy un hombre de suerte...

–Esta noche, no. ¿Acaso se te ha olvidado que Alice se va a quedar hasta mañana?

–Pero va a salir a cenar con unos amigos –le recordó Marco, con una arrebatadora sonrisa.

Holly lo miró con adoración y vio que esta se reflejaba del mismo modo en sus ojos. Lo rodeó con los brazos, posesiva y orgullosamente. Se sentía loca de felicidad...

Pasó mucho tiempo antes de que ninguno de los dos pensara en bajar a cenar...